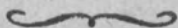


UNA HISTORIA INVEROSÍMIL

POR

ALFONSO KARR.



JOSÉ VAZQUEZ-YLLÁ
SABATER
VALLADOLID

VALLADOLID:

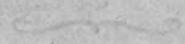
Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez
Libreros de la Universidad y del Instituto.

1880,

THE HISTORY OF ALFONSO KARR

108

ALFONSO KARR



ALFONSO KARR

Library of the National & Historical Archives of the Republic of Chile
Fondo de la Universidad y del Estado

1880

UNA HISTORIA INVEROSÍMIL.

PRIMER FOLLETIN.

—¡Pardiez! Esas cosas solo me pasan á mí.

—Nada de eso, caballero, replicó el posadero; mire usted del otro lado de la calle un caballero á quien le sucede otro tanto.

—¡Ese caballero ha llegado *cinco minutos* despues de la salida del carruaje!

—Cinco minutos despues, ó si Vd. lo prefiere, cuarenta y siete horas y cincuenta y cinco minutos antes de la salida del carruaje de pasado mañana.

—Es decir, que ese maldito carruaje no pasará por delante de su barraca sino un dia sí y otro no.

—Dispense Vd., volverá á pasar mañana.

—¡Ah!

—Pero en sentido opuesto, de vuelta para el punto de donde Vd. viene. Para los viajeros que hay, sobra.

—¿Qué hace uno en un sitio como este, dos días mortales?

—Caballero, lo que está Vd. haciendo, enfadarse, impacientarse, renegar un poco, si así le acomoda á Vd.; luego almorzar, comer y cenar en mi casa; eso es lo que he visto hacer á las personas que no encuentran carruaje.

—En efecto, es muy divertido... ¿Quién es ese caballero? ¿Es alguna persona decente?

—¿Qué quiere Vd. decir?

—¡Imbécil! Eso quiere decir: ¿si es un caballero?

—Creo que no, es demasiado político y modesto, me llama de Vd., me dice señor, me ha pedido *permiso* para dejar en *mi casa* una maleta que lleva consigo... No es mas que un *hombre*.

El extranjero parecia no escuchar al fondista, y examinaba á su compañero de infortunio que, andando muy despacio del otro lado de la calle, como que andaba en busca de una resolucion.

Su traje era sencillo: una levita de viaje, abrochada hasta el cuello, zapatos muy gruesos, y un baston. Mientas aquel cuya atencion llamaba, iba vestido con esmero y con una elegancia que no carecia de distincion, sino para aquellos que saben que un hombre *muy bien puesto* en un salon, no estará bien puesto en viaje, en un carruaje público ó en el campo, á no ser que vaya con traje enteramente distinto. El extranjero tenia botas de charol y guantes amarillos; dos alfileres pendian de la corbata en vez de sujetarla; una cadena de oro cuidadosamente colocada, bajaba desde el cuello al bolsillo del chaleco. Se decidió á «travesar la calle con intencion de preguntar á su compañero de desgracia ó de permanencia forzosa, si sabia algun medio de pasar adelante y de no estar dos dias en la posada.

Iba probablemente á empezar su interpelacion por «buen hombre» ó por «diga Vd.» cuando el aire dis-

tinguido del desconocido le re ordó que esta fórmula no era conveniente.

—Se decidió, pues, á decir:

—¿Parece, caballero, que como yo, no ha alcanzado Vd. el carruaje?

—Sí señor.

—¿Y sabe Vd. que hasta pasado mañana no hay otro?

—Sí señor.

—Parece Vd. mas resignado que yo. ¿Es usted feliz?

—Mi felicidad consiste tal vez en tener demasiados pesares grandes, para sentir los pequeños.

—¡Ay! caballero, no hay mas pesares pequeños que aquellos que uno siente; hay viejas que exhalarían por la muerte de un loro todo el pesar que debían reservar para la pérdida de un pariente ó de un amigo, y por eso no son menos desgraciados. ¿Qué piensa usted hacer?

—Esperar, porque no se puede hacer otra cosa.

Luego, habiendo pronunciado estas palabras, el segundo viajero saludó cortésmente á su interlocutor y continuó su paseo delante de la posada. En cuanto á este, volvió al encuentro del posadero y se informó de la hora de comer.

La comida reunió á nuestros dos viajeros, y con ellos á muchas personas, que las unas á pié y las otras en carruaje, venían á esperar el paso del carruaje inmediato.

Mr. Octavio lo encontró todo malo, pidió nieve, y se sorprendió é indignó cuando el mozo le dijo que hacia tres meses no se encontraba ya en el país porque se estaba á primeros de mayo, y no esperaban volverla á ver hasta el mes de noviembre. Lo mismo sucedió con los palillos y el enjuagatorio, que Mr. Octavio pidió con la intencion repugnante, con la costumbre sucia, admitida hace algun tiempo en la so-

ciudad, de hacer abluciones en la mesa. El otro viajero lo encontró todo muy bueno, y parecía haber comido muy bien.

A fin de ocupar las primeras horas de la noche, algunos hombres se quedaron en la mesa, bebiendo ponche y fumando.

Mr. Octavio estaba furioso con el ayuda de cámara, que había olvidado ponerle en el bolsillo algunos cigarrillos excelentes, algo caros, es cierto, pero muy bien hechos y que él solo poseía. El otro sacó un puñado del bolsillo y dió á todo el mundo; eran deliciosos.

Mr. Octavio se quejó amargamente de verse obligado á esperar á un modesto carricoche; pero añadió: «No se puede viajar con caballos propios, en un camino largo y bastante malo;» á lo que la mayor parte de los presentes se dijeron: «Parece que este caballero tiene caballos,» y le prodigaron mayores consideraciones.

Esto no les molestó mucho, pues disminuyeron igual cantidad en las que hubiesen debido prodigar al otro, que no disimuló bastante haber venido á pié.

Apercibo un poco tarde, que hubiese evitado muchas repeticiones, usando desde el principio de mi relación la excelente costumbre que tienen los autores dramáticos, de dar al principio de sus piezas la lista de los nombres y apellidos de sus personajes. El otro viajero, á quien por primera vez doy este nombre, que se ha presentado ya mas de lo que le correspondió se llamaba Enrique.

De cuando en cuando volvía á hablarse del camino que había que hacer; este era interés comun de todos los viajeros.

Uno de ellos hizo observar, que este camino tan detestable dejaría de serlo, si en vez de tener que subir y bajar una cuesta muy rápida, se pudiese dar la vuelta, tomando algunas varas de un terreno estéril, que pertenecía al gobierno y no producía nada. Octavio

vituperó al gobierno, y dijo que á su vuelta lo haría presente al ministro.

Al dia siguiente, en el número de viajeros, se hallaba un jóven labriego, que parecia muy afligido; su madre y su hermana le habian acompañado hasta el carruaje, para estar mas tiempo en su compañía; iba á reunirse al regimiento á que le habian destinado. Era un pobre diablo, que la suerte habia hecho soldado. Unico sosten de su madre viuda y de su jóven hermana, no habia podido hallar apoyo en la ley, que solo exime del servicio militar al hijo *mayor* ó *único* de mujer viuda, sin tener en cuenta el caso, en que el mayor sea un egoista, un mal obrero y un borracho, y que el menor sostenga á la pobre viuda con el fruto de su trabajo. Esto precisamente acaecia en la familia del jóven labriego.

Los viajeros todos, no pudieron contener su emocion, al ver el dolor de estas pobres gentes, y cuando el jóven quinto dijo llorando:

—No me asusta el servicio militar, ni el combatir; lo que me despedaza el corazon, es pensar que ustedes mi pobre madre, y tú infeliz Isabel, os vais á ver reducidas á mendigar el sustento.

Enrique propuso á los viajeros echar un guante, y cuando presentó su sombrero, esta idea se habia ocurrido á todos, de modo que varios tenian ya en la mano en el bolsillo.

Cuando se vació el sombrero, entre las monedas abundantes que contenia, se halló una onza de oro; todo el mundo la atribuyó sin titubear á Octavio, que sin disputa era el mas suntuoso de los viajeros reunidos, y corroboró esta opinion el cuidado que tuvo de meter muy adentro la mano en el sombrero al depositar su ofrenda.

Uno dijo á otro:

—Ese caballero que ha hecho la proposicion, no habrá dado mucho; pero siempre es él quien ha tenido

la idea, y hasta cierto punto parece haberlo dado todo.

Octavio mismo, que sabia muy bien no era suya la onza, y que habia sumergido la mano solo por ocultar lo módico de su donativo, Octavio estuvo lejos de pensar en Enrique, que habia sabido disimular hasta el cuidado que puso en ocultarse.

Octavio creyó deber hacer un discurso sobre lo odioso que era privar á toda una familia de su único sosten.

Preguntó á la madre del quinto, si habia reclamado á la autoridad, porque el hijo *mayor* ó *único* de una viuda...

Respondió, que esta esencion no correspondia á su hijo, porque tenia otro de mas edad, que las habia dejado y abandonado hacia mucho tiempo.

Octavio tomó el nombre y la habitacion de la viuda, prometió no olvidarla, y dijo que consentia en perder su nombre si dentro de un mes el jóven no era devuelto á su familia.

Las acciones de gracia no fueron interrumpidas sino por la invitacion del conductor para que subiesen al carruaje.

La partida se retardó algunos instantes por Enrique, á quien fueron á llamar á su cuarto, donde habia subido; dió al fondista una carta, que cerró en el fogn de la cocina, y le suplicó la hiciese llevar al instante, lo que hizo decir á Octavio, con aprobacion de los demás viajeros:

—Ese caballero escoge bien el tiempo para escribir su correspondencia.

Octavio se apoderó, sin cumplido, del mejor asiento; Enrique subió arriba con el conductor y el quinto.

A la hora de comer, se sentó á la mesa con el quinto en un rincon del salon.

Al dia siguiente muy temprano llegaron al término del viaje.

Unos viajeros subieron en otros carruajes; otros no pasaban de allí: se separaban probablemente para no volverse á ver. Algunos apenas se saludaron.

Enrique, que parecia conocer perfectamente la ciudad, se puso en marcha para la casa de Mr. Riessain: para esto, dejó la parte habitada de la ciudad, y pasó por varias calles, que solo contenian jardines, en medio de los que se elevaban alguna que otra casa aislada.

No se sorprendió poco al encontrar en una de esas calles á su compañero de viaje, Octavio, que al principio venia tras de él, y no tardó en llegar á su lado.

Aunque sin motivo formal para ocultar su nombre, ni el objeto de su viaje, Enrique no se sentia dispuesto á hacer ninguna confianza á Octavio: por otra parte, Octavio habia hablado en el camino, de la ciudad á que iban, como si conociese mucha gente, y la recomendacion que habia recibido Enrique, de Mr. de Riessain, de venir á verle sin hablar de su viaje, concretándose sin duda á sus conocidos, no tenia limites bastante fijos para que la infringiese sin razon, y sobre todo sin placer.

Por eso, cuando Octavio le saludó é hizo por entablar conversacion, Enrique empezó á contener el paso, y en la primera calle por la que debia ir, se paró para dejar á Octavio tiempo de seguir adelante; este se paró tambien y siguió hablando.

Enrique, al poco tiempo, le saludó y tomó por la calle inmediata.

—¡Ah! ¿vá Vd. por ahí? dijo Octavio.

Y como era su camino, siguió andando al lado de Enrique.

Lo mismo sucedió en la calle inmediata; pero entonces Enrique, resuelto á deshacerse de tan tenaz compañero de viaje, tomó resueltamente el camino opuesto al que conducia á casa de Mr. de Riessain; y cuando llegó al otro extremo de la ciudad, se paró en

una encrucijada, y preguntando á Octavio por dónde iba, le saludó y tomó el camino opuesto, decidido á emprender otro, si Octavio hubiese seguido este: luego, dando mil rodeos, fué á casa de Mr. Riessain, donde encontró llamando al mismo Octavio, que creia ya perdido en la ciudad.

Los dos se saludaron silenciosamente, aunque con sonrisa, y preguntaron por Mr. Riessain. Les introdujeron en un salon, al que al dueño de la casa no tardó en venir.

Recibió á Enrique casi como á un desconocido, suplicándole le dispensase, y entró con Octavio en el gabinete.

Pasó un cuarto de hora, durante el que Enrique, despues de mirar todos los cuadros y contar los pasos que se podian dar en el salon, empezaba á impacientarse y á no encontrar distracciones.

M. Riessain entró, y estrechandole la mano con efusion, le dijo:

—Por fin estamos juntos, querido Enrique, y solo. Ha viajado Vd. con ese loco de Octavio, y no le ha dicho Vd. su nombre. Ha hecho Vd. bien.

—No le he dicho mi nombre, porque no sabia si hac'a bien ¿Qué importancia puede tener eso?

—Mucha, porque le busca á Vd.

—¿De veras?

—Solo ha venido aquí para preguntar su habitacion.

—En ese caso, querido M. de Riessain, ¿por qué no decirle?...

—Le busca á Vd. para degollarle.

—Motivo mas; sin duda me hubiese dicho por qué, lo que de otro modo no podré adivinar.

—No necesita Vd. adivinar; Octavio me ha puesto en estado de enterar á Vd. Ha visto á mi hija este invierno, en yo no sé qué casa, donde la loca de mi

hermana la ha llevado. Se cree enamorado. En cuanto se ha explicado, le he dicho estaban Vds. destinados el uno al otro, y naturalmente quiere matarle á Vd. Lo mas curioso en esto es, que Octavio de Hervilly, que ha viajado con Vd., que ha venido aquí con Vd., pretende conocer á Vd. y haberle provocado con un pretesto: dice discretamente, que en nada puede comprometer á mi hija: añade que los han arreglado á ustedes, pero que ahora se llevará el negocio á cabo.

—¡Y qué! exclamó Enrique. Mr. de Riessain, le ha dejado V. marchar sin darme ocasion de demostrarle su odiosa y cobarde mentira; me ha hecho Vd. perder esta ocasion de sacar seguramente de él y de su impaciencia una ventaja legitima.

—Legítima, es posible; pero segura, es otra cosa. He obrado mejor, le he vengado á Vd. Le he prometido secundar sus amores, y aun consentir en su amor.

—Dispense Vd., Mr. de Riessain, dijo Enrique: ¿estoy soñando ó me he vuelto loco? Desde que he entrado en esta casa, no he comprendido absolutamente nada de lo que he visto y oído. Me encuentro con ese Octavio, de quien no he podido deshacerme: se parece mas bien á un sueño que á un encuentro ordinario.

—Es, sin embargo, muy sencillo, querido Enrique; pero ante todo debo dar á Vd. conocimiento de una correspondencia singular que he interceptado.

—Pero yo no puedo dejar impune...

—¿A Octavio de Hervilly?... Le digo á Vd. que yo me encargo de él.

—El modo de vengarme es algo estravagante, y tengo la costumbre de hacer yo mismo esa clase de negocios.

—¿Quiere Vd. concederme un cuarto de hora?

—Con mucho gusto.

—Pues bien, siéntese Vd. y escuche.

«Tiene Vd. razon, tia ..» Es mi hija que escribe á mi hermana. He sentido, y Vd. lo hará conmigo, estoy seguro, no tener conocimiento mas que de una de las dos cartas de esta juiciosa correspondencia; pero la que tenemos, nos pone casi en estado de adivinar la que nos falta.

»Tiene Vd. razon, tia, soy muy desgraciada. ¡Tonta! diez y ocho años, fresca como una manzana, rica, bien criada, adorada de su padre, destinada á ser la mujer de un buen mozo, distinguido, tan rico como ella; de un jóven que solo la ha visto una vez y la ama locamente: *muy desgraciada* verdaderamente. Me cuesta trabajo contener mis lágrimas, cuando veo semejantes infortunios.

»Sacrificada por la ciega voluntad de mi padre, á un esposo que aun no he visto, por el que sin duda no tendré simpatias, estoy condenada á arrastrar una vida de sinsabores, en una union que es la mas dura de las cadenas, cuando no la forma el corazon. Ruego á Vd. crea, querido Enrique, que mi hija no ha sacado semejantes frases de su cabeza ni de su corazon. Es su tia una solterona feroz, quien se las ha enseñado, y que la hace creer es *desgraciada*. ¡Mi hija desgraciada! Querido Enrique, daria mis riquezas y mi vida por evitarla un disgusto verdadero... Nunca he dejado, ni aun la sombra del pesar, aproximarse á ella, lo juro, y por eso quiero que sea Vd. su esposo, porque conozco la bondad de Vd., porque Vd. seguirá mis huellas, mirándola como yo; le aseguro á usted que en el fondo es tan buena como hermosa.

»Confesaré, no obstante, tia mia, que en una cosa me cuesta trabajo pensar como Vd. ¡Vé Vd. Enrique! ya está mas razonable: esto la sucede cada vez que piensa por sí misma.

»Este hombre, enamorado de mí, como Vd. dice, que ha jurado la muerte del que mi padre me destina, ese Octavio de Hervilly, me asusta mas que me agrada; no he fijado la atención en él en esa reunión ó esas reuniones donde Vd. me dice lo he encontrado; no tengo, pues, ninguna impresión que comunicar á usted.

»Respecto al maestrillo de canto, será siempre para mí un maestro de canto y nada mas. Mi futuro desconocido no tiene, pues, rival, aunque detesto de todo corazón á él, y al vínculo odioso que me quiereu hacer contraer.»

—Aquí, mi amigo, hay algunas líneas muy graves, y que pasaria en silencio, si no creyera haberos convencido de que realmente no son obra de mi hija, sino el reflejo de los pensamientos estemporáneos de mi ridícula hermana, y sobre todo, si no quisiera usar para con Vd. de entera buena fé. Hélas ahí:

«Sin embargo, debo decirselo á Vd. todo, querida tía: no es del todo cierto que el protegido de mi padre no tenga un rival; pero estoy segura que él mismo, aunque fuera mi esposo, lo que espero no será, no podría tener recelo.

»¿Recuerda Vd. aquel ramo de madre selva que recibí tan á propósito por la noche, el mismo día en que viendo esa planta, deseé sus flores? Pues bien, he soñado con frecuencia con el que habia adivinado y satisfecho mi deseo; he procurado ver si la casualidad me le daría á conocer en medio de los hombres que me rodeaban... Excepto este, tía, no tendré otro enemigo en mi corazón sino á él mismo...

»Doy á V. gracias por el ánimo que me dá usted, contra una voluntad, á la que hasta aquí no he tenido trabajo en someterme, puesto que solo se habia manifestado en provecho de mis placeres; pero no necesitaba las excelentes razones que Vd. me dá para

oponer una tenaz resistencia al sacrificio que se exige de mí...

»Quiero ser juiciosa y fiel al esposo que tome, y por eso no quiero casarme sino con un hombre que ame.

»Esta idea hace que la desobediencia sea para mí un deber, mas respetable á mi vista, que el de la sumision á las órdenes de mi padre.»

—¿Qué dice Vd. de eso, Enrique?

—Digo, Mr. de Riessain, que esta vez me parece ha hallado su hija de Vd. en su corazon estos sentimientos, que me parecen nobles y juiciosos.

—Es posible, Enrique; ¿pero y el hombre del ramo?

—¿El hombre del ramo?... era yo.

—¿De veras?

—Es un incidente muy sencillo. En el paseo, iba yo detrás de esas señoras, con otras personas, cuando su hija de Vd., que me habia llamado la atencion por su gracia y hermosura, dijo á su tia:

—¡Ay, tia, qué hermosa madre selva, qué perfume exhala!

—Hice algunas preguntas sobre las señoras; juzgue usted de mi júbilo al saber que la hermosa joven era la misma de quien me habia Vd. hablado tantas veces y que me habia Vd. dicho deseaba fuese mi esposa. La mandé un ramo de las flores que deseaba. Empecé una carta para Vd., luego, pensando que yo podia llegar tan pronto como la carta, y tener respuesta dos dias antes que si esperaba allí, vine á buscar á usted, que entonces habia justamente ido á buscar á su hija, y hace quince dias le espero á Vd. ¿La ha traído usted?

—¿Si está en el convento en que ha sido educada?

—¿Pero qué vamos á hacer? ¿Cómo triunfaremos de esta prevencion que tiene contra Vd., y que su tia

ha cultivado? Escuche Vd. el resto de la carta, y reconocerá las majaderías de mi hermana, y la influencia que ha tenido su imaginación enferma sobre la de Angela.

«Mi corazón se ha conmovido, mi buena tía, al ver el cuadro poético que Vd. me hace de un amor correspondido.

»No, ciertamente no seré cobarde en los disgustos que dice Vd. vienen siempre á probar un amor de ese género, como si el cielo tuviese celos de una felicidad que concedo con sentimiento á los hermanos, temiendo no tener nada tan hermoso para los escogidos.

»No, aquel á quien yo dé mi corazón, nada tendrá que temer de mí, ni perfidia, ni abandono, y si padres tiranos...»

—¡Oh, hija mía! ¡cuántas tonterías te han enseñado!

«Y si padres tiranos me arrastran al altar, rechazaré alto al hombre bastante cobarde para querer aprovecharse de tan odiosa tiranía. Pero tía, falta mucho para que el maestrillo de canto me inspire tales ideas; si su timidez ha chocado á Vd., la confieso que no la encuentro completa, puesto que se ha atrevido á hablar de sus ridículos pensamientos hácia mí. Ruego á usted, querida tía, no le dé ningun género de esperanzas. Necesario es creer, que Saint-Preux, maestro de Julia, era otra cosa.»

—Esto es mejor, ¡vaya un bonito oficio que hace mi hermana! Cuando las mujeres no pueden ocuparse de amor por su cuenta, necesitan mezclarse en amores de otros, para favorecerlos ó contrariarlos; me apercibo además que la ha hecho leer buenos libros. Querido Enrique, ruego á Vd. no juzgue mal de mi hija; vea Vd., en medio de las tonterías de su tía, que ella repite, aparecer el buen sentido y la dignidad que le

son propios: posee cuantas cualidades pueden hacer feliz á un hombre honrado. Créame Vd., cuando se lo aseguro por mi honor; su belleza no es un anzuelo engañoso, es el adorno de un alma hermosa y de un corazón noble; Vd. y yo borrarémos una á una las ideas absurdas que una vieja loca la ha metido en la cabeza.

—Querido Mr. de Riessain, la amo con todo mi corazón.

—Veamos juntos, amigo mio, hasta dónde llega el mal. Tome Vd., lea Vd. mismo lo restante, es el análisis de una novela que acaba de leer y la ha agradado.

La heroína, robada tres ó cuatro veces, encerrada en no sé cuántos calabozos, en poder de muchos bribones, sale pura y sin mancha de todas las pruebas, y termina por ofrecer un corazón fiel al pobre caballero, rechazado por sus tiranos padres (hermoso, delicioso, con que há poco me calificaba), y que por su valor se hace rey de una isla desconocida, después de haber abierto en canal no sé cuántos rivales.

Hé aquí lo que han hecho creer á la pobre niña que encontraría en la vida. Y como estas tontunas tienen algo de noble, su joven imaginación se ha dejado seducir.

He decidido, pues, que Octavio, habiéndose portado como un tonto, pague su pena. Es imposible se presente Vd. como el esposo escogido, ¡qué digo! impuesto por mi padre feroz. Esto destruiría nuestros proyectos, porque ni mi hija daría su libre consentimiento, ni yo la obligaría á casarse con Vd. He recordado la historia de los habitantes de no sé qué ciudad, que querían construir un puente sobre no sé qué río. A cada tentativa, la corriente destruía y arrastraba la obra empezada.

En fin, el diablo vino á ver á uno de los principales de la ciudad, y dijo: «Construiré el puente en

una noche, y durará doscientos años, día por día, y no costará sino una bagatela; la primer criatura que pase por el puente, será mia.» El que recibió la proposición, conferenció con otros jefes, y fué aceptada. A la mañana siguiente se encontró un magnifico puente que unia las dos orillas. ¿Qué hicieron entonces los jefes de la ciudad? Tomaron un gato, y poniéndole en la embocadura del puente, le echaron, asustándole con sus gritos, de modo que pasó al otro lado.

El diablo, burlado, cogió el gato y se lo llevó gruñendo. La autoridad paterna, es el puente construido por el diablo, Octavio pasará por él.

Enrique hizo muchas objeciones; pero Mr. de Riessain, las desvaneció todas y concluyó de desarrollar sus ideas. Enrique concluyó por rendirse; pero solo ante una voluntad, á la que Mr. de Riessain anunció no haria variacion alguna.

—Aquí concluye el primer folletin naturalmente, dijo á un amigo que leia por cima de mi hombro.

—¿Qué! exclamó, ¿tiene Vd. algun rico patrimonio que me ha ocultado Vd. hasta aqui, ó une Vd. á su carrera de escritor alguna industria tenebrosa, ó se ha vendido Vd. al gobierno para escribir así?

Un poco aturdido por esta salida, supliqué á mi amigo se esplicase. Se sentó á la chimenea enfrente de mi, y me habló poco mas ó menos en estos términos:

—Cuando escribe Vd. novelas, ¿no le pagan á usted como á los demás, tanto la linea, tanto la página, tanto la hoja?

—Si en verdad, ¿por qué no conformarme con el uso establecido por los demás?

—Confórmese Vd. al uso establecido, cuanto quiera; pero á lo menos estudie Vd. los maestros en ese género, y aprenda de ellos á no despilfarrarse. Imagínese usted, que pagado por líneas, La Rochefoucauld, si viviese en estos tiempos, y del producto de su pluma

solo, hubiese podido hacerlo una ó dos semanas con el precio de sus máximas.

—Es posible; pero por muchos inconvenientes que ofrezca este modo de proceder, mas se presentarian si se quisiera aplicar al precio de las obras literarias cualquier regla, que tuviese por base el mérito del libro.

—No vitupero la moda en uso; pero quiero hacer observar á Vd. que no la hace Vd. producir, mostrándole lo que harian algunos maestros que bajo todos conceptos debe Vd. proponerse por modelos. Ha puesto Vd. en escena un fondista, media docena de viajeros, un quinto y su familia; habia que hacer otros tantos retratos. ¡Y la fonda! ¿Cree Vd. que uno de los maestros á quienes hago alusion hubiese dejado pasar la fonda? No por cierto: y si la palabra fonda le viniese á la pluma, la detendria á su paso y la haria desembuchar. Cada cacerola le pagaria al menos un derecho de treinta maravedís. ¡Y la chimenea! Esta daría sesenta reales; tambien hay un carruaje de que podia Vd. sacar partido.

—¿Quería Vd. que se parase en el camino?

—No, pero ese carruaje le debe á Vd. cuarenta reales, que podia Vd. hacerse pagar: vamos ahora al ejemplo de otro maestro: tenia Vd. un jóven que viaja y que está en el campo; por qué no esclamar: ¡El campo, la juventud! Dos bellas y encantadoras cosas si se las une el amor; ¡la juventud, el amor y el campo! La juventud, con sus creencias, sus ilusiones, su confianza; el amor con sus sacrificios, sus decepciones, sus sueños; el campo con sus árboles, sus caminos tortuosos, sus cantos de las aves; el campo se ha hecho para el amor y para la juventud; la juventud y el amor se han hecho para el campo. En el campo es preciso amar, y para amar es preciso ser jóven; la juventud sin amor, no es juventud; el amor sin juventud, no es amor; el campo no es campo sin la ju-

ventud y sin el amor: ¿á qué serviría la juventud sin amor? ¿á qué serviría el amor sin la juventud? ¿qué se hace en el campo no siendo jóven y no amando? etc., etc.

Tercer procedimiento. En vez de jóven, la historia es una época vaga é indeterminada; era preciso tomar una época histórica. Uno de los personajes seria ahijado ó criado de un personaje célebre y asistiría naturalmente á buena cantidad de sucesos ó de fiestas de aquella época, que encontraría Vd. escritas en todas partes.

Cuarto procedimiento.

—Basta, dije á mi amigo; se encontrarán gentes que si le oyesen á Vd., tomarian esas generalidades por retratos.

—Pero, replicó mi amigo...

—Pero, repuse yo, no quiero tomar lo que Vd. dice sino por generalidades, puesto que pienso zurcir su discurso de Vd. en uno de mis capítulos, lo que compensará algun tanto el desinterés que Vd. me echa en cara con tanta acritud. Aquí pues termina, con menos naturalidad tal vez, pero comienza el primer folletin de la historia inverosímil que me he propuesto contar á Vds.

SEGUNDO FOLLETIN.

Mr. de Riessain fué á buscar á su hija al convento, y la instaló en la casa donde recibió á Octavio y á Enrique.

Esta casa es una nueva adquisicion que su hija no conocia, y que le parecia muy bonita. La casa está situada en medio de un inmenso jardin. Mad. Eudoxia ha venido á unirse con su hermano y su sobrina. Los negocios la hicieron ir á la ciudad de... por dos meses y se estuvo un año, porque Mr. de Riessain, obligado tambien á haer un viaje, no creyó oportuno hacerlas volver al campo.

Al dia siguiente de la llegada de ambas, Mr. de Riessain anunció friamente, que esperaba la visita del esposo que destinaba á su hija.

Angela palideció y miró á su tia desesperada. La tia Eudoxia hizo algunas preguntas:

—¿Qué tal es el jóven? dijo, porque no dudo un instante que es un jóven.

—Mañana tendré el honor de presentarlo.

La tia y la sobrina se retiraron temprano, para poder hablar libremente del suceso.

Angela, dispuesta ya á la rebelion, recibió de su tia palabras de consuelo; luego empezó esta la lectura de una novela que habian empezado.

A cada instante, notables relaciones entre la posicion de Angela y la de la heroina arrancaron á la sobrina y á la tia exclamaciones seguidas de largas reflexiones.

En efecto, la jóven y bella Floreska es, á pesar suyo y por un padre cruel, conducida al altar donde debe casarse con el atroz Nerisko; pero Floreska ama cierto Oswald, y encuentra en su amor una firmeza inalterable contra el tiránico autor de sus dias.

La tia se interrumpió aquí para hacer notar á su sobrina, que el maestro de canto se llamaba Oswald; pero Angela rogó sériamente á su tia no le hablara nunca de semejante hombre.

Se separaron, y se disponian á acostarse; pero al poco tiempo Angela conmovida y temblorosa, volvió al cuarto de Eudoxia.

—¡Oh, Dios mio! tia, si Vd. supiera...

—¿Qué sucede, Angela? tienes el semblante descompuesto.

—Venga Vd., tia, venga Vd. á ver en mi cuarto.

—¿No valdria mas llamar?

—No hay peligro alguno, pero es muy extraordinario. Ya sabe Vd., ¿el desconocido?...

—¿Está en tu cuarto el hombre de la madre selva?

—Ay, tia, qué ocurrencia, dijo Angela ruborizándose.

—¿Qué hay pues?

—Hay en un vaso, sobre mi chimenea, un ramo de madre selva.

—¡Es imposible!

—Ya lo sé que es imposible, tia, pero sin embargo es, y eso me admira.

Fueron juntas al cuarto de Angela. Era, en efecto, madre selva; la habitacion estaba embalsamada. Llamaron á la doncella; no habia puesto el ramo, ni sabia lo que la preguntaban. La hicieron salir, y la tia y la sobrina pasan parte de la noche en razonar y decir disparates.

—¡Oh! dijo Angela, estoy como Floreska, soy amada, y con el amor mas tierno y mas constante: piense usted, tia, ¡hace mas de un año! Seria ingrata si no sintiera un poco de agradecimiento, por una llama tan pura y tan fiel... Soy amada aun. Es preciso confesarlo, es muy fastidioso no saber el nombre de aquel por quien una es adorada, y que casi casi ama una ya.

La tia añadió que no era menos fastidioso no haberle visto nunca. ¡Quién será! ¿Será ese moreno, buen mozo, que llamaban Mr. de Walstein?

—¡Oh! no, tia, tiene un aire poco distinguido.

—¿Será ese jóven rubio, tan fresco y tan colorado?

—¡Cá! tia, no me gustan los hombres colorados y frescos.

—Pues no sé.

Eran las tres de la mañana cuando Eudoxia anunció que se *moria de sueño*.

Angela la pidió permiso para dormir con ella: en primer lugar, porque no tenia sueño y esperaba poder hablar aun un poco del desconocido, y despues, porque no se podia pensar sin turbacion ingénua y sin temor púdico, que el desconocido habia entrado y podia entrar en su cuarto cerrado.

Al apuntar el dia se quedaron dormidas.

Angela llevó al cuarto de su tia el ramo de madre selva; al despertarse, su primera mirada fué para él,

así como antes de dormirse fué el último objeto que miró.

Toda la noche vió en sueños á su desconocido; pero le volvía la espalda, ó tenía puesta una careta.

Por la mañana, al almorzar, Mr. de Riessain preguntó si no iban á componerse un poco.

Cuando estuvo sola con su tia, Angela anunció que no queria vestirse, que no queria hacer nada por ese caballero, tan protegido de su padre. La tia contestó que era preciso no *asustar* á las gentes. Angela respondió, que eso es lo que queria, hacer miedo á Mr. de Hervilly.

Su padre acababa de decirle el nombre de su protegido.

Quería saber, no obstante, si una vez en presencia del pretendido, Angela sabría con placer que renunciaba á su mano, porque le parecia fea.

En la historia de heroísmo femenino, historia que seria larga y hermosa, si esos grandes combates, esas grandes victorias y esas grandes derrotas no se verificasen en silencio, se cuentan muchas mujeres que lo han sacrificado todo por el hombre que aman, posición, honor, blenes; algunas han preferido la muerte á la infelicidad; pero no se vé ninguna que haya atentado á su belleza y se haya desfigurado un poco para disgustar á los opresores, enamorados de sus encantos,

Tal vez, por otra parte, debe buscarse la causa en la ingratitude de los hombres, porque ciertamente no falta valor á las mujeres; tienen mas que los hombres; pero temerian sin duda disgustar, despues de semejantes sacrificios, tanto al hombre que aman como al que no aman.

Sin embargo, no sucedió esto; Angela se vistió justamente con el esmero necesario para no enfadar á su padre, y sin embargo, Octavio no *encontró* espre-

siones con que decir á Mr. de Riessain cuán bella la encontraba.

Angela por el contrario, se irritó contra su tia, á quien no parecia mal ese jóven; se acordó entonces muy bien de haberle encontrado en las sociedades el invierno anterior; de los hombres que veia, era sin contradiccion el que mas la disgustaba... No, aunque su padre la *maldijera*, no se casará con Mr. de Herilly; quisiera poder decir cuán diferente era el hombre del ramo de madreSelva; pero aunque estaba cierta, no se atrevia á declarar en alta voz su conviccion.

Por la noche se arrojó llorosa á los pies de Mr. de Riessain, le suplicó no la obligara á casarse con semejante hombre.

Mr. de Riessain la preguntó de un modo terrible si por casualidad habia dispuesto de su corazon.

Angela respondió, que su corazon era libre, y añadió como Floreska, *que el amor de su padre la basaba, que era muy jóven, etc.*

Mr. de Riessain se mostró inflexible; la tia intervino y pidió un plazo; el padre titubeó, se hizo rogar mucho tiempo, y concluyó por conceder tres meses; pero pasado este término no queria escuchar ninguna reflexion.

Angela, que no habia visto nunca á su padre tan severo, se retiró á su cuarto muy triste, pero la tia Eudoxia la tranquilizó.

—No se sabe lo que pasará de aquí á tres meses.

Floreska solo obtuvo un plazo de tres dias, y no obstante, se casó con Oswald, despues que hubo vencido y muerto á Merisko. El desconocido acabará por manifestarse de otro modo que con los ramos... La tia Eudoxia tenia esperanzas; Angela preferia la muerte y aun el convento, á semejante union.

Los dejaremos en estas disposiciones, que les pro-

porcionan abundantemente alimento para sus conversaciones.

Enrique se habia vuelto á marchar en el mismo carruaje que le habia traído; el tiempo estaba muy bueno, y se habia sentado en el pescante del carruaje, al lado del conductor.

Cuando llegó á la fonda que conocemos, vió salir del interior del carruaje al mismo Octavio Hervilly, para quien sentia, en vez de indiferencia, un sentimiento próximo al ódio.

Apenas los viajeros habian entrado en el comedor, cuando se oyeron los gritos de

—¡El es! ¡ahí está!

—¡Ah! caballero, dijo el fondista á Octavio, no nos ha olvidado Vd.; algunas horas despues de marcharse usted, ha llegado la autorizacion de hacer pasar el camino por este barbecho que hace tanto tiempo nos negaban. ¡Ah! caballero, es Vd. el bienhechor del país.

Octavio y Enrique se admiraron. Octavio volvió en sí el primero, y respondió que lo que habia hecho no era nada, que una simple carta del ministro habia bastado para instruirle.

—Sí señor, muy bien, solo con una carta; hemos escrito ciento, y nunca nos ha contestado; y al pobre Pedro, ó mas bien, al feliz Pedro, le prometió Vd. no olvidarle, y que dentro de un mes volveria con su madre. No ha sido necesario un mes; ha llegado esta mañana... Ya han ido á avisarle que está usted aquí.

Si Octavio estaba admirado al ver que la casualidad habia realizado tan pronto las promesas que él habia hecho sin intencion y sin poder hacer mas, Enrique, por su parte, no podia cansarse de admirar la frescura con que Octavio aceptaba la responsabilidad de servicios que no habia pensado en hacer.

Octavio era de esas gentes que se encuentran con frecuencia, á quienes importa menos ser que parecer, que emplean todos sus esfuerzos en *hacer efecto*. No se sabe á cuántas pobreza se resignan por parecer ricos; cuántas comidas mezquinas, cuántos ayunos acusan sus botas barnizadas y sus guantes amarillos. Conozco de esos hombres que preferirian pasar por el amante de una mujer, serlo realmente sin que nadie supiese su dicha. Pronto llegó el quinto con su madre y su hermana.

La alegría mas viva habia sucedido á las lágrimas. La hermana, una jóven hermosa, besó la mano á Octavio.

Aceptando estas pruebas de agradecimiento, Mr. de Hervilly hubiese hecho cualquier cosa por saber de qué modo misterioso, la esperanza que habia dado por hacerse un instante el importante, de la cesion del terreno para el camino y de la libertad del quinto, se habia realizado tan á punto por un éxito tan completo, que no se atrevia á llamar casualidad. El fondista, que salió para cuidar sus cacerolas, volvió á entrar y dijo:

—El señor baron de Horrberg está servido.

Al oír estas palabras, Enrique se volvió de repente; pero notó que era á Octavio de Hervilly á quien se dirigia.

Octavio preguntó al fondista por qué le daba ese nombre.

—Perdóneme Vd., señor baron, si descubro su incógnito; pero no hay nadie aquí que no crea una dicha el conocer el nombre de un hombre tan generoso; y la madre y la hermana de Pedro sabrán bajo qué nombre deben dirigir sus plegarias al cielo por la felicidad de Vd.

—Pero, amigo mio, ese nombre ..

—Sé muy bien que el señor baron tenia intencion de ocultar su nombre, pero se ha hecho traicion á si

mismo; la autorizacion de tomar el terreno que nos habian negado tanto tiempo, y la licencia de Pedro, dicen igualmente que lo conceden por recomendacion del señor baron de Horrberg. Luego, como segun lo prometió el señor baron, estas cosas han sucedido al momento, no pudiendo dominar su dulce emocion en presencia de las personas que le deben su felicidad, el señor baron ha recibido con noble franqueza nuestras acciones de gracias, y no hay que dudar un instante que su esclencia no sea el baron de Horrberg.

No podia negar el título de baron de Horrberg sin confesar habia recibido homenajes debidos á las acciones de otro; era preciso ser baron de Horrberg, ó un insigne bribon: no creyó, pues, deber insistir mas.

Octavio creia soñar; se preguntó un instante si por casualidad seria realmente baron de Horrberg, y si algun velo que encubria su nacimiento, acababa de desgarrarse súbitamente.

Pero no podia conservar esta idea mucho tiempo, ni aun algunos instantes: habia nacido tan regular, tan conformemente á los usos y á todas las garantias legales, que no habia medio de esperar otros padres mas que los que hasta entonces habia tenido por tales.

Pero estas alabanzas tenian un poco de exageracion, que se asimilaba mucho á la ironia.

Octavio estaba en muy mala posicion; no podia incomodarse de los cumplidos, que solo tenian de injurioso el ser desmerecidos. Y no obstante, conocia que Enrique adivinaba su turbacion, y se divertia

Por su parte, Enrique no estaba animado de sentimientos muy benévolos para Mr. de Hervilly, y como todos habian ido declarando sus nombres y cualidades, se esforzó en provocar una cuestion directa, que eludió algun tiempo, pero contó dos ó tres anécdotas, en que se representaba un papel un poco ridi-

culo; y en fin, confesó que viajaba por medida de prudencia.

Habia tenido por rival en un negocio de amor á una especie de matamoros, que no se atrevia á nombrar.

Sus principios le habian obligado á rechazar un desafio que le habia propuesto el espadachin. Amenazado de un insulto público se alejaba de la ciudad de... Todos los presentes, admirados de oír confesar semejante cobardia, guardaron profundo silencio.

—Señores, no me avergüenzo de mis principios. Tengo horror al desafio, no quiero batirme; y como mi enemigo es un hombre atroz, capaz de emplear los medios mas violentos para obligarme, viajo por algun tiempo de un lado á otro. Tal vez en las mútuas confesiones que se han hecho, nadie haya confesado tan francamente como yo los verdaderos motivos de su viaje Para terminar con Vds., señores, diré que me llamo Octavio de Hervilly.

Octavio saltó en su asiento.

El desconocido tomaba su propio nombre y le cubria de acciones, que por lo menos eran ridiculas.

—Dice Vd. que se llama, caballero ..

—Octavio de Hervilly, para servir á Vd.

—Pero, caballero, creo conocer á otro Octavio de Hervilly...

—Se equivoca Vd., no existe de este nombre mas que el mediano sugeto aquí presente.

Octavio se estremecia de indignacion por no poder reclamar su nombre, de que se usaba de un modo poco honroso.

Hizo, no obstante, otra objecion; pero Enrique la recogió con altanería, y dijo:

—¿Piensa Vd., caballero, que soy bastante bajo y despreciable para tomar un nombre que no fuese mio?

Luego continuó la conversacion, espresó las ideas mas estravagantes, las teorías mas desconocidas y mas inmorales, diciendo de vez en cuando:

—*A fé de Octavio de Hervilly.*

Octavio estaba en áscuas; de buena gana hubiese renunciado al nombre que habia tomado y á las bellas acciones que se habia apropiado, por salvar su nombre de las duras pruebas á que el desconocido parecia quererle sujetar, y al mismo tiempo obligarle á esplicar las causas que le habian inducido á apoderarse de un nombre que no tenia.

—Tal vez ese viajero sabe que no me llamo Horrborg: pero eso no le autoriza á tomar mi nombre. Tal vez tambien se llame así. ¿Pero cómo? El mismo nombre y apellido; por singular que sea esta casualidad, tengo que admitirla.

—Caballero, dijo á Enrique, siento incomodar á usted, pero estoy persuadido de conocer un Octavio de Hervilly.

—En ese caso me conoce Vd. á mí.

—No señor.

—Reto á Vd. á que me presente á ese Octavio de Hervilly.

—Algun dia se lo haré ver á Vd., caballero.

En este tiempo habian servido, encendido y bebido ponche.

Enrique derribó con el codo la ponchera, casi llena de ponche encendido, y cinco ó seis vasos. Vino el fondista diciendo:

—Ciertamente, señores, esto no tiene sentido comun.

—Qué estás diciendo, bribon? exclamó Enrique, ¿crees que no te pagaré los vasos?

—Le prohibo á Vd. tutearme y llamarme bribon.

—¡Ah! ¡ah! ¿puedes tú prohibir algo á Octavio de

Hervilly? Toma, pon tambien en la cuenta ese vaso, y este que tiro por la ventana, y los cristales tambien; ponlo todo en la cuenta de Mr. Octavio de Hervilly, y déjanos en paz.

Solo despues de mucha resistencia, Enrique se calmó.

Era tarde, cada viajero fué al cuarto que se le destinaba. Pero á la mitad de la noche hubo un ruido infernal en la casa.

Enrique iba por los corredores, abriendo los cuartos de las criadas.

El fondista se levantó en camisa, quiso hacer entrar á Enrique en su cuarto, y recibió de él un puñetazo, que le hizo caer sobre la puerta de Octavio, que se despertó oportunamente para oír decir á Enrique:

—Pon tu nariz en la cuenta de Mr. Octavio de Hervilly.

Luego se fué á acostar.

Al dia siguiente, el fondista anunció que iba á quejarse al alcalde.

—Yo no sé, caballero, añadió, lo que Vd. ha hecho; pero mis criadas dicen, que no han podido pegar los ojos.

—¿No es mas que eso? dijo Enrique, ponga Vd. la virtud de sus criadas en la cuenta, y sume.

—En verdad, Mr. Octavio de Hervilly, dijo el fondista, nunca, gracias á Dios, he visto un viajero como Vd.

—Es que nunca habia recibido Vd. á Octavio de Hervilly.

—¡Dios mio! pensaba Octavio, con tal que no se lleve los cubiertos...

Enrique no se llevó los cubiertos; pero acabó de comprometer el nombre de Octavio de cuantos modos pudo imaginar.

Octavio, mientras tanto, se esforzaba en ofrecer

un aspecto risueño á los demás viajeros, y les dijo que tal vez no los acompañaría mas que hasta la ciudad inmediata, donde debía mudarse el tiro: su criado, hombre muy aturdido, le esperaba con su carruaje.

No sé qué es lo que hizo Enrique, que apoyó con estas palabras:

—A fé de Octavio de Hervilly.

Pero Octavio, no pudiendo dudar ya que estas bromas de un género opuesto al aire y los modales que había notado en el viajero, en su primer viaje, eran dirigidas á él, le dijo:

—Caballero, cuando estos señores se separen de nosotros, quisiera que hiciésemos un poquito de camino juntos.

—Caballero, será para mí un placer.

Llegaron al sitio en que paraba el carruaje: un criado, con rica librea, entró en el despacho y dijo:

—El carruaje del señor baron de Horrberg está á la puerta.

Octavio se dijo:

—Estaba seguro, es un sueño, y voy á despertarme ahora.

Enrique le dijo en alta voz:

—El señor baron me dará un asiento en su carruaje.

Los demás viajeros esperaban para ver de qué modo el señor baron rechazaba semejante familiaridad; pero Octavio estaba aturdido, y había dado algunos pasos hácia la puerta.

Enrique le cogió del brazo.

—Vamos, caballero, subamos, dijo, puesto que usted es el baron de Horrberg, este carruaje es de usted.

Octavio no estaba en estado de pensar ni obrar, y se dejó llevar hasta la portezuela.

El carruaje era rico y sencillo á la vez, y los caballos de lo mas hermoso.

Enrique subió diciendo:

—Subo el primero, como convidado.

Hubo un momento en que Octavio estuvo por huir. Enrique le dijo:

—Suba Vd., caballero, si es cierto que desea usted viajar un poco conmigo.

—¡Ah! si señor, es cierto, y subo, dijo Octavio rechinando los dientes.

Enrique saludó á los demás viajeros, diciendo:

—Señores, hasta la vista: me alegraré que sea pronto, á fe de Octavio de Hervilly; Octavio de Hervilly les habra parecido á Vds. un poco loco; otra vez estarán Vds. mas contentos de él.

Octavio saludó sin hablar. El carruaje echó á andar.

—Ahora, caballero, dijo Octavio, hablemos seriamente: el apellido de Hervilly no le pertenece á Vd.

—Si tal, caballero, me pertenece hasta que un poseedor mas legitimo venga á reclamarlo: lo he encontrado, es un apellido abandonado, sin uso, que cualquiera habra perdido ó dejado, y yo lo he recogido.

—Caballero, suponiendo que cualquiera haya creido oportuno dejarlo por un momento, eso no le autorizaba á Vd. á tomarle.

—Perdone Vd., caballero; en aquel momento me encontraba sin nombre; he encontrado un nombre sin dueño, y le he tomado.

—Dejémonos de chanzas; Vd. sabe que yo me llamo así, que me llamo Octavio de Hervilly.

—Lo sé, caballero, pero no lo creo desde que le he oido decir á Vd. lo contrario, y tomar otro nombre.

—Pues bien, caballero, vuelvo á tomar mi nombre para pedir á Vd. cuenta de los iusultos de que he sido objeto desde ayer.

—Vuelve Vd. á tomar su nombre, caballero, yo se lo devuelvo á Vd. con mucho gusto, porque en ese caso, Vd. me devolverá el mio.

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Que soy el baron de Horrberg.

Octavio permaneció un instante anonadado: luego dijo:

—Caballero, mi situacion es horrorosamente ridicula. No puedo vivir con semejante afrenta; me dará usted satisfaccion...

—Caballero, si Vd. no puede vivir, seria mas conforme al uso *suicidarse*; pero confieso que tengo tanto deseo como Vd. manifiesta, de que medie una esplicacion. Vd. se ha permitido conversaciones que no tenia intencion de tolerar, antes aun de que la casualidad me pusiese en estado de empezar mi venganza; otras causas...

—Ya lo sé, la señorita...

—Calle Vd., caballero, no pronuncieemos su nombre, puesto que no necesitamos ponerlo en juego para batinos.

—Tiene Vd. razon; he sido insultado; puedo escoger las armas, prefiero la pistola.

—Está muy bien.

—Tiraremos á diez pasos de distancia.

—A cinco si Vd. quiere.

—Sea á cinco, caballero, y le trataré á Vd. de cobarde, si no cumple su palabra.

—El hombre que se ruboriza de su nombre y toma el de otro, no tiene derecho para llamar á nadie cobarde.

—¡Ah, caballero! Eso es demasiado... y si se atreve Vd...

—Puedo atreverme á todo con Vd.

—Está bien... si no es Vd. un cobarde, si no quiere usted el mayor de los insultos... solo cargaremos una pistola; la casualidad nos dará á cada uno la nuestra;

usted pondrá la suya en mi pecho, yo la mía sobre el corazón de Vd., y tiraremos: se atreve Vd?

—Sí señor: puesto que confía Vd. mas en la casualidad que en la seguridad de su brazo, no quiero abusar de mis ventajas, acepto.

—¿En qué sitio, caballero?

—Cerca de aquí, si Vd. gusta; entre esos sauces que se ven allí, es un sitio oculto, que servirá de tumba á uno de los dos.

—El sitio mas cercano es el que mas conviene: ¿tiene Vd. armas?

—Sí, en la bolsa del carruaje hay pistolas de viaje, ahí las tiene Vd. al lado; hágame Vd. el favor de darme las.

—¿Están cargadas?

—Sí.

—Es necesario descargar una.

—Es muy fácil, son de bala forzada; destornille usted una.

Octavio destornilló una de las pistolas, y tiró al camino la bala y la pólvora.

Enrique puso las dos pistolas en el sombrero, que tapó con su fular, y los dos guardaron silencio hasta llegar á los sauces, cuya hojarasca se apercibía ya.

Los dos estaban embebidos en pensamientos serios. Octavio, cuyos defectos tenían por origen una vanidad increíble, se sentía humillado por la superioridad de su adversario.

Sabe que la culpa de todo la tiene él: si hubiese sido ofendido sin ridiculo, confesaría noblemente sus faltas; varias veces en la vida había dado pruebas, no solo de valor, sino de temeridad, que le permitirían dar semejante paso sin que su honor sufriera; pero el papel que había hecho era tan ridiculo, que odiaba mortalmente á Enrique, que había sido el espectador. Enrique se reconvinó de haber aceptado ese género de combate, y de haber abandonado á la casualidad una

vida, que la esperanza de poseer á Angela le hace considerar como feliz.

Mejor hubiese hecho, ciertamente, si no hubiese cedido á su movimiento irreflexivo, rehusando aceptar á la casualidad sola por juez de su derecho, sin unirle su valor y habilidad.

Ciertamente, si solo se tratase del cambio de nombres, desharía este trato; pero prefería morir á ceder, no solo en valor, sino también en loca temeridad, al hombre que se atrevía á disputarle á Angela; sin eso, le parecía haber abusado de una tontería que la vanidad ha hecho cometer á Octavio.

El carruaje llegaba á los sauces. Enrique manda parar, y dice al cochero espere en lo alto de la cuesta.

—Escucha, dijo, vamos á esa quinta que está detrás de los sauces: si me veo obligado á quedarme allí, y el señor volviese sin mí, le llevarás á la ciudad de... á una legua de Horrberg.

Octavio se sintió casi enternecido de este tierno cuidado del leal caballero, que tomaba Enrique por asegurar la retirada de su enemigo, si la suerte le era adversa; pero su ira se aumentó con esta nueva prueba de superioridad.

Dios solo puede saber lo que pasó en el corazón de los jóvenes cuando se hallaron entre los sauces.

El sol suave y risueño penetraba á través del ramaje, y llenaba de vida, de alegría y de amor la hermosa naturaleza, que uno de los dos no debía volver á ver.

Ambos estaban tan decididos como si los dos gatillos de las pistolas hubiesen caído ya.

Enrique presentó su sombrero á Octavio, que metió la mano y sacó una de las pistolas.

Enrique tomó la otra.

El orgullo les impidió mirar á los dos cuál era la que habían tomado.

—Caballero, dijo Enrique, ¿está Vd. pronto?

—Caballero, repuso Octavio, espero á Vd.

Entonces, pálidos y tranquilos, se pusieron uno enfrente de otro, se tendieron la mano libre, y con la otra cada uno apoyó su pistola en el pecho de su enemigo.

Seria necesario que no hubiera leído en mi vida una sola novela, para decir una palabra mas, y no terminar aquí este segundo folletin.

TERCER FOLLETIN.

Son las ocho de la noche. A la luz de una lámpara que acaban de encender, Angela y Eudoxia están en el salon de la casa de Mr. de Riessain. Angela borda en un bastidor; la tia Eudoxia tiene un libro, que lee en voz alta:

«Lastenia persiguió al fantasma, atravesó detrás de él la galería larga y le vió entrar en la torre del Norte. Estuvo un momento indecisa; pero despues de encomendarse á Dios, siguió andando y llegó á la habitacion del monje, donde nadie habia entrado hacia mas de veinte años. Todo habia quedado en el estado en que se lo dejó desde la noche fatal en que el monje habia dormido alli, y en que no se habia encontrado mas que su cuerpo sin cabeza. El fantasma se paró, y con voz sombría y sepulcral, dijo:

—Detente y no turbes la morada de los que ya no existen...»

—¡A fé mia, tia, dijo Angela, haga el cielo lo que no

me encuentre nunca en semejante situación! Conozco que no tendría el valor de Lastenia. Creo que tengo ya un poco de miedo, solo con oír leer esas aventuras, de noche y con luz artificial. Las butacas me parece hace un instante que toman formas sospechosas, y los largos pliegues de esas cortinas tienen cierto aire de fantasma, que no me deja de asustar; si Vd. fuera amable, dejaríamos pues esa novela y hablaríamos de otra cosa.

—Aunque sea del ramo de madre selva y del desconocido, ¿no es verdad? Desde que posees una novela, de que eres la heroína, comprendo no te interesa Lastenia y sus infortunios.

—Escuché Vd., tía, es preciso decirlo: el carácter de Lastenia no me agrada mucho. Bajo pretexto de un respeto exagerado por la última voluntad de su madre, consiente en casarse con el feroz Saldorf, sin ocuparse de que traspasa el corazón del tierno y fiel Oscar, que le ha dado tantas pruebas de constancia y adhesión. Es evidente que si la madre de Lastenia hubiese conocido á Saldorf tal cual era, se hubiese guardado bien de mandar á su hija le diese su mano. Engañada hasta el fin por su hipocresía, solo ha visto en él un apoyo para su hija y un esposo tierno y virtuoso. Ciertamente, si hubiese vivido y hubiese conocido solo la mitad de los crímenes que había cometido Saldorf, no solo hubiese relevado á su hija de su promesa, sino que se hubiera opuesto con todo su poder á una unión que debía hacer la desgracia de Lastenia.

—¡Ay! pobre Angela, replicó la tía Eudoxia, temo no tardes mucho en saber cuán difícil es resistir mucho tiempo á la voluntad y á los ruegos de una familia.

—Tía, buena tía, Vd. me ha prometido no abandonarme.

—Sí, lo he prometido, y lo prometo aun, porque sé que el corazón tiene sus derechos, que son los mas

respetables de todos; porque sé que la autoridad paterna debe tener límites. Pero querida Angela, sabes que no tengo ningún poder sobre el espíritu de tu padre, el más tenaz de los hombres; ya sabes con qué sarcasmo persigue mis ideas, y que apenas puedo obtener respuesta á mis preguntas. Temo no poder hacer más que mezclar mis lágrimas con las tuyas... si tienes alguna vez motivo de derramarlas, porque, en fin, tú no puedes amar á tu desconocido, y Mr. de Hervey no es malejo. Hasta su nombre es novelesco, Octavio, y me haría ser indulgente, aun cuando su físico y sus modales no tardarían en obtener un sentimiento más tierno, si (añadió la tía suspirando) tuviese diez y ocho años, y si me presentase su homenaje.

—¡Tía! ¡tía! exclamó Angela, ¿es Vd. la que habla así? ¿no la irrita á Vd. la conducta de un hombre que ha pedido y aceptado mi mano, sin ocuparse de la posesión de mi corazón? ¿que ha tratado á su sobrina de Vd. como á una esclava que se compra, y cuyo consentimiento no es necesario para nada? No, tía, no, nunca me acomodaré con semejantes sentimientos. ¡Qué lejos están de parecerse á la llama respetuosa del desconocido, que aun no se ha atrevido á expresar su amor sino con las flores y su apresuramiento á satisfacer mis más leves deseos! Pero tía, no puedo concebir cómo mi padre, siempre tan bueno y tan indulgente para mí, permanece insensible á mis lágrimas y mis ruegos. Ya ha visto Vd., me ha concedido un plazo de tres meses. Si viera Vd. con qué cariño me ha besado al emprender esta mañana ese viaje que solo debe durar unos días.

—¿No te ha dicho dónde iba?

—No, tía.

En este momento, Teodorina, la doncella, vino á anunciar que un *caballero* solicitaba el honor de saludar á las señoras.

La preguntaron quién era ese *señor*.

—Creo haberle visto ya.

—¿Cómo se llama?

—Se lo he preguntado, dijo, pero lo he olvidado en el camino.

Iba á volver para preguntárselo, cuando se abrieron las puertas de la sala, y se presentó Octavio de Hervilly.

Se escusó de presentarse de este modo. Esperando la vuelta de la doncella, quiso ir al jardín; se equivocó y se encontró repentinamente en el salon.

Sin este error hubiese esperado el permiso que solicitaba, y á pesar de la autorizacion que le habia dado Mr. de Rlessain de frecuentar su casa, aun estando él ausente: á pesar de la orden positiva que le dejó al partir, de mirar aquella casa como suya, estaba pronto á retirarse, si las señoras no se hallaban dispuestas á concederle el permiso que solicitaba de pasar algunos instantes en su compañía,

Angela le hizo un frio saludo, porque solo á su tia correspondia contestar.

La tia Eudoxia creyó deber obedecer la voluntad de su hermano, recibiendo lo mejor que pudo á Mr. de Hervilly, á pesar de que estaba algo incomodada, y temia verse obligada á abreviar la tertulia y retirarse temprano.

Octavio se sentó, dirigió á Angela algunas frases galantes, á las que contestó con marcado desden, y despues de muchos esfuerzos para sostener la conversacion, se preparó para despedirse.

Aun no iba á su casa, dijo. La noche estaba muy hermosa, la luna pura, el cielo sin nubes; iba á vagar por el campo.

—En efecto, dijo la tia, no hay nada tan grato como una hermosa noche, y confesó que todas paseaba con su sobrina.

Octavio se retiró pidiendo el permiso, que ya le

habia dado Mr. de Riessain antes de partir, porque queria tenerlo de Angela y su tia.

—Se le permitirá venir de vez en cuando, á informarse de tu salud?

Angela se inclinó sin responder.

Cuando hubo marchado, afirmó á su tia que habia visto hacer á Mr. de Hervilly un gesto, que imitaba, y que era el mismo que hacen los tiranos de melodrama cuando quieren manifestar *aparte* que humillarán sus enemigos.

La tia no habia notado este gesto. Angela lo habia visto en un espejo, cuando Octavio, despues de saludarlas, les volvia la espalda para dirigirse á la puerta del salon: despues se volvió para dirigirles un nuevo saludo y una sonrisa, en que habia sorprendido mucha afectacion y perfidia. Esta noche Angela no se atrevió á ir, como la vispera, á pasearse al parque con su tia.

Como hacia poco que habitaban la casa, no conocian bien el jardin, que era muy grande para encontrarse perfectamente seguras.

—Como desconocemos este inmenso caseron, dijo Eudoxia, no me gusta que mi hermano nos deje solas; para tener menos miedo, obraremos cuerdamente, visitándolo un dia de estos, desde la cueva hasta el desvan; toda esa ala derecha y el centro nos son desconocidos.

Algunas visitas impidieron al dia siguiente realizar este plan.

Por la noche se presentó Octavio; pero le dijeron que las señoras estaban muy cansadas y no recibian. Aprovecharon su soledad para pasearse en el parque: era, en efecto, un grande y magnifico espectáculo ver os rayos de la luna penetrando al través de las copas de los árboles.

En medio del silencio, un ruiseñor elevó la voz é hizo oír sus cantos armoniosos.

Angela y Eudoxia escucharon con recogimiento, y se abandonaron á los dulces sueños que la hermosura de la noche despertaba en sus almas; cuando de repente, hombres enmascarados, saliendo de la espesura de los árboles, se arrojaron sobre ellas, las cubrieron la cabeza con un velo destinado á ahogar sus gritos, y se las llevaron en sus brazos.

La tia Eudoxia, á la que el raptor aseguraba no la harian ningun daño si guardaba silencio, permaneció muda y consternada.

Angela, á pesar de las recomendaciones que la hicieron, quiso levantar la voz y pedir socorro á su padre que lo sabia, aunque ausente, y á sus criados, demasiado retirados para oír su voz apagada.

Encerradas en un carruaje, los caballos partieron á escape.

Prestándose mútuo socorro, Angela y Eudoxia no tardaron en deshacerse de los velos que las cubrian la cabeza, y las impedian hablar.

—¡Dios mio, tia! ¿qué nos sucede y qué nos sucederá? dijo Angela; ¡qué dicha que esté Vd. conmigo, ¿Qué pensará mi padre? ¿dónde nos llevan y qué quieren hacer con nosotras?

—Felizmente, sobrina mia, respondió Eudoxia, que nada sé de cuanto me preguntas; sin esto hubiese olvidado lo primero, antes de que llegara á lo último, segun la volubilidad con que hablas. ¿Pero no has hecho ninguna observacion que te haga sospechar cuál sea el autor de esta violencia?

—No necesito conjeturar ni sospechar, tia, cuando sé las cosas ciertamente. El autor de nuestro rapto es Mr. Octavio de Hervilly.

—¡Lo crees así, sobrina! ¿Qué interés puede tener en comprometer el resultado favorable de un asunto, en que nada tiene que temer? Seguro del consentimiento de tu padre bastante fátuo, segun he podido juzgar, para desesperar del tuyo, seria preciso le do-

minase una manía poco comun de arrebatat jóvenes, para ir á robar una que se hubiese podido llevar legalmente con solo esperar dos meses. Soy de parecer que el autor del rapto es mas bien el desconocido, el hombre del ramo de madre selva.

—¡Eh, tia! No lo piense Vd.; ¡un hombre tan tímido, tan respetuoso! No, no, el odioso de Hervilly ha conocido fácilmente la repugnancia que me inspira el yugo que se me quiere imponer; conoce la indulgencia y el cariño que mi padre me tiene; sabe que la severidad de este tierno padre no resistiria á mis ruegos y á mi desesperacion, y ha recurrido á la violencia. ¿Dónde estamos? Estamos andando hace mas de una hora, los caballos parecen tener alas, no se ven mas que árboles, siempre árboles. Si atravesásemos algun pueblo, espero que mis gritos harian detener el carruaje.

—No grites tan pronto, sostengo que estamos en poder del desconocido de los ramos. Tu próximo enlace con Mr. de Hervilly le habrá hecho ver que no era ya tiempo de pretenderte por las vías ordinarias, y habrá empleado medios un poco bruscos, es verdad, pero que espera le serán perdonados.

Las reflexiones de la tia hacian dudar á Angela, que no sabia cómo podia apreciar lo que pasaba.

En efecto, la cólera que naturalmente debia concebir de este rapto, podia modificarse, segun que la hubiesen llevado á cabo el uno ó el otro de los dos hombres en que solo podia sospechar; porque aunque este modo de obrar era muy vituperable, no era nada en comparacion del crimen mucho mayor que habia cometido Octavio de Hervilly: este crimen consistia en que le gustaba á Angélica.

Es, en efecto, lo peor que puede hacer un hombre á una mujer, disgustarla. Desafío al hombre que disgusta á una mujer, á que la admire con ningun crimen, y de imaginar cualquier cosa, una horrible que

sea, de que no le crea capaz. Todos los demás crímenes se confunden en el crimen de disgustar, que basta para absolverlos todos.

Al cabo de cuatro horas de marcha, les pareció que el carruaje dejaba el camino real y tomaba uno de travesía.

En efecto, no tardó en pararse delante de una casita aislada.

Allí las ayudaron á bajar del carruaje, y uno de los enmascarados las previno pasarian allí el resto de la noche.

Ensayaron hacer hablar á este hombre, que parecía el jefe de los demás; pero no les respondió nada, y dió órdenes para que otros caballos fuesen enganchados al amanecer.

—Ya lo oyen Vds., señoras, añadió, es necesario estar listas muy temprano. Seguramente, no las amenazaré á Vds., como lo hacen generalmente los conductores, con seguir mi camino y dejarlas ahí; pero juro que si no están Vds. dispuestas á salir á la hora indicada, las llevaré al carruaje, sea cual fuere el estado en que se hallen.

—Pero, en fin, díganos Vd. dónde estamos y dónde vamos.

—Señora, los órdenes que he recibido no me obligan de ningún modo á hacer semejantes confidencias; me han dicho me detenga lo menos posible, y que vaya muy de prisa.

—Pero...

—Señora, como mi respuesta será siempre negativa, en adelante no responderé á nada.

Apenas Angela y su tía estaban en el cuarto en que debieran pasar la noche, cuando Teodorina entró á preguntarlas si tenían necesidad de sus servicios y si querían tomar algo.

—¡Cómo! ¿Vd. aquí, Teodorina? exclamaron á la vez

la tía y la sobrina. ¿Dónde estamos? ¿qué sucede? ¿cuál es el autor de nuestro rapto?

—Señoras, estoy como Vds. en cuanto á esto; pero pidan Vds. pronto lo que necesiten, me parece que despues no me negarán que pase la noche aquí.

—No necesitamos nada, sino tenerla á Vd. á nuestro lado, para disminuir, si es posible, nuestro sobresalto.

Teodorina salió, y volvió algunos instantes despues, diciéndolas muy alegre, que la permitieran no abandonarlas.

—De todos modos, ha dicho el que parece jefe, puede Vd. decir á esas señoras que harán muy bien en dormir tranquilas y no perder el tiempo en tentativas de evasion, porque mañana tenemos que hacer una jornada larga, y es fácil no se encuentren tan bien alojadas; además, todo lo que hagan será inútil. Y en efecto, señoras, me ha hecho ver la casa, cerrada con enormes cerrojos, y todas las salidas están guaruecidas con rejas y barras de hierro, guardadas además por muchos centinelas.

—¿Pues qué! exclamó Angela, ¿andaremos aun todo el dia de mañana? ¿cuál será el término de este viaje? ¿No piensan que llegemos tampoco mañana?

—Ahora, díganos Vd., Teodorina, ¿cómo se encuentra Vd. á nuestro lado?

—Nada mas sencillo, señora; apenas habian ustedes salido para ir á pasearse en el parque, cuando un desconocido vino á decirme, que una de Vds. se habia indispuesto repentinamente, y que le habian mandado en mi busca. Quise llamar á otros criados; pero no me dejó, diciendo le habian Vds. recomendado me hablase á mí sola. Le seguí, pues, armada de una botellita de sales. Pero apenas estábamos en el parque, cuando mi guia, que me habia parecido bastante viejo, circunstancia que me habia animado á acompañarle, se irguió y me ordenó le siguiese sin hablar,

bajo pena de la vida. Llegamos pronto á un carruaje, detrás del que habia un asiento, donde me hicieron subir con mi compañero. En el camino, solamente supe que iban Vds. en un carruaje, y á mi espanto, vino á mezclarse la esperanza de ser á Vds. útiles y no abandonarlas.

—¡Ah, tía! dijo Angela; es absolutamente como Eufrasia.

—¿Quién era esa Eufrasia, señorita?

—Eufrasia era una criada fiel como tú, mi buena Teodorina: servía á Floreska, ¿no es verdad, tía?

Gran parte de la noche, ya muy avanzada, se pasó en sacar conjeturas de las menores circunstancias de esta singular aventura, en adivinar cuál podía ser el autor de este rapto, y cuál podía ser el término de este viaje.

Angela pensaba que el desconocido de los ramos, debía sacarla de este peligro; pero no viendo cómo podría conocerlo y descubrir el sitio donde la dama de sus pensamientos necesitaba su apoyo, procuraba recordar, para reanimar su confianza, las felices casualidades que hicieron á Oswald descubrir el subterráneo donde el infame Nerisko habia encerrado á Floreska: pero lo que estas casualidades tienen de notable, prueba que no podían repetirse; felizmente el sueño vino á poner término á su ansiedad.

Al día siguiente, se pusieron en camino muy temprano; al medio día se pararon para comer y descansar un rato, mudaron el tiro y volvieron á ponerse en marcha.

Eudoxia y su sobrina habian contado con esta parada para que les fuera devuelta su libertad; estaban decididas á implorar la proteccion del fondista, á reclamar la intervencion de la autoridad local.

Pero este día, como la vispera, se pararon en un sitio desierto, en una casa aislada, en la que no se

encontraba nadie, ó á lo menos, Angela y su tía solo vieron á los hombres que las acompañaban, que se habían quitado las máscaras en el camino, pero que no se acordaban haber visto nunca.

Al día siguiente, el que parecía encargado de la empresa, dijo á Angela:

—Llegaremos esta noche.

—¿Dónde llegaremos? preguntó la señorita de Riessain.

—Al término de nuestro viaje.

—¿A qué distancia estamos del punto en que nos ha tomado Vd?

—Señorita, me está prohibido responder á ninguna pregunta; pero nadie os impide calcular la distancia por el tiempo que llevamos andando.

—Me parece que hemos venido de prisa.

—Tan de prisa como ha sido posible, señorita, así me lo habían recomendado.

Tres horas de noche habían pasado ya, cuando el carruaje se detuvo delante de una reja; uno de los conductores tocó la trompeta; desde dentro pidieron el santo, y la reja se abrió para dar paso al carruaje, y se volvió á cerrar.

Era una especie de castillo, rodeado de robustos árboles, de aspecto sombrío y severo. Introdujeron á la hermana y á la hija de Mr. de Riessain en una habitación decentemente amueblada. Allí las anunciaron que Teodorina las serviría, que era inútil procurasen escaparse, y para apoyar este consejo las enseñaron las enormes barras de las rejas, que estaban muy elevadas.

Eudoxia preguntó si las era, en fin, permitido saber en casa de quién se hallaban. Las respondieron que el dueño del castillo tendría al día siguiente el honor de presentarse á ellas.

Vieron con placer que hermosos cerrojos las permitían encerrarse en su habitación; pero oyeron con

menos placer, que cerrojos, por lo menos tan fuertes, las encerraban por fuera.

Cuando estuvieron solas, Angela se puso á llorar.

—¡Ay! tía, dijo, ¡en qué manos hemos caído! ¿qué será de nosotras? En tres días de marcha, debemos haber llegado á un punto en que no será fácil encontrar nuestras huellas.

—A no ser, dijo Eudoxia, como persevero en creer que nos hallamos en casa del desconocido, con el que me parece será fácil entendernos.

—¡Oh, no, tía, es demasiado cierto que Mr. de Hervey, pensando que mi padre no le concedería mi mano á pesar mio, y no pudiendo equivocarse en cuanto al sentimiento que me inspiraba, ha recurrido á medios que no me sorprenden en él, porque es preciso hacerle justicia; su fisonomía no engaña, y no anuncia ni nobleza ni desinterés.

Aunque cada una se esforzase en buscar argumentos para sostener su opinion; aunque ni la una ni la otra pareciese cambiar de sentimiento, no es menos cierto que la tía y la sobrina no sabian á qué atenerse.

Su sorpresa fué grande cuando al despertarse a día siguiente encontraron en su aposento vestidos que las estaban tan bien como si hubiesen sido hechos para ellas.

Habia, en efecto, experimentado en los tres dias de marcha, uno de los contratiempos de la profesion de señorita errante y de heroina perseguida: no teniendo ni vestidos ni ropa blanca para mudarse, contratiempo de que los libros no dan ningun detalle, y cuando recordaban que Floreska, en una circunstancia análoga, habia viajado así, no tres dias, sino medio mes; que el autor, que dá cuenta de estos quince dias, hora por hora, no dice nada de que se mudase una sola vez de vestido ni de ropa alguna, se creyeron felices y descubrieron en los detalles del rapto una por-

cion de inconvenientes, de los que no podian menos de felicitarse, gracias á la discrecion de sus conductores y á la compañía que las habian concedido, mientras que Floreska se hallaba sola en medio de sus raptos.

El resultado de sus reflexiones fué que esta heroína, al llegar al término de su viaje, debia por lo menos encontrarse tan sucia como desgraciada. Una cosa solamente disgustaba á la tia en esta atencion: pero la disgustaba mucho y hasta tal punto, que prefirió conservar parte de las ropas que llevaba cuando la cogieron, á la necesidad de vestir las que habian puesto junto á ella.

Asi, pues, mientras que Angela encontraba vestidos del mejor gusto, de última moda y completamente nuevos, los de la tia, hechos, es cierto, de ricas telas, estaban cortados sobre patrones de modas del siglo precedente.

Este incidente fué causa de que ambas mudasen de parecer respecto al autor del rapto.

Angela pensó que esta atencion delicada no podia venir sino del desconocido de los ramos, y su tia, apoderándose de la opinion abandonada por la sobrina, sostenia que el disfraz de mal gusto con que querian adornarla no podia haberse ocurrido sino á ese Octavio, que al principio, y sin saber por qué, le habia parecido bien, pero que ahora se presentaba á su imaginacion como un villano capaz de todo.

En cuanto á Angela, sus dudas sobre el dueño del castillo prolongaron su tocado. Ya pensaba que era el odioso de Hervilly, que iba á presentarse á su vista, hombre desleal que la habia arrebatado al cariño de su padre, y la parecia que sus cocas, un poco rebeldes, un poco despeinadas en el carruaje, estaban bastante lisas para presentarse á ese criminal.

No queria realzar con los adornos sus *funestos atractivos*, que eran, si no la causa, al menos pre-

testo del indigno trato de que era víctima. Pero pronto pensaba que el que iba á presentarse á su vista seria tal vez el desconocido, que viendo el consentimiento de un *padre cruel*, daba la que él amaba á un *odioso rival*, se habia dejado arrastrar á una accion, vituperable ciertamente, pero que el exceso de su amor y de su desesperacion haria sin duda excusar; y entonces no encontraba ninguna razon para parecerle fea. Estas incertidumbres terminaron asi: que en ningun caso hay razon para *causar miedo*, y que su indignacion y el desden profundo que reflejara en su fisionomia en presencia de Mr. de Hervilly, bastarian para darla una actitud conforme á su situacion.

Anunciaron á Mr. Octavio de Hervilly, que enviaba á preguntar á las señoras si querian hacerle el honor de recibirle.

—Entre Vd., caballero, entre Vd., dijo Angela abriendo ella misma la puerta; entre Vd., caballero, y no añada Vd. el sarcasmo y la burla á su infame proceder. Sienta mal pida permiso para hablarme, el hombre que no le ha pedido á nadie para introducirse en casa de mi padre como un ladrón, y para sacarme violentamente de mi casa. Entre Vd., caballero, para oír la espresion del justo resentimiento y del profundo desprecio que me inspiran sus acciones.

—Señorita, dijo humildemente Octavio entrando, permitame Vd. me justifique de una accion cuya causa es el amor profundo, y no se admire Vd. del respeto que no dejaré nunca de mostrarla en todas las ocasiones en que su exceso no me esponga á perderla. Su padre de Vd. no me habia ocultado, ponía Vd. algunos obstáculos á la union á que me habia permitido aspirar. Habia concedido á Vd. un plazo de tres meses. Pero á mí me dijo, que cuando terminase este, le concederia á Vd. tal vez otro. A pesar de su resolucion irrevocable, á pesar de la palabra que me ha dado, y que ha renovado con horribles juramentos, exclamando

JOSÉ VAZQUEZ-YLLÁ

SABATER

me pertenecería Vd. muerta antes que á otro viva, si era preciso para cumplir su palabra; á pesar de estas reiteradas seguridades, mi cabeza se ha trastornado con la idea de perder ó de ver alejarse indefinidamente una dicha por la que daría mi vida: no he sido dueño de mis inquietudes, y he querido obligar á su padre de Vd. y á Vd. á apresurar el momento de mi dicha. ¿Y no le querrá Vd. creer, señorita? Esta mañana estaba aun turbado y casi arrepentido de la audacia que he tenido; pero al verla á Vd., aunque irritada, conmigo, al verla tan hermosa, tan encantadora, me es imposible sentirlo, lo confieso, volvería á hacerlo si fuese necesario.

—Lo he escuchado á Vd. con paciencia, caballero, y solicito preste Vd. igual atención á mi contestación. El medio que Vd. ha elegido para conseguir su objeto, es el más seguro para no conseguirlo. Nunca perdonaré semejante atentado á mi libertad, nunca seré la esposa de un hombre que ha considerado todas las voluntades, menos la mía. Deje Vd. ese lenguaje hipócrita; no tiene Vd. derecho para tenerme aquí prisionera. Exijo, pues, que las puertas de esta casa se abran al instante para mi tía, para mí y para nuestra doncella.

—¡Ay! señorita, replicó tristemente Octavio; me pide Vd. tal vez la única cosa que no debo conceder.

—¿Qué intención tiene Vd?

—Tener á Vds. aquí hasta que mude de parecer, hasta que se resigne á gozar de la dicha que me esforzaré para procurársela hasta que consienta Vd. en ser mi esposa.

—¿Nada más, caballero?

—Deje Vd., señorita, ese tono irónico; no me hará faltar al respeto que debo á Vd.; pero ni esto, ni ninguna consideración, hará cambiar mi resolución irre-

vocable. De aquí no podrá Vd. sino baronesa de Her-
villy.

—Para eso, son necesarias dos cosas, caballero: en primer lugar, que yo consienta en casarme con usted, y en seguida, que tenga Vd. mismo derecho al título que me ofrece tan generosamente.

—En nombre del cielo, señorita, presénteme Vd. un hombre que por su amor consienta repetir el insulto que acaba de proferir su boca.

—Muy bien, caballero, no ofrece peligro alguno el usar baladronadas con mujeres; pero esta conversacion es inútil. Lo repito, caballero, le ordeno á usted mande nos abran al instante mismo las puertas de esta prision.

—No haré tal, señorita; pero, si su señora tia y la doncella no quieren continuar acompañando á usted en su cautiverio, y Vd. consiente en que marchen ..

Angela, asustada, se precipitó en los brazos de su tia.

—No, no, señor, mi tia no me abandonará, ¿no es verdad, tia? Pero podemos estar sin criada, y esa pobre joven...

—Se cumplirán las órdenes de Vd., señorita; pero exigiré de la doncella juramento de no descubrir á Mr. de Riessain el sitio en que espero el consentimiento de Vd.

—Está bien, caballero; esperaremos que mi padre y la justicia descubran esta criminal vivienda.

—Aun cuando así suceda, señorita, lo que dudo mucho, en atencion á las distancias y á las dificultades, su padre de Vd. la juzgará bastante comprometida por su permanencia de uno á dos años en mi casa, para suplicarme la dé mi nombre y mi mano.

—¡Basta, caballero, basta! Solo tengo algunas palabras que decir á Vd.: cada instante que prolonga

mi cautiverio, aumenta mi ódio hácia Vd. y opone á sus deseos una imposibilidad mas; solo, á pesar mio, veré á Vd. hasta el día, mas próximo de lo que usted cree, de mi libertad. Adios, caballero.

Y con un gesto magnifico, casi teatral, despidió á Octavio, que salió saludando respetuosamente.

—Sobrina, dijo la tía, has ido demasiado lejos; se puede herir el corazon de un hombre, que por lo mismo ama con mas fuerza, *ama bien el que se castiga bien*; pero has herido su vanidad, disputándole sus derechos, ¡ay! muy poco fundados, al titulo de baron. En aquel momento vi brillar en sus ojos un relámpago de ódio: nunca heroína perseguida ha tenido mayor dignidad de la que has mostrado en esta entrevista; pero te ha faltado prudencia, estamos á disposicion de nuestro enemigo. Culpable de una violencia, solo le puede detener en este sendero la esperanza; si consigues hacérsela perder del todo. No quiero asustar tu jóven imaginacion con el cuadro de los escesos á que un hombre enamorado puede dejarse arrastrar. Si cree haberte ofendido sin remedio, no le importará ofenderte un poco mas en beneficio de su pasion. Créeme; no debes tratarle tan mal. He guardado silencio por dos causas: en primer lugar, porque no podia mostrarme menos severa que tú; en segundo, porque no has dejado de hablar, y me hubiese sido difícil decir una palabra.

—¡Yo, tía! ¿Puede Vd. pensar que yo autorice con una sola palabra una esperanza que me ofende?

El autor podria prolongar cuanto quisiera esta conversacion, porque Teodorina solo la interrumpió una hora despues.

—Escucha, Teodorina, nos vas á dejar, he obtenido tu libertad; pero exigirán de tí el juramento de no hacer traicion al secreto infame de Mr. de Hervilly, de ocultar á mi padre el sitio en que nos tiene en-

cerradas: semejante juramento, arrancado por el temor y la violencia, no obliga la conciencia de ningún modo; por el contrario, sería ofender á Dios cumplirle, y ser por un falso escrúpulo, cómplice de una mala acción. En cuanto veas á mi padre...

—¡Ay! señorita, eso mismo haré al instante, y aunque me hagan jurar veinte veces de ese modo, me importaría lo mismo que una cinta ajada; me han hablado de mi marcha y de una precaución que van á tomar, y que me pondrá en la imposibilidad de dar noticia alguna á Mr. de Riessain; saldré á la noche, y además, al salir del castillo me vendarán los ojos. Cuando he sabido esto, me he negado á abandonar á ustedes; me han dicho que hiciera lo que quisiera, siempre que Vds. consintiesen. He jurado que arrancaría la venda que me pusieran, y que además tenía cien medios de encontrar mis huellas y de hacer castigar á los raptos, lo que seguramente me hubiera guardado bien decir, si hubiese sido verdad.

Angela se entristeció al ver disiparse la esperanza que había fundado en la marcha de Teodorina.

No obstante, cuando llegó la hora de comer, Octavio hizo preguntar si las señoras querían bajar al comedor, y si en este caso, le permitirían tuviese el honor de acompañarlas.

Angela contestó que estaban prisioneras; que no tenían órdenes que dar, si no era la de abrirles las puertas del castillo; que por otra parte, mientras no se las obligase á otra cosa, comerían en su cuarto.

Eudoxia se incomodó con alguna razón, de que su sobrina respondiese siempre por las dos, sin preguntarle su opinión: esperaba, por el contrario, que mostrándose más amable con Mr. de Hervilly, haciéndole concebir alguna vaga esperanza, tal vez las pusiera en libertad, y si su corazón endurecido resistía á todas las cosas irresistibles que tenía que decirle, siem-

pre tendrian mas libertad, que podrian aprovechar para proporcionársela por completo; y además, no habia motivo alguno para que ellas mismas agravasen su posicion; estaban cautivas y bajo el poder de un hombre atrevido y enamorado, muy bien; pero ¿por qué añadirse el fastidio de no ver ningun semblante humano, de no hablar con nadie? La desgracia se sufre, el fastidio es indiferente.

Era tambien preciso tomar en consideracion, que mientras estuviesen encerradas en su cuarto, hablando solo á Teodorina, no tenian ninguna probabilidad de variar su situacion, mientras que, saliendo un poco, tal vez un criado se compadeceria de ellas, ó dejándose seducir por las magnificas promesas que harian en nombre de Mr. de Riessain, se decidiria á facilitar su evasion.

Floreska no hubiese nunca salido del subterráneo sin la asistencia del buen Antonio. ¿Y dónde encontró á Antonio? En sus paseos por el jardín, á la claridad de la luna.

—En nombre del cielo, tia, no me vuelva Vd. á hablar de paseos nocturnos.

—Querida mia, lo que nos acontece es solo una prueba, que espero terminará bien: es preciso pasar de algun modo la juventud, y que el corazon tenga su historia. Si querias ponerte al abrigo de estos sucesos, á los que te esponia tu hermosura y la exquisita delicadeza de tu corazon, nada te impedia haber terminado tu novela en el primer capítulo; casándote pacificamente con el hombre que tu padre te destinaba; luego, «luego hubieses sido feliz y tenido muchos hijos.» En tí estriba todo: renuncia á la idea de que tu corazon escoja un esposo; consiente en recibir aquí la mano de Mr. de Hervilly, que á pesar de todo, no tiene mala figura.

—¡Tia, eso nunca!

—Entonces, no te quejes de lo que te pasa, puesto que tú puedes hacer variar las cosas, y no hables mal de los paseos á la luna. Mira, mirala al través de las rejas: ¡qué dulce claridad! cuántos dulces ensueños procura!

La tia fué interrumpida por los sonidos acordes de una *guitarra*, que se oían al pié de su ventana.

CUARTO FOLLETIN.

—Escuche Vd., tia, dijo Angela, escuche Vd., es una guitarra.

—Si, tosen, van á cantar.

En efecto, una voz contenida, que temia evidentemente ser oida de lejos, pronunció algunas palabras; tratábase en ellas de un amante verdaderamente enamorado que encontraba á su amada en el centro de la tierra; que la amada del cantor nunca se perderia para él; que de ella se exhalaba dicha y amor, como de la *madreselva* suaves perfumes.

—Tia, dijo Angela en voz baja tocando á su tia en el codo, ¿oye Vd?

—Si, si, es el hombre de la *madreselva*, escuchemos.

Pero en vano prestaron atencion; no se volvió á oír ni la guitarra ni la voz.

—¿Quién será ese cantor misterioso? dijo Eudoxia, ¡y cómo nos ha seguido! ¡Ah! sobrino mia, ya te lo

decía yo; eres demasiado bonita para hacer un casamiento vulgar y arreglado por las familias, cuyo solo pensamiento me llena el corazón de disgusto; tienes derecho á una novela completa, y la sé; ha empezado, á pedir de boca. ¡Cuánta perseverancia! ¡cuánto amor! ¡cuánta temeridad!

Angela no respondió: sus ideas eran demasiado semejantes á las de su tía, para que tuviese gana de expresarlas. En ella, la admiración se hallaba demasiado próxima á otro sentimiento, para que no temiese descubrir el segundo, manifestando el primero.

Al día siguiente, al despertarse, encontró al lado de la cama un ramo de madreselva. Al tomarle en la mano para respirar su perfume, vió que ocultaba un papel doblado, que contenía estas palabras:

«La posición de Vd. es mil veces mas horrible de lo que Vd. supone; pero un amigo sincero vela por usted. Aun no es tiempo de asegurar la fuga. Tome usted la costumbre de pasear de noche en el jardín, pero sin llamar la atención del bárbaro carcelero. Cuando tenga Vd. que comunicarme alguna orden, escribame Vd. y ponga por la noche su carta en el hueco de un álamo viejo, que es el diez y ocho, á la derecha de la calle que está frente del castillo. No se ocupe Vd. de mi respuesta; yo sabré cómo hacerla llegar á Vd.»

Angela consulta á su tía despues de haberle dado cuenta de la carta del desconocido, y aquella opinó se le contestase; pero era mas difícil de lo que creía el desconocido el pasearse de noche en el parque: si se pedia permiso á Mr. de Hervilly, sospecharia indudablemente.

—Es preciso hacer algo para salir de aquí, Angela, y debes conocer tenia razon al decirte, no irritases á tu enemigo.

Cuando vinieron, como de costumbre, á preguntar si las señoras bajarían al comedor, y si permitirían á

Mr. de Hervilly acompañarlas, respondió la tía Eudoxia aceptando la comida y la sociedad de Mr. de Hervilly. Este se confundía dando gracias, y quiso varias veces justificarse. Eudoxia tuvo mucho trabajo en cortar ó dulcificar las respuestas duras que iba á arrancar de su sobrina esta humildad ridícula en su situación respectiva. La indicaba con la vista las ventanas del parque, en que tanto las importaba pasear. Angela había escrito la carta que debía depositar en el alamo.

«Cualquiera que sea Vd., decía la carta, si es usted generoso, no deje Vd. debilitarse su piedad por dos desgraciadas cautivas, y reciba sus más expresivas gracias. En nombre del cielo, si puede Vd., siquenos de esta prisión abominable.»

Angela, de concierto con su tía, había buscado una fórmula que no tuviera nada de ofensivo para el desconocido, y que no obstante, le hiciese comprender que la facilidad de que había dado pruebas que tenía para introducirse en las habitaciones mejor cerradas, era una cosa bastante embarazosa para su pudor. Era, en efecto, difícil saber qué medio empleaba para introducir los ramos que había recibido en casa de su padre y en el castillo de Hervilly, y sobre todo, adivinar si probablemente dueño de escoger los instantes tendría siempre bastante discreción y respeto para escogerlos oportunos.

Es preciso convenir en efecto, que debía ser muy embarazoso para Angela, no poder estar nunca cierto de hallarse sola en su habitación.

Por su parte la tía se esforzaba para poner á Octavio en el caso de ofrecerles dar un paseo por los jardines del castillo; pero en vano lanzó después de ilusiones embozadas, otras más claras y directas; en vano habló de su salud, alterada por la privación de aire y de ejercicio, é hizo notar la palidez de su sobrina. Mr. de Hervilly no quiso comprender, ó comprendió

demasiado lo que queria, y á fuerza de discursos, eⁿ que suplicaba á Angela calmase sus deseos y los de su padre, consintiendo en darle su mano, la obligó á subir á su habitacion.

Pero cuál fué su admiracion, cuando buscando para volver á leer, la carta destinada al hombre de la madreselva, que la habia escondido en un cajon, encontró en su lugar un papel doblado del mismo modo, y que contenia ya la respuesta á su carta.

«Se habia comprendido y apreciado el encantador pudor que obligaba á Angela á pedir que las cartas necesarias para tratar de su libertad, no fuesen puestas en su habitacion; pero el amor que se la profesaba era tan respetuoso, que bajo este concepto se desafiaba su púdica solicitud, para que pidiese algo que no hubiese sido previsto. Se suplicaba á Angela no pusiese por delicadeza exasperada, trabas al celo de su servidor. No verá demasiado toda su prudencia y energia contra los obstáculos que se oponia á la fuga de Angela. Se prometia no usar de ese medio de comunicacion, sino cuando la urgencia de los acontecimientos lo exigiese; si se habia empleado por segunda vez, era porque se preveia lo que iba á suceder, es decir, que Angela no conseguiria ir á pasear al parque. De Hervilly, decia, solo habia rehusado este paseo, con objeto de tener al dia siguiente pretesto para una fiesta. Que un momento se habia esperado aprovecharla para llevar á cabo la evasion: pero habia sido preciso renunciar; se suplicaba á Angela pusiese cuatro letras en el árbol, no para animar al que le pertenecia todo entero, no para compensar al que solo temia ser egoista, sacrificándole su vida, sino para permitirle obrar y decirle confiaba en el celo y en el profundo respeto de su servidor

Enrique.»

—En fin... dijo Angela, se llama Enrique... Ya sé algo de él... Quisiera verle, pensó para sí.

Las previsiones de Enrique no salieron fallidas: de Hervilly, desde por la mañana del día siguiente, hizo preguntar á sus prisioneras, si le honrarian comiendo con él y permitiéndole acompañarlas á dar un paseo por el parque.

Angela no sabia cómo aceptar: era mostrar ya un resentimiento menos vivo de la injuria recibida, era recibir un *placer*, era hacer esperar su perdón, aceptar la prision.

Sin embargo, este paseo por el jardín, que fácilmente se haria una costumbre, aumentaba mucho las probabilidades de evasion.

Suplicó á su tia respondiese y aceptase por ella al doble convite de Mr. de Hervilly.

Pero cuando despues de comer, Octavio le ofreció el brazo para salir de casa, le dijo con bastante aspereza, que si estuviese libre, si estuviese frente á un hombre que supiese lo que se debe á las conveniencias y á las mujeres, le haria observar que era á su tia á quien debia hacer este cumplido; que ella consideraba la oferta del brazo como un medio de asegurar mejor á su cautiva; que si era así, obedeceria.

Octavio se quejó de la injusticia de aquella, de quien él era cautivo y esclavo. Habló de *cadena*s que le ponian los *hermosos* ojos de Angela; y, cosa inaudita en una mujer, Angela encontró sinceramente de muy mal gusto la metáfora galante que la dirigia. Octavio se creyó obligado á ofrecer el brazo á la tia, que aceptó.

El parque se hallaba iluminado en muchos sitios, y las calles oscuras que conducian á esos sitios, aumentaba el brillo de los faroles de colores que pendian de los árboles, como enormes flores de fuego encarnadas, azules, amarillas, verdes.

Hubo un instante en que se oyeron instrumentos ejecutando árias, sin que se viesen los músicos. Esta música encantada sumergió el alma de Angela en un dulce ensueño, que se hizo aun mas profundo cuando el silencio siguió á la misteriosa armonía.

En medio de este silencio, algunos acordes se oyeron, y pronto una voz de notable belleza cantó una romanza, que pareció causar á de Hervilly tanta sorpresa como disgusto.

Esta romanza, dirigida á una jóven prisionera, la decia esperarse al fin de su cautiverio.

De Hervilly llamó á un criado y mandó se hiciese una batida en el parque y buscasen al autor de este entremes, que no se hallaba en el programa de la fiesta.

Obedecieron; pero en vano, pues no pudieron descubrir á nadie.

Octavio propuso á Angela y á su tia volver á la casa, donde las esperaba la cena.

Angela contestó que no tenia apetito.

—Es cena que no necesita apetito, algunas golosinas.

Angela respondió con dureza, que consentia comer algo por no morir, mientras llegaba el momento de su libertad; pero que su canchero podia haber notado, tomaba lo estrictamente necesario, sin probar frutas ni pastas...

Esperaba que cada una de esas acciones, asi como cada una de sus palabras, serian interpretadas como una protesta contra la violencia que se le hacia.

La tia anunció que habia hecho *gananas de comer* en el paseo. y que cenaria con buen apetito.

De Hervilly la dió gracias y preguntó á Angela si queria dejar á su tia, á lo que Eudoxia, respondiendo la primera, que si Angela no asistia á la cena, subirian juntas á su habitacion.

Mientras se decían estas palabras, Angela, que había al fin conseguido dirigir el paseo de modo que pasasen por delante del castillo, y pudiese así contar los árboles de la calle, acababa de llegar al diez y ocho.

Era un árbol gigantesco, que proyectaba á lo lejos, en torno suyo, una sombra densa; se aproximó al tronco venerable para confiarle las palabras que la pedía Enrique con tantas instancias. Pero ¿cómo se hallaría, cuando sintió la mano que introdujo en el hueco del árbol, asida por otra y estrechada, lábios ardorosos? Retiró bruscamente la mano, abandonando la carta; pero no pudo contener un grito.

De Hervilly y su tia, que se habían adelantado algun tanto, se volvieron y preguntaron la causa del grito.

—He tenido miedo, dijo Angela.

Y en efecto, cuando entraron en la casa, se pudo ver su rostro sumamente pálido.

Se obstinó en no tocar la cena, á la que su tia hizo honor: luego subieron á su cuarto.

Cuando estuvieron sentadas una al lado de otra, á la luz de una bujia, medió una conversacion algo seca. Angela reconvenia á su tia por aparentar acomodarse con su posicion.

Eudoxia reconvenia á su sobrina porque no procuraba contentar algo al hombre en cuyo poder se encontraban.

—¿Y por qué contentarle, tia? ¿no ha llegado él el primero al colmo de los malos tratamientos?

—¡Ay, pobre sobrina mia! ¡plegue al cielo que los sucesos te conserven esta ilusion!

—Pero tia...

—No estamos conformes; mas vale que no hablemos de esto.

—De qué hablaremos, tía, si no lo hacemos de nuestro cautiverio y de los medios...

Angela no terminó la frase; permaneció muda, helada, con la mirada fija y la boca entreabierta.

—¿De los medios? preguntó la tía, de los medios de escapar... es justamente lo que...

Eudoxia dejó igualmente su frase incompleta, y se quedó pálida, con los ojos muy abiertos y casi sin respiración.

¡Qué desgracia no poder terminar aquí este folletín! Yo tengo la culpa.

Algunos pormenores de la cena y la vajilla de plata me hubiesen dado un número de líneas casi suficiente; pero en el punto en que nos hallamos, no puedo pensar en eso. El uso no permite que las aventuras que yo cuento se den en tan pequeña dosis.

Continuemos este folletín, aunque con justo sentimiento.

Eudoxia, la primera, empujó á su sobrina para hacerla ver el objeto que la inspiraba semejante horror, y que esta había visto ya. Pero Angela había visto, al levantar casualmente la vista, en un ángulo de la habitación, un hombre sentado que, con el dedo en la boca, las decía guardasen silencio.

Eudoxia quiso... levantarse, y cayó en el sillón... Quiso hablar, y dijo: Pero... ca... a..., ballero. No pudo decir más.

El extranjero respondió por una seña mas imperiosa de silencio.

Las dos mujeres, temblorosas, ni aun osaban consultarse con la vista.

El desconocido se levantó. Las dos se aproximaron una á otra, como ovejas asustadas. Escuchó aquel atentamente, aplicando el oído á la puerta, vino hacia ellas, y dijo en voz baja:

—¡Silencio!

Y volvió á la puerta y escuchó algun tiempo;

luego una sonrisa de satisfaccion se mostró en su semblante, y aproximándose á Angela y á su tia, las dijo:

—Todo el mundo está recogido: estamos solos.. Me llamo Enrique; perdóñenme Vds., mi aparicion era indispensable. Mañana, en medio de la noche, espero salvar á Vds.; tendré que ausentarme todo el dia; se acostarán Vds. como si debiesen pasar la noche en la cama; cuando hayan Vds. oido la señal que acabo de yo de oír, es decir, el rechinamiento de la verja del castillo que se cierra, se vestirán Vds. y bajarán hasta la puerta del jardin, estará abierta... Allí estaré yo... Adios... ¡de Vd. es mi vida entera! ¡de Vd. el amor mas tierno!

Saludó con gracia, abrió un armario, entró y cerró tras sí la puerta.

Solo despues de un largo cuarto de hora, pasado en el mayor silencio y espanto, se atrevieron las dos mujeres á decir algunas palabras.

—¿Se ha marchado?

—No sé.

—¿Está en el armario?

—Espero que no.

En fin, Eudoxia, armándose de todo su valor, se decidió á abrir el armario.

Estaba vacío.

—¿Qué suceso! ¿Nos fiaremos de él?

—Tia, no podemos estar en peores manos que en las de Mr. Hervilly.

—Tal vez, Angela.

—Parece muy fino, tia.

—Quieres decir que es hermoso, en efecto, es un lindo caballero; pero esto, es costumbre, que inspire mas confianza á las sobrinas que á las tias.

—No quiero decir eso, tia; pero su perseverancia, su fidelidad, los peligros que sin duda arrostra por nos-

otras, nuestra horrible posición, todo nos aconseja aceptar sus ofertas generosas.

Se decidió aceptarían y se pondrían bajo la salvaguardia del generoso Enrique, para huir de esta casa de cautiverio y tristeza. Pero ¿prevendrán á Teodorina? Es prudente confiar á tantas discreciones un secreto, de que depende el éxito feliz de empresa? Una sola palabra puede hacer perder una ocasion, que tal vez no se volverá á encontrar; y solo Dios sabe cómo terminaría todo esto, y cuánto tiempo Mr. de Hervilly querría tener á Angela cautiva. Sin embargo, quién sabe lo que pasaria á Teodorina, que no dejaria aquel de suponer cómplice de su fuga. ¿Seria agradecer dignamente la adhesion de esa pobre muchacha, que ha querido compartir su cautiverio, y no abandonarlas en poder de su *feraz opresor*? Se convino confiar á Teodorina el secreto y de la partida.

Angela estuvo todo el dia muy preocupada; en fin, ha visto al que ocupaba tan vivamente su imaginacion, conoce ahora su hermosa y noble cara, su estatura imponente, su gesto gracioso. Perdona casi á Octavio, causa de que ella tenga tanto que agradecer á Enrique; á Enrique, que la habrá salvado el honor y la vida, absolutamente como *Oswald á Lastenia*.

Al anochecer consintieron en bajar á comer con Mr. de Hervilly, por evitar sospechas. Le parece á Angela que Octavio sonrie á veces sardónicamente; pero, como la tia, trata á su raptor con una complacencia, á que no está acostumbrado; las dos esperaban hacerle creer que empezaban á acostumbrarse á la prision que ereian dejar dentro de algunas horas. Propuso un pasco por el jardin. Aceptaron. Angela respondió á sus palabras amorosas con indignacion. En fin, la tia se cansó; se fueron á la cama; nunca habian tenido tanto sueño. Ya están en su cuarto; se abrazan; dentro de tres horas á lo mas abandonarán esta odiosa casa.

De repente la tía se inmuta, se ha dejado en el comedor el abanico; quiere su abanico; no marchará sin su abanico.

—Pero tía, es perdernos, efectuar una mudanza total en presencia de Mr. de Hervilly.

Eudoxia no escuchaba los ruegos ni las observaciones de su sobrina.

¡Si Angela supiese de qué mano le viene ese abanico!....

Angela redobla sus instancias para que su tía no baje; tal vez solo baste una palabra, un gesto para despertar las sospechas de Octavio; no la ha gustado mucho el tono con que las ha dicho al despedirse: Hasta mañana, señoras. Parecía una ironía, un sarcasmo aquella despedida.

No importa. Eudoxia baja y vuelve á subir con su abanico.

Teodorina viene á cumplir con su obligación; entonces sus amas la comunican el plan de evasión y sus esperanzas de libertad.

Sabe la señal para marchar: Eudoxia y su sobrina se acuestan y apagan las luces.

Eudoxia, después de algunos instantes de conversación vaga, empieza la historia del abanico.

Esta vez el abanico pagará sus derechos, pagará su rescate.

Era un abanico de seda blanca con adornos de oro. En el país se veían pastores, ¡pero qué pastores! árboles, ¡pero qué árboles! corderos, pero qué corderos!

¡La pastora gasta el cabello empolvado! un corpiño de seda color de rosa, con lazos verdes; un jubon semejante, flotante sobre enormes tontillos, galantemente realzado con lazos iguales á los del corpiño; lleva en los pies zapatitos con gran tacon; en la mano un cayado adornado de cintas; está sentada sobre yerba azul, y debajo de árboles color de lila; el pastor

tiene un frac de seda azul, calzones de seda color de rosa, medias de una blancura deslumbradora, y zapatos con tacones colorados; está cubierto de cintas; toca la flauta, tendido á los pies de la pastora, que está deshojando una flor de San Telmo.

Aquí y allí pacen corderos blancos, junto á un pastor con medias de seda; lazos color de rosa y azules adornan sus cuellos; el perro no es uno de esos enormes perros negros, despeluznados, de mirada inquieta; es un falderito blanco y canela, cuyas orejas le arrastran.

El pastor y la pastora tienen la nariz remangada.

Vamos al abanico, el lector no ha pagado mucho.

El lector no me tendrá rencor, no abuso de su posición, no conozco muchos de mis cofrades, que les hubiesen dado un abanico de Watlean por ese precio: *el mas fecundo de nuestros novelistas*, que es un hombre de mucho talento, ha hecho construir una casa con el precio de la descripción de una cómoda.

No faltaba á la casa mas que la escalera, lo que no debe atribuirse á la insuficiencia de la cómoda, sino á una distracción del autor, que, siendo su propio arquitecto, habia olvidado ponerla en el plano que habia confiado á los albañiles: no es cosa que invento ni exagero.

Todos los contemporáneos saben la historia, solo la recuerdo aquí para uso é instrucción de las generaciones futuras.

Eudoxia empezó la historia del abanico.

HISTORIA DEL ABANICO DE LA TIA EUDOXIA.

—Has notado, Angela, este invierno, un hombre de cierta edad, llamado Mr. de Briquesolles, que ha conservado la mas fina flor de la elegancia y la galanteria?...

Angela no respondió: su tía continuó:

—¿No te parece posible, Angela, que un día estarás como yo estoy? Tú piensas que hay gente vieja y gente joven, que son dos razas diferentes, como la de los negros y los blancos; no pienses mucho, en que los que son viejos han sido jóvenes como tú, y que un día serás vieja como ellos; si por casualidad notas que se *envejece*, lo consideras como una enfermedad que ataca á ciertas personas, y que tal vez evitarás. Yo he sido joven, y lo que es mas, notablemente bonita.

Si este invierno volvemos á ver á Mr. de Briquesolles, le suplicaré te enseñe mi retrato, único favor que haya recibido de mi el amor mas tierno, mas constante y mas respetuoso. Mira, ¿conoces una persona que se parece mucho á lo que yo era entonces? ¿Has examinado la cara de la señorita Flavia Desroches?... ¡Hem!... ¿te pregunto, Angela, si recuerdas las facciones de la señorita Desroches?... ¡Respóndeme, Angela!... ¡Angela!...

Solo entonces se apercibió la tia Eudoxia que su sobrina se habia prudentemente dormido cinco minutos antes de que empezase la historia. La tia murmuró un poco; pero tampoco tardó en sucumbir al sueño, y dormir profundamente.

En esto, Enrique esperaba en el jardin la señal convenida; estaba armado y cubierto de una ancha capa.

Junto á él estaba el *honrado Antonio, que servia, á pesar suyo, á un amo criminal*, y se habia prestado á ayudarle en la fuga de las cautivas. Era el depositario de las llaves del *subterráneo*. Debia guiar á las fugitivas en esta marcha aventurera, abrirles las puertas y acompañarlas, porque no podria evadirse de las sospechas, y no se atreveria á esponerse á la cólera de Mr. de Hervilly.

La noche estaba ya algo avanzada: las dos de la mañana iban á dar, cuando se oyó la señal. Las prisioneras no parecian. ¿Qué habria sucedido? ¿Han

sospechado de la buena fé del libertador? ¿Se ha opuesto á su fuga algun obstáculo imprevisto? Se pasó media hora sin oír ruido alguno. Enrique empezó á desesperar de verlas venir, cuando el ruido de pasos silenciosos y de vestidos llegó á él.

La puerta entreabierta dió paso, primero á Teodorina, luego á Angela, y en fin, á su tia... Eudoxia vestida de húsar.

Es imposible diga hoy por qué la tia Eudoxia está vestida de húsar: lo haré en el próximo folletín.

QUINTO FOLLETIN.

En que no se dice aun por qué Eudoxia está vestida de húsar.

—¡Ah! ya están Vds. aquí, dijo Enrique en voz baja; se había apoderado de mi una inquietud mortal. Es admirable cuán cobarde y pusilánime se vuelve uno al pensar en los peligros de su amada! ¿Pero por qué esta señora viene disfrazada de húsar?

—¡Chut! dijo Angela; nosotras mismas no lo sabemos; creimos era cosa de Vd.; mas tarde diremos á usted lo poco que sabemos. Mi tía está furiosa; haga usted como que no ha notado su disfraz.

—Nada hay en el mundo que no esté dispuesto á hacer por obedecer á Vd., replicó Enrique, y obedeceré, aunque es muy difícil no notar que una mujer está vestida de húsar.

—Justamente, dijo Antonio, he servido en ese cuerpo.

—Callate, charlatan, dijo Enrique. En fin, bella Angela, el cielo parece favorecernos; esta noche oscura, este silencio profundo, todo protege nuestra fuga, todo...

Aquí Eudoxia hizo observar con alguna acritud, que se perdía mucho tiempo en conversacion, y que se hacia como los coristas de las óperas, que cantan: *¡Marchemos, corramos, volemos!* un cuarto de hora sin menearse del mismo sitio.

Enrique ofreció el brazo á Angela, que no pensó en hacerle observar, como lo hizo con Hervilly, que era á su tia á quien debia ofrecer su apoyo. La tia preguntó, designando á Antonio, quién era ese hombre.

—Es, respondió Enrique, el jardinero del castillo, que he comprometido y ganado, y sin él no hubiésemos podido ni aun intentar la evasion, porque no se puede pensar en salir por la puerta del castillo, guardada dia y noche por un centinela. Un subterráneo, há mucho abandonado, del que Antonio tiene las llaves, nos conducirá fuera de los dominios de...

—Del infame de Hervilly.

El grupo se puso en marcha, guiados por Antonio; seguian Angela y Enrique; Teodorina y Eudoxia cubrian la retaguardia.

Despues de haber andado algun tiempo por las calles sombrías del jardin, llegaron á un matorral.

Antonio cogió un hacha que habia escondido de antemano, é hizo en los arbustos una abertura suficiente para descubrir la puerta del subterráneo, que abrió con una enorme llave.

—¿Estamos todos? preguntó No veo al húsar... ¡Ah! sí, hay viene el valiente militar. Pase Vd., militar, voy á cerrar la puerta.

Cerrada que fué la puerta, Antonio encendió una linterna, que despidiendo en derredor un débil reflejo,

parecía aumentar la oscuridad de la parte del subterráneo en que la luz no penetraba.

—Escucha, Antonio, dijo Enrique con voz solemne, estamos á tu disposicion; si nos sirves fielmente, no serás mi cado, sino mi amigo; no te hablo de dinero, no, porque para no dártelo tomo por pretesto el que tu bella accion es superior á ese vil metal, sino porque la mitad de lo que posco será tuyo; pero si nos haces traicion, si nos has tendido un lazo, si tu aparente complicidad ocultase una perfidia, ves este puñal, serviria á tu castigo inmediato en el mundo, y apresuraria tu castigo en el otro, donde te enviaré en el momento en que sospeche tu cobarde traicion..

—Señor, dijo Antonio, mis acciones responderán por mí, marchemos; el dia no tardara en aparecer; no perdamos el tiempo precioso en amenazas que no me intimidarian.

Angela se asustó al notar la mirada feroz con que Antonio acompañó estas palabras.

—¿Ha reparado Vd. su mirada? dijo en voz baja á Enrique.

—No, la habrá engañado á Vd. la luz incierta, cuyo combate con las tinieblas dá á todos los objetos formas fantasticas.

—No obstante, daria cualquier cosa por estar fuera de aquí, ó al menos por ver á Vd. lejos de esta casa abominada, aunque debiera yo, por precio de su libertad, quedar espuesta al resentimiento del *infame de Hervilly*.

No faltará algun lector, á quien parezca que Enrique se sirve con demasiada frecuencia del epiteto infame, al hablar de Hervilly. Le justificaremos bajo dos conceptos. No existe mayor crimen para un amante que el de arrebatarle el *objeto de su llama amorosa*. Esto es en cuanto á la dureza del término. Por lo que concierne á su repeticion, los mejores autores de la antigüedad nos han dado ejemplo; una vez descubierto

un epíteto, que pinte á su héroe todo entero, se lo aplican de un modo inseparable, y lo convierten casi en nombre propio.

Para Virgilio, Eneas es siempre el *piadoso Eneas*; para Homero, los *griegos* son siempre *bien calzados*; Aquiles, se llama *Aquiles* de pies ligeros; Agamenon es el *rey de los hombres*; Juno pocas veces se presenta sin el gracioso epíteto de *Diosa de los ojos de buey*.

—Deténganse Vds., dijo Antonio, estamos en la puerta que dá salida fuera del recinto del castillo...

En efecto, pronto se encontró el paso interceptado.

Antonio se puso á buscar entre todas las llaves del manajo, la que se adaptaba á la cerradura.

—¡Chut! dijo la tía, oigo ruido.

—¿Qué dice Vd., buen soldado? preguntó Antonio.

—En efecto, oigo á lo lejos, bajo estas bóvedas, un ruido extraño, como si hubiesen abierto la puerta que nosotros mismos hemos pasado... Date prisa, Antonio.

—Eso estoy haciendo, he probado ya tres llaves, y no vienen bien á esta maldita cerradura.

—¡Han entrado! ¡nos persiguen! ¡acaba!

—¡Con tal que la llave esté en el manajo! ¡Ah! aquí hay una que entra. Pero ¡bah! ¡no dá vuelta!

—¡Dios mio! estamos perdidos, dijo Eudoxia, oigo pasos apresurados.

—Voy á ver lo que es, dijo Antonio.

—No, no, dijo Enrique, estate á mi lado; si nos has vendido, quiero tenerte á mano. Abre esa puerta, abre al instante.

—Quisiera hacerlo, pero la llave no dá la vuelta, y no puedo sacarla para probar otras.

—Entre tanto vienen; ya se vé una luz en el extremo del subterráneo. Derriba la puerta con el hacha.

—Mi hacha la he dejado á algunos pasos de aquí. Voy á buscarla.

—¡Ah, traidor! exclamó Enrique.

Dió una puñalada á Antonio, que cayó al suelo; luego quiso hacer correr la llave en la cerradura; no lo pudo conseguir; golpeó la puerta para desquiciarla; resistió á sus esfuerzos.

—Angela, dijo, estamos perdidos; pero si no he podido salvar á Vd., me verá Vd. morir por vengarla. El castigo del pérfido Antonio no basta á mi enojo.

—Enrique, dijo Angela, nuestra situacion escusará lo que tengan de atrevidas mis palabras; pero cuando tal vez no nos quede mas que un instante, la boca no debe disimular los sentimientos del corazon; no esponga Vd. su vida; viva Vd. para Angela, viva usted para ella, que solo vivirá para Vd.

En este momento se oyeron pasos mas cercanos y ruidos menos confusos; de repente iluminaron el subterráneo antorchas encendidas.

Angela creyó un instante conocer la voz de su padre; piensa que ha descubierto su prision, y viene á socorrerla.

Le llama, pero reconoció al resplandor de las hachas á Octavio de Hervilly, seguido de tres ó cuatro hombres con grandes bigotes y barbas negras.

Octavio llamó á Antonio; pero Enrique, que con el sable en la mano se ha precipitado al encuentro de los que venian, sirviendo de baluarte á las tres mujeres, comprendida Eudoxia vestida de húsar, grita:

—*Feroz de Hervilly!* Si le llamas para recompensar su bella acción, te he ahorrado el trabajo, lo he recompensado, segun sus méritos; no te pedirá nada.

—¡Cielos! ¡el baron de Horrberg! exclamó de Hervilly.

Y desenvainó su sable.

Los dos enemigos se precipitaron el uno sobre el otro, y combatieron cruelmente.

Octavio perdía terreno y parecía ceder, cuando sus cobardes satélites se precipitaron sobre Enrique, lo desarmaron, le sujetaron y *cargaron de cadenas*, aunque provisionalmente fueron cuerdas las que emplearon.

Al ver al húsar, dijo Octavio:

—Desarmad á ese militar.

—Señor, no tiene armas.

—Registradlo escrupulosamente, las tendrá escondidas en sus vestidos.

Como los satélites de Octavio iban á poner sus atrevidas manos sobre Eudoxia, reclamó con fuerza los derechos del sexo y del pudor.

—¡Cómo! ¿es Vd? exclamó de Hervilly; ¿por qué diablos se ha vestido Vd. de húsar?

Una vez fuera del subterráneo, y siendo ya de dia, apagaron las antorchas: de Hervilly dijo á Angela y á su tia:

—¡Por Dios, mansos corderos, quieren Vds. jugar de ese modo conmigo! ¡Así abusan Vds. de la libertad que he tenido la debilidad de dejarles! Gracias por la leccion, me aprovechará. ¿No temian Vds. resfriarse saliendo tan temprano? Pensaré en recompensar tanta perfidia... Llevar á esas señoras á su habitacion... Al señor, encerradlo con grillos y esposas en el subterráneo de la torre, en seguida; ocuparse de enterrar al fiel Antonio con los honores debidos.

—Angela, exclamó Enrique, ¡quién sabe si nos volveremos á ver en este mundo! de Vd. será mi último pensamiento.

—Enrique, respondió ella, me complazcon en decirlo

delante de nuestro tirano, le amo á Vd. y no perteneceré nunca á otro que á Vd.

De Hervilly puso un término á estas ternuras con un horrible juramento y un gesto imperioso.

Se llevaron á las mujeres hácia su aposento y á Enrique del lado opuesto.

Angela, con una mirada noble é imponente, hizo retroceder á un enmascarado que queria detenerla, y dió la mano á Enrique, que á pesar de las cuerdas que le ligaban, la llevó á sus labios apasionadamente.

—Angela, dijo, recobro nuevo valor; gozaremos días mas felices. Este favor ha centuplicado mis fuerzas; la sacaré á Vd. del poder del infame Hervilly.

Los dependientes de Octavio redoblaron entonces sus esfuerzos y ejecutaron las órdenes de su amo.

Angela y su tia fueron encerradas en su habitacion; no las invitan ya á bajar al comedor; las sirven en su cuarto.

Teodorina las dice, que han doblado los centinelas y triplicado los cerrojos; que la han amenazado terriblemente, y que solo á fuerza de ruegos ha obtenido quedar á su lado... Además ha oido decir, que hoy, hasta que se tomen nuevas medidas de precaucion, estarán encerradas en su cuarto; pero que desde el dia siguiente tendrian por prision toda el ala del castillo que habitan. Que hacian grandes preparativos para la sentencia del desconocido, que todo el mundo llama ya baron de Horrberg. Octavio le ódia; pero no se atreve á hacerle morir, sin observar á lo menos algunas fórmulas de justicia. Ha hecho llamar dos señores de su vecindad, que están, segun aseguran, bajo su potestad por negocios de interés, y reuniéndose á ellos, harán un simulacro de tribunal, ante el que comparecerá el baron de Horrberg, que todos los de la casa consideran como sentenciado de antemano. Está severamente prohibido aproximarse á la sala del tribunal.

Cuando se quedaron solas Angela y Eudoxia, hablaron de los acontecimientos del día.

—¡Qué horrible escena, sobrina mia! dijo Eudoxia, que ha encontrado y puesto sus vestidos; ¡ese hombre, ese Antonio, muerto á nuestra vista! ¡y ese espantoso combate!

—¡Ah, tía! ¡qué valiente es!

—He visto muchas veces combates semejantes en el teatro, en los melodramas; positivamente, no pensaba entonces de que un día presenciaria uno verdadero. Encontraba en el teatro poco natural esos golpes dados y recibidos á compás y tanto ruido sin heridas; pero no tenía razón, y los combates del teatro están mejor imitados de lo que yo creía; hemos visto la reproducción exacta en ese desalío horrible en que el generoso de Horrberg ha sucumbido.

—Ha sucumbido al número, y por traición.

—Quisiera saber cómo es que me he visto obligada á vestirme de húsar.

—¿Cree Vd., tía, que Mr. de Hervilly se atreva á hacerle morir?

—De Hervilly es capaz de todo.

—Tía, es preciso, si es el solo medio de salvar su vida, de reconocer el generoso desprendimiento con que se ha sacrificado por mí, á mi vez sabré sacrificarme por salvarle: mi mano, concedida al odioso de Hervilly, será el precio de su rescate.

—De ese mismo modo fué salvado Oswald por Lastenia; pero el horrible sacrificio no se terminó, y fué interrumpido por la muerte del tirano.

—Pero, tía, ¿y si no se presentara ningún acontecimiento, y me encontrase completamente mujer de Mr. de Hervilly?

—¡Ay, sobrina mia! completamente es la expresión; porque de Hervilly no me parece hombre capaz de

dejar su venganza incompleta; apenas seas un poco su mujer, lo serás completamente.

—Tia, ha nacido en buena cuna; ya ha oído usted, le llaman barón de Horrberg. ¡Oh! ese es verdadero barón!

—¿Cómo lo sabes, Ángela?

—¡Ah, tia! ¿lo duda Vd? ¡Parece tan noble, tan grande! ¿Pero cómo sabremos lo que pasa en ese pretendido tribunal? Cualquiera que sean los jueces escogidos por de Hervilly, no creo que pueda encontrar dos hombres bastante inicuos para juzgar como crimen la generosa conducta de Mr. de Horrberg. ¿Qué ha hecho sino exponer su vida por librar de su injusto cautiverio á dos mujeres sin amparo y sin protección? El único culpable es Mr. de Hervilly.

Pasada la tarde, el sueño no tardó en apoderarse de nuestras dos heroínas, después de un día tan lleno de fatigas y emociones, y que además había empezado desde la víspera.

Al día siguiente las sirvieron el almuerzo y la comida en su cuarto; por la noche la tia y la sobrina se reconviniéron mutuamente.

—Tia, si se hubiese Vd. decidido antes á vestirse, Mr. de Horrberg hubiese tenido tiempo de abrir ó de echar abajo la puerta.

—Di más bien que si no hubieses insistido tanto en que me pusiera este traje de húsar que me había encontrado, quisiera saber cómo, sustituido á mis vestidos...

—Pero tia, Vd. no podía venir desnuda.

—Pero sobrina, nos hubiésemos quedado y no hubiésemos agravado nuestra situación, como ha sucedido. Ya ves que te equivocabas cuando me decías, era un disfraz que tu caballero me había procurado por su delicada atención: se ha admirado el primero de verme vestida de húsar. Octavio tampoco sabía nada de esta ridícula farsa.

—¡Ah, tía! ¡pasan á nuestro alrededor cosas tan extrañas! desde que hemos vuelto á casa de mi padre; los novelistas no nos lo dicen todo en sus historias, hay muchos pormenores que serian suficientes para hacernos odiar las novelas. Por ejemplo, si por rescatar la vida de Mr. de Horrberg me fuese á encontrar yo esposa de Mr. de Hervilly. Lo que me sorprende mas en medio de los prodigios que nos rodean sin cesar, es que mi padre no haya aun conseguido dar con nuestro paradero... ¿Pero dónde estamos? ¿Qué distancia nos separa? Me asusto cuando pienso en el camino que hemos debido hacer para llegar aquí. ¿Cómo acabará todo esto?

—Hay un Dios para los amantes, Angela, y gracias á él las cosas mas funestas terminan casi siempre bien, escepto algunos casos muy raros, como el de Werter... y Clara Harlowe... y otros que sin duda olvido. Las desgracias en amor, no son mas que pruebas, y el destino te las ha deparado menos crueles que á otras, pues que hasta aqui nada tienes que echar en cara á tu amante, y que además tienes á tu lado una segunda madre, que toma parte en tus penas é inquietudes y aprueba tu amor; mientras que casi todas las hermosas cuyas historias hemos leído, cuando tenian tías, las tienen por enemigas, ó al menos solo hallaban en ellas reconvenciones é indiferencia. Una vez en mi vida me he encontrado en una posicion mas embarazosa de lo que puedes imaginar, y que deseo sinceramente no te sobrevenga nunca. Esto se refiere al abanico que tu sabes... Has notado sin duda este invierno un hombre ya de cierta edad, llamado Mr. de Briquesolles, que ha conservado la mas fina flor de la elegancia y de la galantería...

—Señora, señora, dijo Teodorina entrando de repente; ya están reunidos en la sala donde deben juzgar al joven baron.

Angela se puso pálida.

—Hay, continuó Teodorina, una puerta de la sala que dá al corredor que conduce al comedor: se ha prohibido severamente á todo el mundo acercarse á esa puerta, ni escuchar nada de lo que se diga en la sala, ni procurar ver nada por el ojo de la cerradura, ni de otro modo alguno. Esto ha escitado mi curiosidad. He mirado por la cerradura, se vé la sala como si se estuviera dentro, y desafío á cualquiera á que diga una palabra en ella, por bajo que sea, que no se oiga desde allí muy claro. He pensado que Vds. desearian saber cómo terminará el negocio de ese joven. Los criados con quienes yo tengo algun trato para el servicio de Vds., dicen que es un hombre perdido.

—Tia, vamos pronto.

Salieron de la habitacion, y las tres mujeres se agruparon á la cerradura.

Angela miró la primera, y dijo en voz baja:

—Aun no hay nadie. La sala está cubierta de negro, hay tres asientos .. sin duda para los jueces... ¡Ah! ya entran... son dos hombres... soldados... ¿qué uniforme es ese?... ¡Dios mio! ¿en qué punto de la tierra estamos?

—Déjame ver, Angela. En efecto, parecen griegos... Hé ahí los jueces... tienen mala cara.

—A ver tia... Hay uno, el mas gordo, que parece honrado... pero el otro... Mr. de Hervilly no se atreverá nunca á .. Oigo pasos. . ¡Ah, tia! ¡es él! ¡Dios del cielo! ¡le traen con esposas! ¡Pero cuán noble é imponente está!... Aun siendo prisiouero, parece el amo, el vencedor. La luz de la lampara que cuelga del techo ilumina su semblante. ¡Cuán tranquilo está, tia, cuán hermoso!

Las tres escucharon en silencio, y no perdieron una palabra de cuanto se decia en la sala del tribunal. Angela se habia apoderado de la cerradura.

—Baron de Horrberg, dijo Mr. de Hervilly, se ha introducido Vd. fraudulentamente en mi castillo; ha querido Vd. sobornar mis criados; ha dado Vd. de puñaladas a un hombre de mi casa: me ha atacado usted con el sable en la mano. He podido disponer de usted conforme á derecho y como vencedor. No obstante, he querido que la estricta justicia decida entre nosotros. Me he asociado á estos dos señores, mis vecinos, ante los que vá Vd. á responder de sus tentativas culpables. Es Vd. acusado...

—Octavio de Hervilly, exclamó Enrique con voz fuerte, soy yo quien acusa, y esos dos señores no son viles secuaces ganados por el oro: si un corazón noble y generoso late en su pecho, nos juzgarán á uno y á otro. No me hable Vd. de su pretendido derecho de vencedor; solo he cedido al número, y si no hubiese Vd. tenido la inaudita cobardía de hacer intervenir á sus despreciables satélites en el combate, hubiese Vd. espiado sus maldades. Ha robado Vd. una jóven bella y virtuosa que pertenece á una honrada familia; ha osado Vd. tenerla presa, y pretendido obligarla con sus odiosos procederés á darle su mano, de que es Vd. indigno: yo he querido salvarla; creí hallar un hombre honrado en esta casa, y solo hallé un traidor que, concertado con Vd., me ha preparado un lazo. Le he castigado justamente, como le hubiese castigado á Vd. si se hubiera atrevido á permanecer solo contra mí, sable en mano.

—Señoras, dijo Teodorina, ¡cómo le tratan! verdaderamente ese Mr. de Hervilly debe ser no sé cómo, para dejarse decir tantas villanias.

—Tal es, dijo Eudoxia, ese ascendiente irresistible del heroísmo y de la virtud, sobre el crimen y la cobardía. Si hubieses leído nuestros buenos autores, cuyas obras son un espejo fiel de la naturaleza, hubieses visto mil ejemplos. Has ido al teatro, has visto representar tragedias; no hay una en el que el héroe

cautivo no diga al tirano vencedor ciento cincuenta ó doscientos versos de insolencias y maldiciones, y nunca el tirano le interrumpe, mientras que el héroe, grande y tranquilo, no falta ni á la medida, ni al consonante, y hace suceder injurias consonantes á injurias asonantes, y vice-versa, sin equivocarse nunca. Todo tirano, por bárbaro y feroz que le represente el poeta, retrocede ante una sola cosa, y esta cosa es, no responder al héroe por una frase que contradiga las justas reconvenções de la víctima. Estos diálogos, que han parecido á algunos espíritus envidiosos sin semejanza, están, por el contrario, copiados del natural, y acabamos de tener una prueba en el noble discurso que ha pronunciado el valiente y desgraciado de Horrberg.

Hacia mucho tiempo que Angela y Teodorina no escuchaban ya á Eudoxia y seguian con ansiedad los pormenores de lo que pasaba en la habitacion vecina.

Octavio de Hervilly habia á su vez tomado la palabra y dicho:

—Baron de Horrberg, abusa Vd. tal vez demasiado de los derechos de vencido y acusado; pero no nos apartaremos de la moderacion que conviene á vencedor y á juez. He dicho á Vd. los motivos de su acusacion; será Vd. juzgado segun las leyes. ¿Por qué se ha introducido Vd. en mi castillo?

—Para poner en libertad á las desgraciadas cautivas que injustamente están detenidas.

—¿Por qué ha dado Vd. de puñaladas á Antonio?

—Para castigar su traicion, y hacerle servir de ejemplo á los que se les parezcan.

—¿Por qué se ha precipitado Vd. sobre mí, sable en mano?

—Para lavar tanto crimen con sangre.

—¿Por qué la tia de Angela iba vestida de húsar?

—No lo sé.

—¿Qué haría Vd. si estuviese en mi lugar y yo en el suyo?

—Es imposible que el hombre virtuoso piense como el criminal y el opresor.

—Tregua á las fanfarronadas: su conducta de usted no es tan desinteresada como la quiere hacer creer: ¿usted ama á la señorita de Riessain?

—Con toda mi alma.

—¿Y es Vd. correspondido?

Enrique no respondió.

Octavio renovó bajo otra forma la pregunta que había precedido á las que se referían á Angela.

—Si fuese Vd. vencedor, y yo me hallase en su poder, ¿cómo me trataría Vd?

—Sin la intervencion de los viles satélites que acompañaban á Vd., uno de los dos hubiese quedado en el sitio en que nos hemos encontrado, y no se harían semejantes preguntas, ni parodias de justicia y de tribunal.

Octavio y sus dos asesores se consultaron, y Mr. de Hervilly dijo en alta voz:

—Baron de Horrberg, en reparacion del crimen de asesinato en la persona de Antonio y de la tentativa contra mi persona, condenamos á Vd. á detencion perpétua en los subterráneos de este castillo. Usamos de clemencia perdonando á Vd. la vida.

—Que me lleven á los subterráneos, dijo friamente Enrique de Horrberg.

Octavio dió la señal, y le sacaron de la sala.

—Me parece, añadió luego Mr. de Hervilly designando la puerta, tres de la que se hallaban Angela, su tía Eudoxia y Teodorina, me parece haber oído no sé qué ruido detrás de esa puerta. Asegurarse de si alguien ha tenido la audacia de escuchar nuestras solemnes deliberaciones.

Uno salió de la sala para ejecutar las órdenes de

Mr. de Hervilly; pero las tres mujeres habian huido como pájaros y entrado en su habitacion.

—¡Ah, tia! exclamó Angela arrojándose en los brazos de Eudoxia, ¡detencion perpétua en los subterráncos!

—Solo la muerte es perpétua, querida Angela; Dios y el amor protegerán á Mr. de Horrberg; además, de un momento á otro tu padre descubrirá nuestra prision y Mr. de Horrberg participará de nuestra libertad, como participa de nuestro cautiverio.

—¡Ah, tia mia! á él solo quisiera deber mi libertad.

—Comprendo, Angela, que se quiera deber, cuando se puede pagar tan bien.

—¡Cuánto se ha oprimido mi corazon al oírle declarar en alta voz el amor que me profesa! ¡Cuánto amor indicaba su voz, cuánta nobleza manifestaba, y cuánta discrecion encerraba su silencio! Tia, ¿es verdad que debo amarle?

—¿Esperabas mi aprobacion?

Dejaremos á la tia y á la sobrina continuar una conversacion, que sin duda las interesa mas que á nosotros, para ver un poco lo que se pasa en el otro lado del castillo, donde no hemos penetrado aun. Varias personas están reunidas alrededor de una mesa cubierta. El comedor está ricamente amueblado; cuatro grandes aparadores de álamo tallado guarnecen las paredes. Sobre estos aparadores se halla amontonada la vajilla de plata, los cristales de Bohemia de diversos colores, las porcelanas de la China y del Japon, y tambien las de Sajonia y de Sevres. Tres criados, con servilleta al brazo y guante blanco, están colocados detrás de tres convidados, prontos á obedecer á la menor palabra, á la menor señal, al menor deseo. No hay menos de cuatro vasos delante de cada convidado; su forma y su color indican los vinos que deben brillar ó chispear en su contorno cristalino. Las tres personas están sentadas á la mesa.

—¡Y qué! ¿ha terminado Vd. la descripcion del co-

medor y no vá Vd. á tomar una á una esas ricas porcelanas, y pintarnos los estraños monigotes que cubren las de la China?

—No he concluido; y si me he dejado arrastrar á escribir esas cuantas líneas, es porque necesito que esas magnificeneias me sirvan á reemplazar una docena de platos de tierra de pipa, que se han roto en mi casa.

Uno de los tres convidados es Octavio de Hervilly, otro es Enrique de Horrberg, el tercero, sentado entre los dos y que hace los honores de la comida, es Mr. de Riessain, padre de Angela.

Enrique pide en este momento vino del Rhin, á uno de los señores que le han juzgado hace una hora y que está detrás de su silla.

El otro señor no está allí, porque en este momento está haciendo freir buñuelos con Teodorina, á la que Mr. de Riessain los había recomendado. Antonio trinchó un pavo.

—¿Qué Antonio?

—El que Enrique de Horrberg ha dejado muerto á puñaladas en el subterráneo.

Aquí terminaremos este quinto folletín.

SESTO FOLLETIN.

Para dar alguna luz sobre las circunstancias de nuestra historia, que no están muy claras, nos vemos obligados á retroceder y tomarla en el punto en que la dejamos suspendida por las exigencias de forma del folletin: fué en el momento en que Enrique y Octavio tenían cada uno una pistola en la mano y la apoyaban sobre el corazon de su adversario.

Octavio disparó el primero.

La pistola hizo un ruidillo seco, que no fué seguido de detonacion.

Enrique quitó la suya y dijo:

—Caballero, me alegro mucho encontrarme en posicion de decir, que este desafio es tan absurdo como cruel, y que no le quiero continuar.

—¡Tire Vd., caballero, tire Vd! dijo Octavio, yo he tirado; creia tener la pistola cargada. ¡Tire Vd., lo exijo! No admito la indulgencia de Vd.

—Caballero, dijo Enrique, soy indulgente conmigo

mismo, evitándome los remordimientos que conservaría toda mi vida, si asesinase á un hombre desarmado.

—Caballero, la lástima que Vd. me tiene, es un nuevo insulto; esperaba tener la pistola cargada; he tirado creyendo á Vd. sin armas, con una pistola vacía y por lo tanto inútil. Si no tira Vd., volveremos á empezar.

—No volveremos á empezar, caballero; me avergüenzo de haber cometido una vez una extravagancia; no empezaremos, porque Vd. no querrá tirar dos veces contra una.

—¿Qué hacer, caballero? En nombre del cielo, tire usted; lo repito, no acepto esa indulgencia.

—Hé aquí lo que haremos, caballero: darnos la mano, reconocer mutuamente nuestras faltas, y no volver á pensar en nuestra mútua fanfarronada.

—Caballero, mi conducta ha sido demasiado ridícula, para que no le ódie á Vd.; no puedo consentir en deberos la vida. Deme Vd. esa pistola, voy á saltarme la tapa de los sesos.

Enrique descargó su pistola al aire y la ofreció luego á Octavio, que la arrojó lejos de sí.

—Caballero de Hervilly, dijo Enrique, hablemos formalmente: Vd. ha cometido un disparate; ¿pero cree usted que por mi parte no he ido demasiado lejos en mi venganza? Vd. se dejó guiar por un sentimiento de vanidad á tomar un nombre que habia realizado sus intenciones sin tener deseo alguno de hacer daño; yo he sido peor que Vd. Es Vd. valiente, caballero; pocas personas pueden darse un testimonio mas positivo que nosotros dos. Un hombre que arrastró la muerte con tanta tranquilidad como Vd., no es un hombre vulgar; ofrezco á Vd. mi amistad.

Octavio y Enrique se abrazaron; se dirigieron hácia el carruaje de Horrberg y pasaron hablando el resto de la noche; los dos abrieron su corazón relativamente

Angela. Octavio no sentia mas que una fantasia, que no podria resistir á su horror profundo para el matrimonio.

De Horrberg, por el contrario, estaba sériamente enamorado. Además tenia el consentimiento del padre. Octavio estaba lleno de gozo porque podia hacer un sacrificio por su nuevo amigo, que hasta cierto punto no le costaba mucho.

Entró con entusiasmo en el plan del padre de Angela; se espondrá á toda la animadversion que debe atraerle el ser aceptado por la familia, y el presentarse como esposo en un enlace, no de amor, sino de razon.

Octavio confesó francamente sus faltas á Enrique; quiere figurar: sus negocios, algun tanto trastornados, le obligan á mentir un poco; se cree arruinado.

Enrique hace examinar las cosas por un curial inteligente y honrado.

—¡Hem?

—Digo un curial inteligente y honrado.

—Perdone Vd. le haya interrumpido, olvidaba el título.

—¡Cómo! ¿qué quiere Vd. decir?

—Nada, nada, continúe Vd...

—Continúo: el curial inteligente y honrado descubre que Octavio no está arruinado, pero que hace mucho para estarlo, gracias á la ayuda de otro curial menos honrado. No hay mas que desórden, todo se arreglará, y de Hervilly podrá ser lo que en vano se esforzaba en parecer.

—Escucha, dijo Hervilly á Enrique, temo una cosa, y es, que por resultado de tus cuidados, ahora que voy á ser rico, no me contestes como antes, con see lo que era. Me será difícil no echarla un poco de duque ó principe, y no te admires si algun dia encuentras gentes que me crean monarca de alguna isla desierta. Si arreglados mis negocios puedo comprar los

dos caballos que tenia antes, no podré dejar de hablar de mis cuatro corceles.

—Está bien, respondió Enrique, no te calumnies. De todos modos el favor que me haces y la buena voluntad que manifiestas son tales, que te reto á que los exageres, y tambien tu valor obtinado en presencia de la muerte.

Los dos jóvenes tuvieron una conferencia con M. de Riessain; le hallaron furioso contra su hermana; cada dia descubria una nueva extravagancia. Formaron juntos un plan de novela, que se impondria á Angela y á su tia Eudoxia.

Enrique de Horrberg se esforzó en vano en dulcificar los pormenores de la prueba; Mr. de Riessain fué inflexible para los detalles de su *novela*, como lo habia sido por el conjunto del plan.

Octavio, por otra parte, le apoyaba y era de una fecundidad inagotable.

Se resolvió, pues, que Mr. de Hervilly no descuidaria nada para hacerse odioso, aunque debian pensar que el modo de presentarlo Mr. de Riessain á su hija, no dejaria nada que desear.

Luego decidieron que procederia á un rapto; pero Mr. de Riessain pensó que seria conveniente que su hija no abandonase su casa y estuviese siempre á su vista.

En cuanto á esto, no hizo Enrique ninguna objecion.

Teodorina, doncella antigua en la casa, y que odiaba á Eudoxia, entró en la confidencia. Ella fué quien se encargó de poner los ramos y las cartas de Mr. de Horrberg.

El rapto se hizo del modo mas sencillo: viajaron tres dias en un espacio de dos leguas. Por la noche volvian á una quinta de las de Mr. de Riessain. En este tiempo prepararon las habitaciones del lado de la casa, que las señoras no conocieron aun.

Un poco de pintura dejó la casa desconocida por personas que solo la habían habitado unos cuantos días y Angela, acompañada de su tía y de Teodorina, volvió á entrar en casa de su padre por la puerta opuesta á la que había salido.

La evasión se había verificado en una cueva; la puerta que no se había podido abrir, era una puerta clavada en la pared del fondo. Antonio había caído muerto por un puñal de madera; el combate entre Octavio y Enrique había tenido lugar con sables de teatro, y tal como se vé en los melodramas. Octavio á veces se escedía y recargaba el colorido del cuadro. El traje de húsar, sustituido á los vestidos de la tía, era una venganza de Teodorina, que no se había confiado á nadie. La misma Teodorina se había encargado de hacer ver á sus amas, por el agujero de la cerradura, la escena de la sentencia que solo se hacía para ellas.

Después de esta escena, encontramos juntos á la mesa, el caballero víctima de su valor, y su feroz opresor, con el padre de la heroína inocente y perseguida, que por poco reconoce su voz en el subterráneo.

—Ahora, dijo Octavio, por poco me haces perder el aplomo. ¿Dónde diablos has ido á buscar esas relaciones magníficas que me has dirigido, mientras que estaba sentado en mi tribunal? Estabas muy majestuoso, y has debido hacer mucho efecto.

—Querido padre, dijo Enrique á Mr. de Riessain, por favor, terminemos esta burla; no quiero engañar por más tiempo á Angela; ya verá Vd. como esto termina mal, y en llegando el día de las esplicaciones, no me perdonará la parte que he tomado en las mistificaciones.

—Le perdonará á Vd., Enrique, cuando sepa esta condición que le he impuesto, y dejo á Vd. libre de exagerar mi dureza en este asunto; pero créame usted, depende la felicidad futura de mi hija y tal vez

la vuestra, de que ahora destruyamos en su espíritu las tantas simientes que mi hermana ha sembrado; es necesario que no exija de la vida sino lo que puede dar, que no deseche la dicha verdadera y real, por correr tras de ensueños, ó tenga en su corazon el sentimiento de quimeras ridiculas. Es preciso que la leccion sea completa.

—Vamos, Amadis, dijo Octavio, ya has hecho veinte veces la misma inútil súplica á Mr. de Riessain; resignate y sigue haciendo tu papel. Vamos á ver, ¿en qué estamos? Estás encerrado en los subterráneos por el resto de tu vida, muy bien. No podemos quedarnos asi. En primer lugar vamos á arreglarte un calabozo al estilo del asunto. Tengo miedo á la escena del ermitaño; nunca esa señorita podrá creer una sola palabra de ella.

—Solo, dijo Mr. de Riessain, su buen criterio se sublevaria; pero allí está mi querida hermana, que desvanecerá todas sus dudas.

—De todos modos, no me ha gustado la salida de usted, Mr. de Riessain: la guitarra al pié de la ventana, es un medio muy antiguo, muy gastado. Hubiese valido mas que Enrique hubiese salvado á la señorita de Riessain del agua ó del fuego, ó que detuviese los caballos desbocados, que se iban á precipitar en el fondo de un abismo de ochocientas mil varas de profundidad. Parece Vd. inflexible, y retrocede usted ante las cosas sencillas: yo queria que Enrique tuviese el brazo vendado, despues de nuestro famoso combate; los dos han temido Vds. por la sensibilidad de la hermosa cautiva. Un héroe de novela, que á lo menos una vez no se presenta con un brazo entrapado, no vale mucho para mí. Pensaba habérmelo liado yo; tanto mas, cuanto que de Horrberg, que maneja bastante mal el sable de teatro, me ha dado con él en los dedos; otro obstáculo, temia Vd. que me hiciese yo tan interesante como el héroe. Si Enrique me

cree, no acabará la novela sin presentarse herido. Mañana estableceremos á Enrique en su subterráneo. Deseo con ánsia saber con qué humillaciones la señorita de Riessain me hará pagar el don de su mano; cuando consienta en casarse conmigo en premio de tu libertad. Casi estoy tentado de casarte con la tia, para mi perfecta seguridad.

—¡Ah! si, Enrique: veremos cómo mi hermana tomará las voluntades de Hervilly concediéndole á usted su vieja mano.

—¡Ah! dijo Enrique, ¡cómo me ha de perdonar Angela!

—Cuento mucho, dijo Octavio, con el asalto del castillo por Enrique, escapado de su subterráneo en el momento en que la señorita de Riessain estará para marchar al altar, como víctima resignada, conmigo, bárbaro opresor. Como será el desenlace, Enrique podrá entrar con músicos: la *marcha de los Tártaros*, por ejemplo. ¡Ah! Enrique, ¡ah! Mr. de Riessain; exijo que Enrique entre al son de la *marcha de los Tártaros*; si no, no me dejes *cargar de cadenas*. Hará un efecto sorprendente... Enrique tendrá la bondad de no darme en los dedos en el nuevo combate. Entonces el ermitaño, alzando la capucha, dejará ver al padre Riessain, que bendecirá los amantes, y me presentará tal cual soy, hombre amable, poco tirano, y todo de Enrique y de cuantos le estén unidos.

Los jóvenes se estrecharon la mano, y acompañados de Mr. de Riessain, fueron á visitar el calabozo de Enrique.

Mr. de Horrberg, al levantarse de la mesa, habló bajo á Antonio, que estaba ya casi bueno; era para que hiciese llevar á su señorita, como de parte del tirano, las frutas mas esquisitas para sus postres.

Luego bajaron á una bodega, que estaban desocupando de toneles y botellas.

—Cómo huele á vino, dijo Mr. de Riessain; esto vá

á hacer traición á su nuevo ascenso á la dignidad de calabozo. Es necesario buscar yerbas que quiten este mal olor.

—Hay demasiada paja aquí, dijo Octavio, es un calabozo de sibarita; así no la causará lástima. No es: tan así los prisioneros de las novelas y melodramas— ponded solo de siete á doce pajas. Aquí está la piedra para colocar la cabeza y atar la cadena que te se pondrá al pié. ¿Dónde está el cántaro de agua? Aquí: bien. ¿Y el pan de munición? Es preciso empezarlo. Sin eso no se sabe si es muy moreno. Y además, conviene se conozca que el prisionero ha comido ya...

—¿Al fin será Vd. el ermitaño, señor Riessain? preguntó de Horrberg. ¿No teme Vd. conozca su voz?

—De ningún modo, ¿la conocerian Vds. cuando hablo así?

Y Mr. de Riessain pronunció algunas frases, mezcladas de palabras italianas, con acento ultramontano.

—No, bien seguro. .

—Hé aquí una cosa, dijo Octavio, que también los asustará á Vds., y que no obstante, entra naturalmente en el plan de Mr. de Riessain, que consiste en hacer sufrir á su hija todos los pequeños padecimientos de las grandes situaciones. Sería necesario, para que todo estuviese bien, que el calabozo tuviera muy mal olor; que Enrique, prisionero ya muchos días, tuviese la barba larga, el pelo encrespado y lleno de paja, y todo él horriblemente sucio.

—Concedo, dijo Enrique, las barbas largas y tres pajitas en el pelo: el resto no lo admito...

—Ya lo sabía yo, continuó de Hervilly. Sería bueno que el subterráneo estuviese lleno de pulgas.

—Ah, de Hervilly!

—Ya sabía yo que me respondería por un *¡ah, de Hervilly!* ¡Estos son los hombres resueltos! cuando se

trata de ejecutar, las menores cosas les hacen retroceder vergonzosamente. Nuestra novela será incompleta. Dejarán Vds. al lado de esta, otra novela entera por hacer, y la señorita de Riessain, ayudada de su tia Eudoxia, no dejará de quererla ejecutar.

—Vamos, vamos, dijo Horrberg, un calabozo oscuro, una piedra por cabecera, ocho pajas por cama, un pan negro y un cántaro de agua por alimento, basta para causar lástima; renunciaria á los beneficios de una sensibilidad dura que necesite mas para moverse.

Salieron del calabozo, y subieron para beber ponche.

SÉTIMO FOLLETIN.

En esto, otra escena pasaba en la cocina, escena á la que debemos asistir, sopena de no comprender el resto de la historia. Teodorina vió en las orejas de la cocinera unos pendientes que llamaron su atencion.

—¡Eh! ¡dónde diablos, amiga Adriana, la preguntó, ha encontrado Vd. esos pendientes?

—No los he encontrado, respondió Adriana, me los ha regalado un buen mozo.

—¿El novio? dijo Teodorina con aire pretencioso y de desden.

—No, respondió sencillamente Adriana, el señor baron de Herrberg.

—Espéreme Vd. un momento, dijo Teodorina; y subió á su cuarto á buscar los pendientes que habia recibido dos dias antes de Enrique; los trajo, y cotejándolos con los de Adriana, vió que eran absolutamente iguales.

Se alejó muy descontenta.

—Esto se llama, decia entre sí, distribuir regalo^s con justicia é inteligencia. ¡Y qué! entro en el complot de esos señores, tomo en su comedia un papel, que es, á no dudarlo, el mas importante de la picza, y sin el que hubiesen tenido que renunciar á su proyecto, me hacen un regalo... muy bonito en sí, pendientes con piedras coloradas y verdes; hermosos pendientes por cierto; pero los van á dar precisamente iguales á una marmota, que para nada les ha servido. No me los pondré. Creia que el señor baron tenia mas gusto, y notaria que no me parezo del todo á ese estropajo de Adriana; que no tengo las manos tan encarnadas, ni el pié tan grande, ni la nariz aplastada, ni la cintura tan anchota; pensaba que hacia alguna diferencia entre una persona distinguida, á quien la fortuna no ha colocado en su sitio, y una mala fregatriz. Cierto, los pendientes son bonitos, no les quito su mérito. Tengo la oreja pequeña y bien hecha, y es necesario no tener ojos para colgar semejantes alhajas de las dos chuletas que la naturaleza ha pegado en la cara de esa mula de Adriana. No, ciertamente, no me pondré los mismos pendientes que ella. La naturaleza no me ha hecho bastante parecida á esa mujer, para que me vista como ella. ¡Vamos, nos tomarian por hermanas! Concedo que esté enamorado; pero por eso no se debe ser ni ciego ni imbécil.

Y la señorita Teodorina se retiró á su cuarto, llena de un vivo resentimiento.

—No obstante, al dia siguiente, reservándose hacer comprender á su tiempo al baron, el justo motivo de queja que tenia contra él, lo que ocasionaria una separacion, continuó desempeñando el papel que habia aceptado, y que, si la costaba un poco relativamente á Angela, que era dulce y generosa, la daba frecuentes ocasiones de vengarse de los caprichos y altanerias de la tia Eudoxia.

Las dos prisioneras esperaban con impaciencia los

instantes en que su servicio llamaba á Teodorina á su lado. Solo por ella podian saber algo de lo que pasaba en la casa.

Y por otra parte, desde que estaban encerradas se habian dicho todo cuanto se podian decir, escepto la historia del abanico de la tia Eudoxia, que siempre venia á cortar en sus principios ó á hacer olvidar alguna circunstancia. Empezaban á pasar una buena parte del dia en silencio, Eudoxia leyendo novelas, que habia encontrado en la habitacion, y Angela pensando en Enrique y mezclándole en su sentimiento, con su padre y sus deseos de libertad.

—Teodorina traia, pues, alguna distraccion á esa visita prolongada, y esperaban siempre traeria alguna esperanza de libertad, ó alguna carta que el baron de Horrberg hallaria medio de hacer llegar á sus manos. Esta vez no traia mas noticia que el permiso que Mr. de Hervilly pedia para hacerlas una visita.

Respondieron con altanería, que no aceptaban semejante galantería, que un carcelero podia entrar en la habitacion de sus prisioneras sin pedirles permiso, y que se engañaba muy mucho si esperaba se le considerase nunca mas que como á un pérfido raptor y un brutal carcelero.

A pesar de esto, de Hervilly empezó por dar las gracias á la tia Eudoxia y á Angela, del permiso que se habian dignado concederle; pero su tono era mucho mas áspero que antes de la desgraciada tentativa de evasión, y habia en sus fórmulas respetuosas un poco de ironía, que no habian notado antes. Le rogaron les esplicase el objeto de su visita, si tenia otro que el de contemplar á su antojo los disgustos y lágrimas que causaba el injusto cautiverio que hacia sufrir á sus desgraciadas victimas.

—Escúcheme Vd., bella Angela, dijo Octavio, la amo á Vd., y he decidido me ha de pertenecer. Tengo

el consentimiento paterno, y si fuese Vd. una hija sumisa, si no hubiese Vd. anunciado una negativa que tengo la inmodestia de creer sin causa razonable; si hubiese pensado que Mr. de Riessain tenia mas carácter para hacerse obedecer, no me hubiese decidido á emplear los medios algo violentos que voy usando. Comprenderán Vds. que despues de haber llegado á este extremo, no puedo retroceder. Eso seria añadir el nombre de tonto á los preciosos epitetos que con menos justicia me dan Vds.

—Caballero, dijo la tia, se equivoca Vd., aun es tiempo de volvernos al cariño de mi inquieto hermano, y todo se olvidará. Ni una reconvencion, ni una maldicion saldrá de nuestra boca.

—Dispense Vd., señora, repuso de Hervilly; si solo se tratase de Vd., lleno de confianza en su promesa, la daria una prueba mas de respeto y obediencia; pero estoy enamorado, señora, y no me basta el perdon de su señora sobrina: á un amor que inspira lo que yo he hecho, no deben pedirse tales sacrificios. La señorita de Riessain no saldrá de aquí sin cambiar de nombre; lo he decidido, como decidi traerla aquí, y el segundo proyecto se cumplirá como el primero.

—Se equivoca Vd., caballero, replicó Angela; el primer proyecto ha salido bien, porque para llevarlo á cabo solo se necesitaba audacia criminal, maldad y barbárie, cosas todas que Vd. ha encontrado en sí mismo; mas para ser mi esposo es necesario mi consentimiento; y por atrevido que sea Vd., no pienso lo sea bastante para esperararlo.

—El tiempo cambia muchas resoluciones, señorita, y el fastidio tambien. Por otra parte, suponiendo continúen con el mismo rigor, lo que á veces me sorprendo, creyendo imposible, mi situacion actual es preferible á la que me ofrecia la generosidad que su señora tia reclamaba de mí un instante há. Aquí la veo á Vd., la hablo, la oigo cuando quiero. Aquí, sobre

todo, si Vd. no llega á ser mia, tampoco será de otro. Es ya poseerla á medias.

—Caballero de Hervilly, dijo Angela, pienso que la esperanza que manifiesta Vd. de verme su esposa, no subsistirá despues de lo que le voy á decir: he dispuesto de mi corazon, amo á Enrique de Horrberg; él lo sabe, ¿se atreveria Vd. á dar su nombre á una mujer que no puede darle ni su estimacion ni su amor?

—Sé que la señorita de Ricssain, una vez mi esposa, no faltaria á sus deberes.

—Se equivoca Vd., caballero, no aceptaria deberes impuestos por la violencia.

—Poco importa señorita; mi rival ya no es temible; su loca empresa le ha puesto en mi poder, y lo mejor que le puede suceder es pasar el resto de su vida en los subterráneos de mi castillo.

—¡Ah, caballero! ¿cree Vd. que Dios se haga cómplice de sus crímenes, no poniéndoles un término?

—Señorita, Dios tiene que ocuparse de asuntos muy importantes para que se digne interesarse ni poco ni mucho en las acciones de una pobre criatura como yo. Puede Vd. renunciar á ese medio, de ninguna fuerza para intimidarme. Hablemos formalmente. Si ama usted al baron de Horrberg, tiene Vd. un medio de devolverle su libertad, el de darme el título de esposo. Una vez seguro de mi felicidad, le abro la puerta del castillo. Mi sable ha debido enseñarle ya á no venir á cazar mas en mis tierras.

—El sable de Vd., caballero, ayudado de los de tres ó cuatro satélites.

—No pretendo humillar á Vd. en la persona del que su corazon ha escupido.

—Puede Vd. creer lo que guste. Pero no comprendo que, bajo pretesto de amar al baron, le condene usted á pasar la vida en un calabozo, porque Vd. es quien condena: una sola palabra, y estará libre.

—Menos comprendo yo, caballero, que un hombre sea bastante cobarde para querer obtener por fuerza la mano de una mujer, cuyo corazón pertenece á otro.

—A menos, señorita, que decidiéndome á merecer algunas de las inyecciones que place á Vd. unir á mi nombre, deje de ser totalmente juguete de los caprichos de una jóven, y suprima el obstáculo que se opone á mis deseos y á los de su padre de Vd.

—¡Ah, caballero! ¡si mi padre conociera á Vd., si supiera los crímenes que Vd. ha cometido!

—Continúo mi frase, señorita, en el punto en que usted ha creído deber interrumpirla con una injuria, á que ya he dicho no soy sensible. Decía, pues, que si usted me obliga á perder un resto de paciencia, la vida del baron de Horrberg, muerte que las leyes escusarian, me libreria.

—¡No se atreverá, Vd., caballero, semejante crimen...

—Aun no sabe Vd. todo lo que puedo hacer para poseerla. Ha palidecido Vd., la turbacion que la han causado mis palabras, irrita mi sed de venganza contra mi rival, y me dice al mismo tiempo cederá usted á mi amenaza cuando la crea real, ó no le ama Vd., y no será obstáculo á mis deseos; ó le ama Vd. y hará cualquier sacrificio por obtener su libertad, y tal vez por conservar la vida. Dejemonos de fingimientos, no tiene Vd. otro remedio.

—El baron de Horrberg ha recibido mi juramento, él solo puede devolvérmele. ¿Cree Vd. lo haga, aunque le cueste la vida?

—Si estuviese Vd. bien convencida, señorita, de la suerte que le está reservada; si pudiese persuadirla, ahora que aun es tiempo, de que morirá ó pasará en los subterráneos del castillo una existencia que le hará diariamente desear la muerte; si conociese Vd. esos subterráneos... no se entretendria en ir á proponer á

un hombre, un sacrificio que no puede aceptar sin cobardía; por mucho deseo que tuviese de verle realizado, le salvaria Vd. sin consultarle, para obligarle á aceptar esta prueba de cariño. Doy á Vd. tres dias para resolverse, señorita, despues de los que si usted no lo hace, resolveré yo. Verá Vd. al baron, espero que su vista la llenará de compasion, y que no tendré necesidad por mas tiempo de representar el singular papel de implorarle para mi rival.

Al decir esto, saludó y se retiró.

—Le veré, voy á verle, decia sin cesar Angela.

—Ten cuidado, sobrina mia, no sea este un lazo que te tienda nuestro carcelero, y un medio de encerrarte en los calabozos á que quieres bajar.

—¡Ah, tia! eso es lo que yo quiero, estar en el calabozo con Enrique; hay momentos en que quisiera estar reunida con él en la tumba.

—Eso está muy bien, Angela; pero como te acompañaré sin duda á esta visita, á menos que no te parezca bien, yo no tengo los mismos medios para adorar mi calabozo. Créeme, todo beneficio de un enemigo, oculta una perfidia.

—¡Ah, tia, mi buena tia! exclamó Angela abrazándola; me acompañará Vd., ¿no es verdad? Ya sabe usted que no dejaré morir asesinado ó desesperado al que se ha puesto en peligro para salvarme. Procuraré ganar tiempo. Cada dia puede traer á mi padre, ú otra casualidad que nos liberte.

—Ya es tiempo, porque te declaro que no quiero mas raptos; aqui ponen achicoria en el café, de modo que mi desayuno es detestable; es preciso que esto termine.

—¡Ay, tia! esto terminará pronto, porque cuando se hayan terminado los plazos que procuraré obtener, si no sucede nada de nuevo, me sacrificaré por Enrique.

Teodorina entró entonces y vino á anunciar á Angela iban á conducirla á ver á Enrique.

Las visitas á un calabozo no están provistas en el código del tocador; no obstante, Angela creyó debería reparar algunas negligencias, que el pesar la habia hecho cometer; y siguió con su tia Eudoxia á un hombre vestido como los calaboceros de los melodramas, con una gorra de piel, y un enorme manajo de llaves en la cintura.

Atravesaron muchas cuevas, alumbradas por una hacha, luego se pararon delante de una puerta cerrada con dos tremendos cerrojos y un monstruoso candado; el llavero las abrió muy despacio, y Angela aperció á Enrique de Horrberg tendido sobre un poco de paja, con el codo apoyado sobre una piedra, de la que salia una cadena atada por el otro extremo una de sus piernas.

El cántaro, el pan moreno, todo se habia ejecutado á la letra.

Era una magnífica decoracion de tercer acto.

A este aspecto, Angela no pudo contener sus lágrimas, y Enrique estuvo para decirle la verdad; pero un ermitaño, que estaba de pié en un rincon de la prision, le hizo una seña imperiosa, y le impidió hablar; cogió las manos de Angela y las cubrió de besos.

—Cobarde de Hervilly! exclamó; nada me importan tus calabozos, ni tus cadenas; estoy pronto á pagar con mi vida este solo instante de dicha, y moriré feliz y orgulloso, persuadido que envidiarás mi suerte.

—Enrique, dijo Angela, ¡qué horrible estancia! Yo soy quien le ha metido á Vd. ahí, aceptando imprudentemente su generoso agradecimiento. ¿Cómo no me maldice Vd., así como al dia funesto en que me vió por primera vez?

—Querida Angela, exclamó Horrberg, después de la dicha de ser feliz á su lado, solo se puede envidiar una suerte, la de sufrir y morir por Vd. Se lo que me está reservado; sé que á cada instante puede llegar el verdugo. El cielo me es testigo que solo siento dar á usted mi vida inútilmente, y no poder, antes de morir, sacarla del cautiverio. Moriré resignado, moriré feliz, después de ver á Vd. y sabiendo me ama.

—Si, Enrique, amo á Vd., dijo en voz baja Angela; le amo, y suceda lo que suceda, mi corazón será de usted, aun cuando mi deber me imponga otra cosa, y aun cuando tenga que sacrificar lo que mas me interesa. Si debemos estar separados en la tierra... nos encontraremos en el cielo.

—Angela, dijo Horrberg, comprendo demasiado el sentimiento de esas palabras; han puesto mi vida en un precio infame, Angela, si cumple Vd. ese funesto sacrificio, será Vd. mil veces mas cruel que mis perseguidores. Estos solo pueden matarme, y Vd. convertiria mi vida en un eterno suplicio. Angela, no se deje Vd. cegar por una falsa lástima. Ameme Vd., sea usted mía hasta el momento en que cortarán el hilo de mis dias. Moriré contento. En seguida llóreme usted y permanezca fiel hasta el dia en que nos encontremos allá arriba.

Esto exige el amor, esto la compasion. Deme usted su mano, Angela, querida Angela; y Vd., padre mio, dijo dirigiéndose al ermitaño, que permanecia de pié y silencioso en su rincon, y que las recién llegadas no habian apercibido, Vd., padre mio, que ha venido á traerme consuelos, bendiga nuestra union, muy corta sin duda en la tierra, pero eterna en los cielos.

—¡Ah, tía, dijo Angela, ¿oye Vd. lo que pide?

—Es el deseo de un moribundo, sin duda, replicó Enrique.

—Sí... lo sé, morirá Vd.; sí, cedo á sus deseos, y yo puedo salvarle.

—No lo crea Vd., Angela, le juro por lo mas sagrado, por mi alma y por mi amor, que el momento que seguirá á su union detestable con Mr. de Hervilly, será el de mi muerte.

—¡Qué harè, tia! ¡Dios mio!

Enrique se habia arrojado á los pies de Angela, y los tenia abrazados.

Esta cedió y dijo:

—Pues bien, Enrique, consiento en que recibamos la bendicion de este santo ermitaño. Es condenar á usted á muerte, pero sobreviviré; ¡seremos uno de otro! está nuestra felicidad en el cielo, donde estaré en breve.

—Entonces los dos se arrodillaron, teniéndose de la mano.

El ermitaño dijo:

—¿Pensais que yo consagraré un suicidio?... pensais. .

—¡Dios mio! exclamó Teodorina, alguien viene. Huyamos antes que nos hagan salir; tal vez obtendremos permiso para volver, sobre todo, si la señorita se muestra conmovida, y si deja suponer que otra visita acabará por decidirla al sacrificio que exigian de ella.

Se oian los pasos del carcelero.

Enrique besó apasionadamente la mano de Angela, y las tres mujeres se retiraron y encontraron en efecto al carcelero, que venia á advertirlas era ya tiempo de dejar al prisionero entregado á sus reflexiones.

Cuando salieron del subterráneo, Teodorina se quedó un poco atrás, y alcanzándolas luego, dijo en voz baja á Angela:

—Señorita, es indispensable la hable á Vd. Haga

usted como que se acuesta; dejará abierta la puerta contigua á la cama, y cuando duerma la tia, vendrá usted á buscarme á mi habitacion.

—Pero Teodorina, ¿y si mi tia se despertase?

—Dirá algunas palabras, y viendo que no recibe respuesta, supondrá que duerme Vd., y procurará hacer otro tanto. No deje Vd. de venir, es indispensable.

OCTAVO FOLLETIN.

—Por mi fé, Mr. de Riessain, dijo Enrique cuando estuvo solo con el ermitaño, si no hubiese Vd. estado aqui, me arrojó á los pies de Angela, la confieso todo, y procuro tener su perdón.

—En ese caso, no hubiese Vd. conseguido el mio, querido de Horrberg, y á pesar de la amistad que le profeso, hubiese cumplido la palabra que le he dado y me he dado á mi mismo, de no concederle la mano de Angela (como decimos desde que estamos en esta novela), sino despues de haber terminado la prueba. Pero podemos muy bien terminar este diálogo en la mesa. Representado el papel de ermitaño, me parece he ayunado mucho tiempo, y me siento con mucho apetito.

—Ayudadme, pues, bondadoso ermitaño, á quitarme las cadenas. Antonio vá á ver si las señoras han entrado en su habitacion, y si no corremos ningun peligro de ser vistos al atravesar el pátio.

Antonio tardó un poco en volver; mientras tanto, Mr. de Riessain quitó la cadena que ataba á Enrique por un pié, luego trataron de salir de la cueva; pero apagada el hacha destinada á la visita de Angela, y habiéndose Antonio llevado la linterna, el ermitaño y el prisionero tocaban las paredes para buscar salida, cuando vieron venir á Antonio con la linterna en la mano.

Este no sabia por qué motivo la primera puerta de la cueva, la que daba al patio, se habia cerrado; habia probado á abrirla por dentro, pero todos sus esfuerzos habian sido inútiles.

Al oír esto, Mr. de Riessain y Enrique le llamaron, el uno torpe, el otro imbécil, y se dirigieron hácia la puerta, persuadidos cederia al primer esfuerzo. Pero este y los siguientes fueron vanos, así como los juramentos y las maldiciones.

A los juramentos y las maldiciones, sucedieron puñetazos y patadas en la puerta, gritos para que los oyesen de fuera; pero nadie vino.

Los tres aplicaron el hombro á la puerta á fin de derribarla. La puerta no dió señales de ceder.

Cuando hubieron hecho tres ó cuatro veces las mismas tentativas con igual resultado, deliberaron acerca de su situación.

—Ya estamos prisioneros de veras, dijo Enrique.

—Pero yo me muero de hambre, dijo Mr. de Riessain.

—Abí tenemos mi pan y mi agua...

—¡Bonita comida!...

—Es una triste comida si la compara Vd. con la que nos espera en la tierra, no lo disputo; pero es un festín, comparado con nada.

—Vamos, amigo mio, no quiero deshonorar y perder el magnífico apetito que poseo; comiendo tales cosas, es imposible que no nos oiga ó que no acabemos por echar abajo la puerta.

Empezaron de nuevo los gritos, los golpes, los esfuerzos, en fin, y fué preciso reconocer que todo era y seria completamente inútil.

Enrique se resignó el primero, y tomó un pedazo de pan moreno, que empezó á morder con repugnancia, y luego comió con avidez.

Mr. de Riessain, despues de una resistencia mas honrosa, es decir, mas larga, imitó su ejemplo.

Antonio comió los restos del festin: todos bebieron agua del cántaro,

—Esta seria, buen ermitaño, dijo Enrique de Horrberg, la verdadera ocasion de renovar el milagro de la boda de Canaá, y aun osaré decir, que el cambio del agua de nuestro cántaro en vino, estaria mejor empleado, en beneficio de unos pobres diablos que solo han comido pan de municion, que lo fué en su tiempo en beneficio de gentes hartos ya de vino.

—En cuanto á mi, dijo Mr. de Riessain, lo que me incomoda no es precisamente el haber comido pan negro, que no sabe ni bien ni mal; pero lo que me dá un verdadero sentimiento, es que tenemos arriba un faisán, y que no tendré ganas cuando llegue para nosotros la hora de la libertad. ¿Pero cómo se explica que estemos asi prisioneros? Hay momentos en que me pregunto, si no se le habrá antojado á Octavio continuar nuestra comedia formalmente, tenernos prisioneros de veras, y hacer pagar á Angela nuestra libertad.

Solo dos horas despues empezaron á inquietarse en la casa de la ausencia prolongada de Mr. de Riessain y de Mr. de Horrberg.

Octavio habia comido con las señoras, y por lo tanto no habia notado su ausencia: él mismo fué, no obstante, el que se ocupó de poner en libertad los prisioneros.

Cuando despues de haber dejado á sus convidadas, volvió á la parte del castillo y creia hallar á sus

dos cómplices, supo que no los habían visto desde medio día.

Octavio esperó algun tiempo, luego se decidió, en fin, á irlos á buscar al subterráneo, pero vió la llave puesta y dedujo como la puerta no podía haberse cerrado sola; luego habían salido.

Octavio volvió á la casa para esperarlos y tomó un libro.

Felizmente sucedió que este libro era por casualidad obra de uno de los mas ilustres filósofos de estos tiempos. De modo que de Hervilly no tardó en fastidiarse y de rechazo en pensar en sus amigos. Volvió al subterráneo, entrecabrió la puerta y llamó, para tranquilizar su conciencia. Y se admiró mucho de que le respondieran.

Ya Enrique habia dicho á Mr. de Riessain:

—Si tiene Vd. mucha hambre, me comerá Vd., para conservar á mi futuro suegro; pero antes nos comemos á Antonio, que está bastante gordo.

Enrique confesó á de Hervilly las sospechas que empezaba á concebir.

—Lo he pensado muchas veces, respondió Octavio, pero he resistido á la tentacion. No soy culpable de la encarcelacion de Vds., deben Vds. tener hambre.

—¡Ay! dijo Mr. de Riessain atravesando el patio, nos hemos comido el pan del prisionero.

—Y, añadió de Horrberg, hasta hemos sentido la fatal idea de empezarlo: echando el pedazo que le faltaba.

A pesar de todo, en presencia de la mesa bien servida, los cautivos encontraron que su apetito era algo complaciente: si el pan perjudicó al faisán el agua del cántaro no causó ningun perjuicio á algunas botellas, que se vaciaron mientras se pensaba en lo que se haria al día inmediato, y se preparaba el capítulo siguiente, mezclando con este motivo cuestiones y exclamaciones.

—¿Pero cómo diablos se encontraban Vds. encerrados? Eso me recuerda lo que decía un periódico, de un soldado que se había encontrado ahogado, cortado el cuerpo á pedazos, y cosido en un saco. El periódico, al contar este horrible suceso, hace notar con sencillez, que estas diversas circunstancias hacían presumir que eran el resultado de un suicidio.

En este tiempo las prisioneras se acostaban. Angela, preocupada de la confianza que la había anunciado Teodorina, fingió dormir para ver si su tía hacía otro tanto.

Cuando la creyó bien dormida, se bajó, sin hacer ruido, de la cama, se marchó por la puerta entreabierta y fué á buscar á Teodorina, que la esperaba ya.

Por ligera que fuese Angela, el ruido del vestido despertó á medias á Eudoxia, que no notó sin embargo la salida de su sobrina, y empezó en estos términos la historia de su abanico, que ya había interrumpido varias veces:

«Mr. de Briquesolles era entonces uno de los hombres mejores formados y de mas talento; yo á lo menos así me lo decían, bonita, graciosa, alegre; tocaba bastante bien el clavicordio; en una palabra, me consideraban todos, y me sondeaban.»

Y la tía continuó su historia.

Hubo un momento en que, despues de contar cómo su madre sorprendió á Mr. de Briquesolles puesta á sus pies, preguntó á la cama de su sobrina:

—¿Qué hubieses hecho en mi lugar?

La cama no respondió.

La tía esperó algunos instantes y continuo:

«Como yo te hubieses turbado,» etc.

Un poco despues, llegando al momento en que Mr. de Briquesolles, teniendo absolutamente necesidad de escribirla, fingió recoger en el palco, á sus pies, un abanico que acababa de comprar, y se lo presentó, como si lo acabase ella de dejar caer:

«¿Y, dijo Eudoxia, qué crees que encontré en los pliegues del abanico?»

Eudoxia esperó respuesta; y no recibéndola, tomó el partido de contestarse á sí misma:

«Una carta, me dirás?—Pues no, algunas palabras escritas con lápiz en las varillas del abanico.»

Y la tia prosiguió su historia con Mr. de Brique-solles.

La historia era larga. Me encuentro en el pequeño número de escritores capaces de sacrificarla... Me debo este homenaje, que estenderia un poco mas, con dos razones que me lo impiden. La primera, es que pareceria como algunos espíritus pobres, indemnizarme con un número de líneas igual al sacrificio de la historia de la tia Eudoxia; la segunda razon, es que aun no he decidido irrevocablemente el no contarla algun dia.

La tia estaba ya al final cuando Angela, conmovida por las cosas extraordinarias que acababa de saber, entraba de puntillas en su cuarto, y se dirigia con el mayor silencio posible hácia su cama, y la tia Eudoxia la dijo:

«De ese modo ha venido este abanico á mi poder; no te admirarás ahora al ver, no puedo decidirme fácilmente á separarme de él.»

Angela no supo nunca otra cosa de la historia del abanico de su tia Eudoxia.

Pero todo el resto de su vida tuvo que hacer como que comprendia las alusiones que su tia hacia á esta historia, como: Angela, eso debe recordarte á Mr. de... Angela, eso es lo mismo que la historia del abanico; Angela, eso es tan embarazoso como el dia, en que mi madre sorprendió á Mr. de... ya sabes, etcétera, etc., etc.

En cuanto á las confiancias que hizo Teodorina, mientras Eudoxia contaba á su sobrina la historia

del abanico, no creemos deber comunicarlas hasta un poco mas tarde.

Desde por la mañana, Angela hizo decir á Mr. de Hervilly que deseaba hablarle; no tardó en venir á ponerse á sus órdenes.

—Caballero, dijo, me he decidido; no le quiero á usted, como Vd. ya sabe; amo á otro, como Vd. no ignora. Vd. quiere casarse conmigo; vea si eso es prudente. Pone Vd. esta union por precio de la libertad y de la vida del hombre que amo: lo que me lleva á sacrificarle mi dicha es, que espero sacrificarle la de Vd. No le ocultaré á Vd. que me parece exhausto de sentido comun; si no me caso con Vd., ¿qué le importa que Mr. de Horrberg viva y esté libre? Si me caso con Vd., ¿no teme que su vida y su libertad sean un motivo constante de angustias y sospechas? Pero pues lo ha decidido Vd. asi, está bien, no haré la menor objecion. Seré la mujer de Vd.; pero para eso tiene Vd. que ser mi marido. Si soy de usted, será Vd. mio. Liquidaremos nuestras cuentas á su tiempo.

—Señorita, dijo Octavio un poco turbado, dignese usted dispensar mi sorpresa; no esperaba semejante dicha, porque la que me anuncia esta decision, es toda la que imagino; confío en Vd., señorita; el esposo que Vd. acepte, puede poner sin temor su honor en sus manos.

—Conserve Vd. esa confianza, caballero, y esfuércese á arreglar esta dificultad: que yo prometo casarme con Vd. tan luego como Mr. de Horrberg esté en libertad ó Vd. me prometa dársela cuando sea su esposa; es absolutamente la misma situacion, es decir, que es necesario que uno de los dos confie ciegamente en la buena fé del otro. Declaro de buena fé, no tengo ninguna confianza en Vd., y que si fuese que usted, tampoco la tendria en mí. La violencia que usted

ha empleado contra mí justifica de antemano todos los ardidés que yo pueda usar para engañarle. Esta misma violencia debe presentarlo á Vd. á mis ojos, como capaz de todas las traiciones. ¿Qué haremos?

—Señorita, me fiaré de Vd., y el instante que usted señale para nuestra union, será el mismo, en que el subterráneo y el castillo se abrirán para Mr. de Horrberg. No pronunciará Vd. el juramento que debe asegurar mi felicidad, sino despues que la haya dado la prueba de que el baron Enrique de Horrberg está libre, y fuera del castillo. Encantadora Angela, no ponga Vd. un término muy lejano á los tormentos que sus indecisiones me hacen padecer.

—¡Oh, Dios mio! caballero, será cuando Vd. guste. Tan sério y solemne como considero el acto de un casamiento con el hombre que se ha escogido libremente, tan ligera y ridícula me parece una union como la nuestra. ¿Pero qué tiene Vd., caballero de Her-villy? ¡Está Vd. sobrecogido y turbado!

—¿Yo, señorita? por el contrario... es la alegría... la sorpresa... la enagenacion... Esperaba tan poco... estaba tan lejos de esperar...

—Si Vd. lo quiere así, caballero, nos casaremos pasado mañana.

—¡Ah, señorita! ¡cuán lejos estaba de esperar tan grande, y sobre todo tan pronta felicidad. Permítame usted vaya á prepararlo todo para la ceremonia.

—Un instante, caballero, tengo que pedir á Vd. una cosa: necesito ver aun á Mr. de Horrberg.

—Señorita...

—Le he de ver hoy mismo en el calabozo. Había allí un ermitaño. No me habia Vd. dicho que habla ermitaños en este país. Deseo que este mismo ermitaño nos case.

—Los deseos de Vd. son para mí leyes, señorita,

Octavio se retiró, y fué á buscar á Enrique, que almorzaba con Mr. de Riessain.

—Vamos, vamos, Enrique, al calabozo; ¡pobre hombre! Y vos, buen ermitaño, preparad vuestro aire mas grave y venerable. ¡Esta sí que es! La señorita de Riessain quiere absolutamente casarse conmigo, y pronto, en seguida. Me ha costado trabajo hacerla esperar á mañana.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Nada mas que lo que digo. Exige además que sea el venerable ermitaño, aquí presente, el que nos dé la bendición nupcial. Irá á despedirse de Horrberg á su calabozo. Además, me ha dicho unas cosas tan estrañas, y á las que iba tan poco preparado, que no sabia qué responder.

Enrique y Mr. de Riessain hicieron mil preguntas á de Hervilly para comprender lo que ha ocasionado ese brusco trastorno en las ideas de Angela.

De Hervilly no lo sabe tampoco.

De Horrberg se abrasa al beber el café demasiado caliente, para ir á ponerse las cadenas.

Al mismo tiempo, Eudoxia, no menos admirada, pretende que le diga su sobrina dónde ha ido á buscar las cosas que ha dicho á Octavio.

—Ese pobre Mr. de Hervilly, á pesar de lo mal que se ha portado con nosotros, me daba lástima, tan confuso y conmovido estaba. Era como ese día que yo decía á Mr. de... ya sabes... esas cosas que te he contado. Pero debo decirte, que no apruebo nada de tus principios relativamente al casamiento.

—Ni yo tampoco, tia.

—Entonces...

—Ya sé lo que vá Vd. á decirme, tia; pero por Dios, evíteme Vd. cuestiones, á las que no podria responder, al menos por ahora.

Teodorina vino á anunciar que Angela podia hacer á Mr. de Horrberg la última visita que habia solicitado.

Las tres bajaron al subterráneo, donde encontraron á Enrique de Horrberg en la misma situacion que el dia de la primera visita.

—¡Y qué! encantadora Angela, exclamó, ¿á qué debo la dicha de ver á Vd. en mi calabozo?

—Caballero, dijo Angela, lo he pensado bien: la razon ha venido á disipar la embriaguez que sus palabras de Vd. habian producido en mi cerebro; he cambiado de idea, ya no quiero consultar á Vd. sobre un asunto en que el orgullo impone á Vd. de antemano la respuesta. Vivirá Vd., Enrique; he querido despedirme, porque desde este dia seremos completamente estraños el uno al otro. Nuevos é imperiosos deberes nos van á separar para todo el tiempo que debemos pasar en la tierra.

—¡Pues qué! señorita...

—No me interrumpa Vd., mi resolucion es inmutable; mañana á media noche me caso con Mr. Octavio de Hervilly. Una hora antes le habré visto salir á usted libre del castillo.

—¡Angela! ¡Angela! exclamó de Horrberg, piensa usted que... ¡Pues bien! si... pero ese fatal sacrificio no se cumplirá. Me dejaré echar del castillo, pero me volverán á ver cuando sea necesario.

—Adios, Enrique, dijo Angela.

—Yo no me despido, querida Angela, porque mi muerte sola nos separará.

Angela le tendió la mano, á la que cubrió de besos.

Luego salió del subterráneo con Teodorina y su tia Eudoxia.

Octavio y Enrique dormian en dos cuartos contiguos.

Los dos jóvenes acompañaron al padre de Angela á su habitacion; despues de haberle hecho la tertulia en el comedor, donde habian arreglado todos los sucesos del dia siguiente, y llegaron al corredor donde estaban sus cuartos.

Hablaron algunas palabras y se acostaron. Al cabo de algunos instantes, Octavio golpeó el tabique, y dijo:

—Enrique, ¿duermes?

—No por cierto, no duermo, y desafío á cualquiera á dormir en mi lugar.

—¿Pues qué! ¿tambien á ti te pasa algo?

—No sé lo que hay en esta maldita cama, sufro una picazon horrible.

—Y yo, respondió Enrique, siempre al través del tabique, he encontrado en la mia dos conejos.

—¿Cómo! ¿dos conejos?

—Sí, y te confieso que he tenido un miedo terrible cuando los he sentido.

—Yo voy á levantarme, no puedo sufrir esto.

—Ya comprenderás que no es posible estar en la cama con semejantes compañeros. ¿Quién diablos habrá inventado esta broma?

—Ponte á la ventana, Octavio, yo haré lo mismo y hablaremos sin necesidad de gritar.

Enrique se dirigió á la ventana, cubierto con su bata; pero cada uno de sus pasos producía una esplosion... Su cuarto estaba sembrado de bolas fulminantes.

Llegado á la ventana, dió parte á Octavio de lo que habia sucedido.

Octavio se admiró tanto menos, cuanto que habia atravesado igual fuego de artificio para llegar á la ventana.

—¿Qué vamos á hacer? Si el ayuda de cámara no se hubiese llevado mi ropa, iria á dar una vuelta por el jardin.

—Y yo tambien; pero estoy condenado á la misma desnudez hasta mañana por la mañana.

—¿Pero no sospechas de nadie?...

—Es preciso llamar, y nos volverán á hacer las camas.

Los dos amigos quisieron llamar, pero los tiradores de las campanillas estaban cortados.

—Voy á envolverme en la bata y á acostarme sobre la cama.

—Yo tambien voy á ver si puedo dormir.

—¿Qué has hecho de los conejos?

—Los he soltado por el corredor.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

NOVENO FOLLETIN.

Por la mañana temprano, el ayuda de cámara encargado del servicio de los dos jóvenes, puso sus ropas en los cuartos. Los dos se levantaron y empezaron á hablar al través del tabique.

—Dime, Enrique, me sucede una cosa muy singular, no me puedo abrochar ni el chaleco ni la levita.

—¿Has engordado esta noche?

—No es posible. Faltan mas de seis pulgadas para que los botones lleguen á los ojales. Di... no me respondes, Enrique.

Y Octavio daba repetidos golpes en el tabique.

—¡Diablo! Octavio, ¡vas á echar abajo el tabique!

—¿Por qué no respondes?

—No te respondo, porque la admiracion me tiene embrutecido: mis pantalones, los que me quité ayer noche...

—¿Qué?

—¿Qué? que no me llegan á media pierna... Estamos embrujados.

—Es la misma levita y el mismo chaleco que tenia ayer noche.

—Y estos son mis pantalones; pero no puedo métermelos.

—Ni yo mi levita.

—Llamemos para que nos traigan otra ropa. Tú estás mas vestido que yo, puedes ir hasta el extremo del corredor.

Octavio llama; viene el criado; le admira tanto como á ellos los cambios que han sufrido las ropas, y su sorpresa parece natural; vá á buscar una levita y un chaleco para Octavio, y un pantalon para Enrique en el guardarropa de Mr. de Riessain, y los deja vistiéndose.

Esta ropa no les estaba muy bien; pero no pueden absolutamente meter las botas; el criado, que han vuelto á llamar, cree en esta ocasion poder dar la mitad de una esplicacion: reconoce las botas que les han entrado, pertenecen á Mr. de Riessain, que tiene el pié muy pequeño. Es un error fácil de reparar; salió y volvió al cabo de un cuarto de hora; es preciso que el diablo se haya llevado las botas de los señores, no las encuentra en toda la casa.

Enrique y Octavio bajaron con zapatillas á almorzar con Mr. de Riessain: se pierden en conjeturas, y en fin, deciden esperar de la casualidad y del tiempo la esplicacion de las cosas estrañas que han pasado en la casa.

Enviaron un criado á caballo para traer ropa de la ciudad de... á Mr. de Horrberg y á Octavio.

Retrocedamos un poco.

Mientras que Eudoxia contaba á Angela la historia de su abanico, Angela estaba con Teodorina.

Teodorina habia tenido lástima del verdadero pesar que veia se apoderaba de su jóven ama, causado

por la broma de que era cómplice; además, estaba más disgustada de lo que yo podría decir, por lo de los pendientes de Adriana.

Se había sentido llena de remordimientos por un crimen tan mal pagado, y había tomado una resolución que debía á la vez consolar á Angela y vengarla de que el baron de Horrberg no había sabido hacer una distincion conveniente entre ella y la cocinera Adriana. Cuando Angela estuvo á su lado, la cogió las manos y la dijo con la voz mas lastimosa que pudo:

—¡Ah! señorita, soy muy culpable respecto á usted; ¿será Vd. bastante buena para perdonarme?

Angela quiso saber algunas culpas antes de responder y decir si las perdonaba; pero cuando vió á Teodorina resuelta á esperar el perdón antes de confesarse, prometió todo lo que quiso. Júzguese su admiracion cuando supo que no había salido de casa de su padre, alrededor de la que habían viajado varios días; que Mr. de Riessain en persona, guiaba el carruaje; que el calabozo de Enrique de Horrberg era la cueva de la casa; que el subterráneo por el que habían tentado escapar, no tenía salida; que el pérfido Antonio, que había visto fallecer bajo el puñal de Enrique, estaba tan bueno; que despues de quitarse la barba y favorecido por la oscuridad, les abria él mismo la puerta del pretendido calabozo, donde gemia el baron; que el pan y el agua eran meros adornos de la decoracion, porque los tres señores, reunidos en el otro extremo del castillo, comian divinamente todos los dias.

Angela no queria al principio creer las relaciones de su doncella; luego recordó algunas circunstancias que las apoyaban. Se indignó del engaño de Enrique de Horrberg, y anunció desde luego que se casaria con Octavio.

—Pero señorita, Octavio está en el complot.

—Es verdad.

—Y Mr. de Riessain tambien. Su padre de Vd. es

quien lo dirige todo; he oído muchas veces á Mr. de Horrberg suplicarle abreviase este juego; pero Mr. de Riessain se opone obstinadamente.

—Y yo, decía Angela, que no comi ayer mas que pan, por no alimentarme mejor que él...

Cuando la cólera de Angela hubo desfogado un poco, no pudo menos de sonreír al saber la diablura de Teodorina, que habia condenado á Mr. de Horrberg y á Mr. de Riessain á comer verdaderamente pan negro y á beber agua.

Angela se esplicó entonces el singular efecto que habia producido en ella la voz de su padre, á pesar de no conocerle. Parecíale que no era extraño para ella aquel ermitaño.

—¿Y por qué, dijo estaba mi tia Eudoxia el dia de la fuga disfrazada de húsar?

—¡Ah! señorita, eso fué invencion mia.

—Cómo, Teodorina, se ha atrevido Vd...

—La señorita me ha prometido perdonarme...

—Pero mi tia...

—La vispera habia sido tan mala para mí... Pero no he podido ver á Vd., señorita, tomar por mas tiempo estas bromas á lo sério; no he podido veria a Vd. llorar y seguir en la trama: ahora ya lo sabe Vd. todo, ¿qué haremos? He desertado con armas y municiones, estoy á las órdenes de Vd.

—Teodorina, dijo con tristeza Angela, voy á hacer terminar tan ridícula comedia, dejando ver que he concluido de ser juguete, y despediré de una vez á Mr. de Hervilly y á Mr. de Horrberg.

—¡Ah! señorita, ¿qué dice Vd! Mr. de Horrberg la adora á Vd... tiene alguna culpilla, ciertamente...

—Si, Mr. de Riessain le ha obligado á obrar de este modo...

—No renuncie Vd. á su dicha; pero infúndale usted miedo, haciendo como que acepta sin repugnancia la mano de Mr. de Hervilly; ahora nos toca burlarnos

de ellos; será muy divertido para Vd. ver cómo representan su comedia.

Teodorina consiguió adoptase Angela lo que esta precisamente deseaba; porque amaba á Enrique, y el amor abogaba por él con elocuencia. Esto ocasionó sus discursos singulares á Octavio y su visita al subterráneo, que quiso volver á ver, decía á Teodorina, para divertirse á sus espensas y conocer hasta qué punto la habian engañado. Luego presagió, que todo esto no auguraba nada malo; que la comedia tendria naturalmente por desenlace su casamiento con Mr. de Horrberg, y al resentimiento primero sucedió un gran contento y una propension á la alegría, de que se aprovechó Teodorina para hacerla consentir en la persecucion que queria ejercer contra Mr. de Horrberg y Octavio: lo que no hubiese osado llevar á cabo sin permiso de su ama.

Obtenido el permiso, no temió estralimitarse en los pormenores. No obstante, Angela la ayudó á estrechar el chaleco y la levita de Octavio, y á cortar los pantalones de Enrique.

El cambio de las botas y las bolas fulminantes las aprobó Angela; pero solo supo al dia siguiente que Teodorina habia esparcido crin cortada en la cama de Hervilly, y puesto conejos en la del baron.

Mientras almorzaban, refirieron estos á Mr. de Riessain, que habian pasado una noche malisima. Mr. de Riessain sostuvo era una broma de Octavio, que se fingia tambien victima, para que de él no sospechasen.

No encontrando otra esplicacion, Enrique opinó como Mr. de Riessain y Octavio creyó al fin que Enrique y el padre de Angela se entendian para continuar la mistificacion que de concierto le habian hecho.

—Es singular, decía de cuando en cuando Mr. de Riessain, ¡qué malo es este vino!... preferiria beber vinagre.

Pidieron otro, estaba mas ácido que el primero. La tercer botella era agua, con un poco de color; la cuarta contenia agua pura.

—Definitivamente sucede algo extraordinario en esta casa.

—Creo que hemos evocado imprudentemente, dijo Enrique, á los génius que presiden al arreglo estravagante de las cosas de la vida; nos hemos irreflexivamente metido en el pais de las novelas, y experimentamos la influencia del clima. Felizmente pronto llegamos al desenlace y no puede haber muchos acontecimientos en las pocas páginas que tenemos que hojear, con tal que Angela me perdone la parte que tomo en todo esto.

—Sabe Vd. muy bien, Enrique, dijo Mr. de Riesain, que represento el papel de padre cruel, y que no tengo inconveniente en encargarme de todo lo malo; además, cuando confesemos las cosas, todo estará reparado. El día de hoy pasará en la mayor tranquilidad. Mañana será libertado Enrique. Todo se preparará en la casita del bosque, en la que vive el guarda, para la union de Angela con Octavio; pero justamente en el momento fatal, Enrique sitiara el castillo, romperá las puertas y pasará el puente levadizo; un gran combate de sable y hacha se verificará entre él y el odioso de Hervilly; de Hervilly sucumbirá, como debe suceder, al tirano, hácia el final del acto cuarto. Horrberg sacará á Angela fuera de este maldito castillo. Entonces se pondrá fuego á la casa del guarda, que es vieja y se está cayendo; lo que en medio de la noche figurará perfectamente el incendio del castillo, morada de Hervilly; se viajará el resto de la noche; luego, como será necesario tomar medidas de prudencia, se estará oculto todo el dia, y se volverá á marchar de noche. Los tres dias con tres noches que durará este viaje de dos leguas alrededor del bosque, los ocuparemos en poner aquí todo en órden,

quitar las barras de madera pintadas que guarnecen las ventanas, cambiar las colgaduras de las habitaciones y el color exterior del castillo; en una palabra, cambiar el castillo criminal en casa honrada, donde Enrique entregará á la hermosa á su inquieto padre, que no podrá, en conciencia, rehusar la mano de su hija al que la habrá merecido en pago de tanta constancia y sacrificios. Para mayor seguridad recibiremos á las señoras en la parte de la casa que no conocen; entonces se procederá realmente al casamiento; pero por esta vez será constante y valiente caballero de Horrberg, y solo algunos dias despues contaremos á la hermosa cautiva las traiciones por las que la hemos conducido á ser feliz, imploraremos el perdon y esperaremos su agradecimiento. Entonces haremos presente el *feroz de Hervilly* y el *pérfido Antonio*, que volverá á sus funciones de jardinero y abandonará la carrera del crimen para sembrar las dalias, cosa que debería haber hecho la semana pasada.

—Figúrese Vd., señor de Riessain, dijo Octavio, que de Horrberg no quiere ponerse una magnífica cota de malla que he hecho traer espresamente para el asalto y toma del castillo.

—;Déjame en paz con tu cota de malla!... Eso sería hacerse traicion...

—De ningun modo, Enrique, Octavio tiene razon; la tia Eudoxia ha turbado de tal modo las ideas de Angela, que se admiraría por el contrario si le viese á usted vestido de otro modo para el combate. El famoso combate de sable en el subterráneo, que ciertamente era mas imprudente, no ha escitado, estoy seguro, la mas ligera sospecha. Pido de un modo positivo la cota de malla.

—;Y quiere Vd. quemar la casita del bosque?

—Será un magnífico cuadro final. Hace tres meses debía haberla echado abajo. Antonio tendrá cuidado

de llenar de ramas y de leña el piso bajo, y con una mecha, á la que se pondrá fuego desde fuera, no tardará la casa en ser entregada á las llamas.

—Pero querido Riessain, ¿cómo he de dar yo solo el asalto y tomar el castillo?

—No es un gran inconveniente; mi hermana Eudoxia repetirá, mientras se la quiera oír; hay mil ejemplos, de que un solo caballero ha hecho capitular una guarnicion y ganado á viva fuerza una fortaleza, donde estaba detenido el *objeto de su amor*. Por otra parte, los soldados pueden estar aun en las murallas, cuando Vd. se precipite para impedir el *fatal himeneo*. Cuento mucho con el efecto de las hachas: ¿las han traído?

—Habia dos aquí, y no se encuentra mas que una.

—Las ratas no pueden haberse comido la otra, ya parecerá. Además, una bata para la llegada de Enrique.

Entre tanto, Eudoxia dirige mil preguntas á Angela; pero Angela se complace en trastornar las ideas de su tia.

En medio de la indignacion que la anima contra los autores de la comedia, en que la obligan á hacer un papel tan ridículo, no puede disimularse que su credulidad ha contribuido mucho al buen éxito de la pieza, y se verifica en su cabeza una reaccion, contra las ideas que su tia hiciera germinar en ella.

A cada instante, y bajo diversos pretextos, tiene conferencias secretas con Teodorina.

—Pero sobrina mia, ¿es verdaderamente que consentes sin profundo dolor en dar tu mano á de Her-villy?

—Tia, ¿no es necesario que lo haga así para devolver la libertad, y tal vez para salvar la vida á Enrique de Horrberg? Y además, ¿imagina Vd. que el cielo

dejará verificarse esta horrible union? Por ventura, Enrique, libre, ¿no encontrará medio de salvarnos? Ha visto Vd. nunca que semejante sacrificio no sea recompensado? Nunca las promesas de la heroína ha dejado el destino que se cumplan. No, tia, estoy sin inquietud; alguna peripecia se ofrecerá para el desenlace.

—Pero Angela, ya es muy tarde... y...

—Y qué, tia, exclamó Angela, ¿quisiera Vd. fuese antes del momento supremo cuando Enrique viniese á arrancarme del poder de mi tirano? ¿Dónde estaria el interés? Puesto que debe haber una novela en mi vida no quiero pasar una página para correr al desenlace, como hacen ciertos lectores. Le espero con tranquilidad, y lo que temo solamente es, que no llegue de un modo bastante inesperado.

—Querida sobrina, mi pobre Angela, no quiero destruir tu confianza, y sicutó no tenerla como tú; sin embargo, como has dicho frecuentemente, cuando todo parece perdido, cuando parece no debe conservarse ninguna esperanza, es por lo regular cuando cambia súbitamente, cuando el crimen queda anonadado, y la virtud recibe, en fin, su legitima recompensa.

—No se inquiete Vd., querida tia, sé cómo terminará todo; otras personas creen conocer tambien el desenlace, y se equivocan. Pero como he decidido formalmente que no haya mas novela en mi vida, quiero que esta siga sus tramites.

Llegó la noche. Teodorina recomendó mucho á Angela viniese á buscarla á media noche; pero cuando Angela se preparaba á salir del cuarto, Eudoxia se despertó y la preguntó dónde iba.

Angela tartamudeó al principio, y en fin, esplicó bien ó mal á su tia, que iba con Teodorina á concluir el vestido que pensaba llevar al dia siguiente.

Una tia menos soñolienta no hubiese aceptado se-

mejante razon; pero Angela hablaba aun cuando su tia se habia entregado otra vez al sueño mas profundo.

Las doce acababan de dar cuando Enrique se despertó oyendo golpes en los cristales de su ventana; abrió los ojos, y á la claridad de la lamparilla percibió una enorme cara blanca que se agitaba por la parte exterior de aquella.

Al aspecto del fantasma se estremció todo su cuerpo, y sus cabellos se encresparon; sin embargo, enderezóse, y recobrando sus sentidos, volviendo en sí, vió distintamente la cara blanca delante de su ventana. Saltó de la cama, y abrió precipitadamente.

El fantasma habia desaparecido de allí; le vió á algunos pasos bajo los árboles. Estuvo á punto de llamar á Octavio; pero recordó que tenia motivos para atribuirle la mistificacion del dia anterior, y que sería divertirle demasiado, haciéndole testigo y confidente del éxito de esta nueva broma.

Tomó el partido de bajar al jardín sin hacer ruido, de asegurarse si sus sentidos no le engañaban, ó si habian pretendido burlarse de él para infundir en este caso verdadero temor á la persona que habia conseguido asustarle en el primer momento.

Llegado al jardín, apercibió un espectro que parecia aguardar su llegada para perderse en la espesura del bosque.

Enrique, lleno de valor, le persiguió; pero no tardó en apercibirse que el fantasma se hacia algunas veces invisible, porque cuando se creia próximo á alcanzarle, le perdía de vista repentinamente, y en seguida le volvia á ver detrás de sí, en el mismo sitio por donde habia pasado.

La noche, el silencio, la impresion de la arboleda, estas desapariciones que no sabia esplicarse, acabaron por persuadir á de Horberg que el suceso no era tan

natural ni tan divertido como lo habia imaginado al principio, y se puso á perseguir al fantasma con nuevo ardor.

Le volvió á perder de vista; pero oyó andar en un sendero próximo.

Se detuvo y escuchó; los latidos de su corazon se lo impedlan.

Los pasos se hicieron mas distintos; vió una forma humana, pero sin disfraz.

Se precipitó sobre esta aparicion, y...

DÉCIMO FOLLETO

DÉCIMO FOLLETIN.

La abundancia de materiales nos obliga á dejar para mañana la continuación de la HISTORIA INVEROSIMIL. No obstante, para satisfacer la justa impaciencia de los lectores, que hemos tenido que abandonar en un momento interesante, y evitarle las ansiedades de la incertidumbre, les diremos solo que la forma humana que apercibió Enrique de Horrber, llegó al punto en que se encontraban los dos senderos. Enrique se precipitó sobre el fantasma, que en vez de huir se precipitó sobre Enrique; los dos se agarraron vigorosamente, se sacudieron y rodaron sobre la yerba, enlazados como dos serpientes.

UNDÉCIMO FOLLETIN.

Hemos dejado á Enrique de Horrberg rodando por un sendero del bosque con el fantasma, que se habia precipitado sobre él con tanta voluntad, como él sobre el fantasma.

Despues de luchar algunos instantes, Enrique se sobrepuso, y colocando sus rodillas sobre el estómago de su adversario, le forzó á permanecer completamente inmóvil.

—Esté Vd. quieto, dijo Entonces, ó le juro por el cielo que lo ahogo.

—¿Pues qué eres tú, Enrique? dijo el fantasma vencido con voz ahogada; no me revientes del todo.

—Oh! eres tú, Octavio, dijo Enrique.

Y quitándose de encima le ayudó á levantarse, y se levantó tambien él.

—¡Ah! bribon, dijo Enrique, ya pensaba eras tú. ¿Pero qué has hecho del disfraz?

—¿Cómo del disfraz? replicó Octavio; yo sí ¡que te pido noticias del tuyo.

—Vamos, quieres burlarte.

—No me burlo: por el contrario, tú eres quien empleas una obstinación en esta broma.

—Mucho corres, en verdad.

—Bastante, pues he podido alcanzarte.

—¡Alcanzarme! di más bien que yo te he alcanzado.

—Nada de eso.

—Vamos, dime, ¿cómo te has arreglado para subir hasta mi ventana?

—Enrique, no nos entendemos. Desde la cama te he visto danzar con una sábana por la cabeza, y me he puesto á perseguirte; no dudé un instante que no tuvieses parte en la aparición, por eso no quise llamarte, pensando desde luego no estabas en tu cuarto, ó al menos que te divertiría demasiado verme tomar por lo serio la fantasmagoría.

—Lo que me dices es justamente lo que me ha pasado á mí: he visto el espectro en mi ventana, no he querido llamarte por la misma razón que te ha impedido golpear el tabique, y me he puesto... pero mira... eso nos convencerá á los dos... no era ni tú, ni yo...

En efecto, al través de los árboles se veía el fantasma, pero traía ya un hacha encendida en la mano.

—¡Hé ahí la aparición! Pues bien, Enrique, si me crees, nos vamos á quedar satisfechos; hace algunos días que alguno de esta casa se burla de nosotros. Esto puede encerrar siniestros designios. No pierdas al fantasma de vista, vuelvo al instante.

Octavio corrió lácia la casa, tan de prisa como pudo, mientras que de Horrberg, sin pensar en seguirle, ni comprender su intención, volvió á perseguir al es-

pectro, que huía ante él por las calles mas tortuosas del bosque.

Hubo un momento en que Enrique creyó alcanzarlo; el fantasma lo temió, porque tiró lejos de sí el hacha, que no tardó en apagarse.

La luna empezaba á salir; pero cuando sale tan tarde es que está en menguante, y que solo ofrece la mitad de su circunferencia, de modo que solo daba un débil reflejo, que de vez en cuando interceptaban blancas nubecillas que corrían por la region media del aire; y Enrique solo perdía un instante de vista al fantasma para volverlo á ver un momento despues.

Corriendo de este modo, llegó el fantasma á la casa del guarda que debía ser el teatro de la escena del día siguiente.

Allí se paró y dijo con voz lastimera:

—¡Detente!... si das un paso, desaparezco.

Enrique, sin respiracion rendido y además esperando con buenos modales obtener una esplicacion, que ya no creía poder obtener por fuerza, desde que se habia convencido que el fantasma corría mas que él, gritó:

—¿Qué significa ese disfraz? ¿Qué objeto tiene, y qué pretende Vd. hacer? Si es una broma, es demasiado larga y podrá terminiar peor que Vd. lo supondria al empezar.

No obtuvo respuesta.

El fantasma permaneció de pié, inmóvil delante de Enrique.

—Si Octavio estuviese aquí, pensaba Enrique, podríamos cogerle. Si avanza, volverá á huir, y decididamente corre mejor que yo.

En este momento oye á Octavio venir por entro la arboleda; llegaba por el otro lado, y se paró poco mas ó menos á la misma distancia que Enrique.

La casa del guarda estaba en una plazoleta.

—Pobre fantasma, gritó, se acabó la broma. Es preciso descubrirse; corres mas que nosotros, pero esto corre mejor que tú.

Y al pronunciar estas palabras, armó una escopeta, que habia ido á buscar á la casa, y apuntó al fantasma.

—¡Por Dios, Octavio, no tires! gritó Enrique.

—Aun no, respondió Octavio, no quiero sorprender al espectro ó lo que sea, que nos ha querido fastidiar esta noche; pero escucha bien, querido fantasma, si das un paso para huir, te juro por mi honor que te envio los dos tiros, si el primero no basta para impedir tu marcha.

El fantasma permaneció inmóvil.

—Está bien, continuó Enrique, veo eres susceptible de oír mis buenos consejos y de aprovecharlos, voy á darte otro...

Entre tanto, Enrique se habia aproximado á Octavio y le decia en voz baja:

—Espero no tirarás...

—No tiraré, dijo alto Octavio, á no ser que él lo quiera: si solo ha sido una broma, no querrá pagarla con su vida; pero si no obedece á las órdenes que voy á darle, es que ha concebido designios mas peligrosos; es preciso que este misterio se aclare. Amigo fantasma, escucha bien mis palabras: Si solo se trata de una broma, ó tal vez de algun robo de legumbres ó frutas, te mando vengas aquí al instante y te quites el disfraz; si no me obedeces, te prometo, por mi parte de cielo, que veré pronto si eres un cuerpo de carne y hueso, ó si eres realmente una sombra y una aparicion; así, pues, ven, que nada te se hará.

El fantasma siempre inmóvil.

Octavio desarmó y armó de nuevo la escopeta, y el ruido de la llave no le hizo estremecer; Octavio le apuntó; no hizo ningun movimiento. Esta impasibilidad admiró á los dos amigos.

En efecto, el autor de una broma no hubiese arrojado semejante peligro,

Un mal intencionado hubiese huido.

La inmovilidad del fantasma les causó una emoción singular; los dos habían mostrado bastante incredulidad relativamente á las apariciones.

Las personas que leyendo hacen poco caso de esas cosas, se alarmarían por lo menos, si por la noche, en el campo, tuviesen un encuentro semejante.

Octavio y Enrique pensaban que el suceso traspasaba los límites, no solo de lo ordinario, sino también de lo natural.

Sintióse Octavio tan desazonado, que quiso acabar á cualquier precio aquella situación, y con voz conmovida á la vez por la cólera y por una sorpresa mezclada de aprensión, gritó:

—¡Peor para Vd. si sucede una desgracia! usted tendrá la culpa. Una, dos, tres veces, ¿quiere usted acercarse?

Y antes que Enrique se precipitase sobre él para detenerle, apoyó el dedo en el gatillo, y salió el tiro.

El fantasma cayó, y al mismo tiempo una risa estridente se hizo oír por detrás de ellos, y como en el aire.

Permanecieron ambos estupefactos y como anonadados.

—¿Qué has hecho? dijo Enrique, que volvió en sí el primero.

—¡Y qué, tanto peor! dijo Octavio, le había avisado.

La luna salió en este momento de entre las nubes y vieron la sábana en el suelo.

Enrique se bajó, pálido y estremeciéndose de horror, la voz no podía atravesar su garganta, se con-

tentó con estender la mano hácia el objeto de su esperanza para enseñárselo á Octavio.

Este se bajó á su vez.

La sábana estaba vacía.

Una nueva carcajada satánica se oyó entre los árboles, y los dos permanecieron algunos instantes sin hablar una sola palabra.

No obstante, cuando volvieron de su profunda admiracion, registraron detenidamente la casa del guarda; la puerta estaba cerrada por fuera.

Volvieron á la sábana, y la vieron hecha una criba; todo el plomo de la descarga le habia alcanzado.

—Escucha, Enrique, dijo Octavio, no soy supersticioso; hasta aquí, nunca he creído los cuentos de los fantasmas mas ó menos temibles que me han referido; pero te aseguro me es imposible explicar lo que pasa en este momento.

—En cuanto á mí, repuso Enrique, nunca he temido las apariciones, sin que á pesar de eso haya negado nunca su posibilidad: en la vida ordinaria, estamos rodeados de milagros mucho mayores que el de la aparicion de un muerto; la creacion de un sér, es un prodigio mayor que el de la resurreccion; la costumbre solo nos hace sensibles á la primera. Diré como tú, no veo en las condiciones humanas y ordinarias ninguna explicacion de las cosas que acabamos de presenciar.

Agitaron la sábana en todos sentidos, llegando hasta golpear la tierra para ver si existia alguna trampa oculta en este sitio; pero la tierra estaba endurecida y cubierta de césped tan espeso como en lo restante de la plazoleta; de manera que solo producía un sonido sordo y apagado.

Tomaron el partido de volver á la casa y á sus habitaciones; pero el ruido de sus pasos, el movimiento de un pájaro asustado por su tránsito, que

abandonaba la rama donde se habia dormido, les hacia estremecerse involuntariamente. Octavio se sintió cogido por la levita, y aunque se aperebió pronto que era una espina, su corazon latió por algun tiempo con mas fuerza que de costumbre.

De regreso en el castillo, dirigieron sus miradas al bosque que acababan de recorrer, y se decidieron á subir para acostarse, sin estar muy seguros de encontrar el sueño en sus camas.

Octavio levantó la vista hácia la casa, y con la boca abierta, respirando apenas, incapaz de pronunciar una sola palabra, cogió á Enrique por el brazo, apretádoselo hasta el punto de hacerle daño; con la otra mano le enseñó en su ventana abierta... en su cuarto, al fantasma... vestido aun con su sábana blanca...

La turbacion de Enrique no fué menor que la de su compañero.

Octavio armó la escopeta para disparar el segundo tiro; pero todo habia desaparecido. Se apresuraron á subir la escalera, y no sin tener el corazon algo oprimido, abriendo el cuarto de Enrique, donde este se empeñó en entrar el primero.

¡Estaba vacío!... pero la ventana estaba abierta, y él se acordaba muy bien haberla cerrado antes de bajar al jardín.

Estuvieron algun tiempo hablando de la estraña aparicion, sin poder explicársela de un modo que fuese siquiera mediamente verosímil.

No tenían sueño ni el uno ni el otro: Octavio propuso hacer ponche; á fuerza de registrar la casa, encontraron por fin los ingredientes necesarios.

El día, que empieza pronto en esta estacion, los encontró cansados y pálidos; acordaron no hablar á nadie, ni aun á Mr. de Riessain, de lo que habían visto.

Si eran objetos de una broma, y muchas circunstancias les impedían dar esta interpretación á su aventura, se ven:arían no quejándose ni hablando de ella. Si había algo de sobrenatural, este silencio les evitaría la burla de las gentes, que oyendo esta relación al sol, se mostrarían valientes é incrédulos, y que tal vez, si hubiesen estado en su lugar, al opaco reflejo de la luna, se hubiesen guardado bien de llevar la aventura tan lejos como ellos, y se hubieran contentado con taparse la cabeza con la ropa.

DUODÉCIMO FOLLETIN.

Historia del abanico de la tia Eudoxia.

Aquí es donde, despues de maduras reflexiones, he decidido contar la historia del abanico de la tia Eudoxia.

Si no hemos eserito esta historia mientras la tia Eudoxia la contaba á la almohada de Angela, es porque nos repugna sobremanera inducir á terror á los honrados lectores que confian en nuestra buena fé. La tia Eudoxia, sin que pretendamos acusarla de mentira, no contó los hechos con la exactitud suficiente, á la almohada de su sobrina, porque ella misma no los conoció nunca bien.

La historia con que entretuvo á la honrada almohada, era la historia de lo que ella habia creído y

no lo que habia sucedido. Por otra parte, hubiese sido impolítico acompañar la relacion de este personaje de notas esplicativas, y frecuentemente contradicorias.

Estas consideraciones nos han determinado á cortar las cosas nosotros mismos, sin adornos de estilo, sia perifrasis, y si con la sencillez del historiador mas candido.

Mr. de Briquesolles estaba enamorado de una mujer de la sociedad de la tia Eudoxia; esta mujer, llamada Mad. Dorner, tenia un marido muy celoso. Era preciso adormecer su vigilancia para siempre. Quiso pues Mad. Dorner, que Mr. de Briquesolles se declarase amante de otra mujer, y despues de pasar revista á toda su sociedad, de pues de haber declarado casi todas las mujeres y haber temido confiarles un papel tan peligroso, acabó por escoger á Eudoxia, como la menos capaz de luducir á Mr. de Briquesolles á grave infidelidad.

Es probable que si Eudoxia hubiese conocido las causas á que debia las atenciones de Mr. de Briquesolles, y sobre todo, lo que la habia valido la eleccion de Mad. Dorner, le halagara menos ver como su adorador asiduo y declarado, uno de los mas elegantes y envidiados de la sociedad.

No habia dejado de notar que se habia ocupado visiblemente de Mad. Dorner y le reconvinó; pero Mr. de Briquesolles, despues de defenderse, lo hizo creer habia sido un medio de aproximarse á ella sin causar sospechas: el gusto de Mr. de Briquesolles fué criticado; pero á favor de esta equivocacion favorable á su deseo, nadie sospechó su amor por madama Dorner.

No obstante, nuevas dificultades vinieron á destruir la dicha de los dos amantes.

Mr. Dorner, sea porque hubiese interceptado algunas miradas, sea que recibiera algun aviso caritativo

no ocultó á su esposa sus sospechas *ofensivas*, como ella le dijo, y acompañó esta manifestacion del mal humor, las escenas y los enfados que son para los Otelo vulgares, la moneda del puñal del terrible moro de Venecia.

Se pensó en usar nuevas medidas de prudencia. Se evitó el hablar, y aun el mirarse; se renunció á toda correspondencia por escrito.

Pero como reconocieran los dos amantes que en adelante no podian vivir sin verse, buscaron un expediente para darse las citas, sin que el celoso mas suspicaz pudiese sospechar la menor correspondencia; acordaron les sirviese para esto la señorita Eudoxia, de la siguiente manera:

Como Mr. de Briquesolles ocupaba inmediato al ministro un destino importante que le dejaba muy poca libertad, era él quien fijaba comunmente las citas, pues se verificaban en una casita suya, estramuros de la poblacion.

En cada una de ellas se convenia la seña que daría Eudoxia para anunciar otra. Y Mr. de Briquesolles usaba de la influencia que habia adquirido sobre el corazon de la desgraciada para hacerla obrar segun sus deseos.

Así, pues, se convino reunirse en la casita al dia siguiente al en que Eudoxia se presentara con rosas amarillas en el cabello. Mr. de Briquesolles no necesitaba mas que ofrecer la guirnalda de ellas, manifestando el deseo de vérselas entre su cabello.

Otra vez decidian que la seña seria vestir la señorita Eudoxia un magnifico traje color de rosa, que solo se ponía en las grandes ocasiones.

Por una desgraciada fatalidad, se le antojó á Eudoxia considerar la reunion de aquella noche como una gran ocasion y digna de ostentar el famoso vestido color de rosa.

Mr. de Briquesolles no habia podido estar libre el dia siguiente; le era tambien imposible asistir á la reunion en que Eudoxia debia dar las noticias á su desconocida rival.

La casualidad hizo entrarse en casa de Eudoxia, en el momento en que iba á salir para el baile. Se asustó al ver el vestido de rosa. Este vestido podia ocasionar consecuencias fatales. Mad. Dorner iria á la casita y no hallaria á nadie.

Mr. de Briquesolles decidió que Eudoxia no iria al baile con su vestido color de rosa. Fingió estar muy indignado, luego muy abatido. ¡Que! ¡este vestido que la sentaba tan bien! ¡este vestido que realzaba tanto la nobleza de su talle y la gracia de sus maneras! ¡este vestido que no se habia puesto hacia tanto tiempo, era el elegido justamente el dia en que sabia que su deber no le permitia admirarla! Ciertamente, decia, no esperaba esta recompensa para su *amor constante*; no comprendia se despreciase hasta ese punto *tanto amor*, gimió, suplicó, amenazó, hizo tanto, que Eudoxia se desnudó y volvió á vestir, y el vestido rosa no se presentó en el baile, donde hubiese anunciado á madama Dorner una entrevista que no podia realizarse.

A cada instante Mr. de Briquesolles tenia nuevos caprichos ó le hacia nuevos regalos.

Una noche, entre otras, Mad. Dorner, colocada en el teatro en un palco enfrente al de Eudoxia, esperaba con ansia una señal convenida. Si Eudoxia tenia su abanico de marfil, veria al dia siguiente á Mr. de Briquesolles, que la explicaria la causa de una ausencia de algunos dias, que la habia inquietado horriblemente.

Mr. de Briquesolles habia visto salir á Eudoxia con un abanico que le hiciera tomar, hablándole de la gracia con que le maneja. Estaba, pues, sin cuidado y no dudaba un solo instante que Eudoxia no pasase felizmente la noche abanicándose.

Iba á terminar la representacion, cuando entró en el teatro como verdadero enamorado, con la esperanza de ver un instante, aunque de lejos, á madama Dorner; pero qué le sucederia, cuando despues de haber notado en su rostro pruebas evidentes de tristeza y volviéndose á Eudoxia, notó que no tenia el abanico.

Entró en su palco y tardó en saber habia perdido el abanico, que creia haber dejado caer al apearse del carruaje.

Lo comprende todo, sale del palco y del teatro, corre como un loco, busca una tienda de abanicos, la encuentra por fin, entra, toma uno de marfil; pero cuando buscaba su bolsillo, nota no tiene dinero, porque su bolsillo ha sido robado ó lo ha perdido; saca el reloj, lo dá á la tendera y echa á correr; entra en el teatro, y para no asustar á las personas que rodean á Eudoxia, se baja, hace como que recoge á sus pies el abanico, y se lo devuelve diciendo:

—Señorita, aqui está el abanico que ha dejado usted caer.

Eudoxia, admirada, confusa, lo tomó, y encontró en él algunas palabras insignificantes, escritas con lapiz, que tradujo como espresiones un poco timidas, y veladas del mas tierno amor.

Este es el abanico en cuestion.

Algun tiempo despues, la madre de Eudoxia tuvo sospechas de la inteligencia que existia entre Mr. de Briquesolles y Mad. Dorner; habló y puso á la pobre mujer en horribleagonia; pero Mr. de Briquesolles se dejó sorprender por ella á los pies de Eudoxia, lo que hizo cambiarse de opinion y conocióse se habia equivocado atrozmente, suponiendo á Mr. de Briquesolles enamorado de Mad. Dorner; pero esto no podia pasar asi; se habló de casamiento. Mr. de Briquesolles no podia retroceder, á causa de la familia; pero aprovechó una ocasion insignificante para mostrarse horri-

blemente celoso, y para decir á la pérfida un adios eterno.

En este tiempo, Mr. Dorner partió para un viaje, al que se hizo acompañar por su mujer.

Mr. de Briquesolles se puso triste, é hizo tambien un viaje por otro lado. En cuanto á Eudoxia, quedó persuadida que si Mr. de Briquesolles la hubiese querido menos, hubiera sido su mujer. No atribuyó nunca su alejamiento sino á los celos tan furiosos que le acometieron, y que solo fueron producidos por el exceso del amor que le habia inspirado. Mas tarde le volvió á ver en sociedad, mas no por eso se desengañó.

Esta es la historia del abanico de la tia Eudoxia.

DÉCIMOTERCERO FOLLETIN.

Teodorina habia tenido miedo mas de una vez al hacer su papel de fantasma, no de ser alcanzada por Enrique y por Octavio, que habia visto desde luego no podian competir con ellas en velocidad, sino de su propio papel, de su sábana, y de sí misma. Habia no obstante vencido sus terrores y salido muy bien de su empresa.

Angela no habia podido vencer esta impresion, y solo habia asistido al principio de la escena, cuando Teodorina, elevando la sábana con un palo, la habia aplicado á los cristales de la ventana del baron de Horrberg; pero cuando Enrique bajó de su cuarto, y cuando Teodorina pasó del jardin al bosque, renunció á seguirla, y se subió á su habitacion, donde entró tan silenciosamente, que su tia Eudoxia no despertó. Teodorina habia huido, enseñándose de vez en cuando hasta la casa del guarda, donde habia ocultado su

hacha; luego había vuelto para hacerse ver de los dos amigos.

Cuando regresó á la casa del guarda, despues de dirigir algunas palabras á Enrique, plantó en el suelo el palo que la servia para aumentar su estatura, sosteniendo la sábana, y se había escapado á favor de la oscuridad, arrastrando por el suelo, y gracias al vestido negro que llevaba.

Se hallaba detrás de Enrique y Octavio, cuando este disparó sobre la sábana, que se convirtió en celosía.

Dióse prisa á entrar en la casa, donde volviéndose de nuevo á equipar de fantasma, esperó en la ventana de Enrique á los dos caballeros, un tanto recobrados de su primer temeridad.

Cuando los vió precipitarse para entrar en la casa, no había necesitado darse mucha prisa, en atencion á lo poco que tenia que andar para salir del cuarto y escapar por los corredores, que conocia muy bien. é ir á refugiarse en el suyo y en su cama, donde á pesar de las emociones que había sentido, el cansancio de la carrera la hizo dormir profundamente.

La mañana fué pacífica, salvo algunos incidentes que no fueron notados, á causa de su multiplicidad y de la obstinacion que parecian poner las cosas mas indiferentes en salir mal hacia dos ó tres dias.

El almuerzo estaba tan mal sazonado, que no se podia comer ningun plato.

El café era una especie de tisana, sin gusto y sin color.

Mientras Mr. de Riessain renegaba, los dos jóvenes, cada vez que estaban solos, no podian menos de ocuparse de los acontecimientos de la noche anterior y de las conjeturas que les sugerian.

—A lo menos, Enrique, nuestra novela no terminará sin un fantasma.

Por otra parte, la tía Eudoxia creyó deber hacer á su sobrina un largo discurso, para animarla en el doloroso sacrificio.

Pero Angela no aceptaba ningun consuelo; estaba sin temor, segun manifestaba á su tía; el desenlace se aproximaba; pero no dudaba un solo instante fuese feliz.

Es cierto que ignora cómo podrá evitarse que ella se case con de Hervilly; pero sabe que no se casará con él, y con esta conviccion, no le disgusta tener que esperar cosas imprevistas en los detalles y en los medios que el destino empleará para recompensar su sacrificio y unirla con el que ama.

Ifigenia fué arrebatada en el momento en que Calchas la introducía el cuchillo sagrado en el seno, y reemplazada por una cabra.

Quién sabe si de Hervilly no se casaría con la tía Eudoxia?

Esta, sin decirlo precisamente, deja sospechar no retrocedería ante este acto de abnegacion, con el de librar á su sobrina de un enlace que su corazón no acepta.

Teodorina ha encontrado medio de contar á su ama los pormenores de la aparicion nocturna, y confiesa que el fantasma ha tenido mas miedo que nadie.

Pronto volvió odiosamente mandada por el dueño del castillo.

Octavio quiere que Angela pueda juzgar de su buena fé, de su exactitud en cumplir sus promesas y de su confianza en las de su hermosa prisionera. Van á quitar las cadenas al baron de Horrberg, y las señoras podrán, al través de una persiana, verlo salir del castillo.

En efecto, un caballo de mano que tiene un palafrero, relincha en el pátio. Pronto aparece Enrique de Horrberg. Le han devuelto su espada. Se para en

medio del pátio, y volviéndose hácia la casa, donde no puede ver á de Hervilly, Angela y Eudoxia, colocadas detrás de una persiana cerradas, esclama:

—Octavio de Hervilly, protector contra la conducta infame y desleal que Vd. observa, acepto mi libertad solo para ocuparme de otra que me es mas preciosa. Y Vd., querida y noble Angela, si mi voz no puede llegar hasta sus oídos, porque ignero dónde está el encierro que el feroz propietario de este castillo la ha destinado, reciba mi juramento de no descansar ni de noche ni de día, hasta que la vea libre de tan odioso cautiverio.

Dijo, y montó á caballo con tanta gracia y ligereza, que Angela quedó casi convencida de que solo á pesar suyo hacia un papel en aquella comedia. Tenia además tan buen aire y tan magnífica presencia, que sus faltas, cualquiera que fuesen, se aterraban mucho.

Arrojó una bolsa al palafrenero que tenia el caballo, y volvió á gritar:

Angela, siempre el mismo. Octavio de Hervilly, pronto volveré.

Arrojó su guante en medio del pátio en prueba de desafío, y poniendo su caballo á escape, salió del castillo y se alejó con rapidez.

Cerraron las pesadas puertas del castillo. La tia Eudoxia esperaba ver desmayarse á su sobrina, y se preparaba á paodigarla los mas tiernos socorros; pero cuando la miró, en vez de verla palidecer, sorprendió en sus lábios una sonrisa irónica.

De Hervilly se hizo traer el guante del baron de Horrberg, y dijo:

—Insensato, si quieres correr y precipitarte en brazos de tu fatal destino, no tienes mas que presentarte de nuevo bajo las murallas de este castillo; este brazo sabrá castigar tu osadia y tus amenazas fanfarronas.

Luego besó la mano á Angela, y se retiró diciendo:

—Encantadora Angela, voy á prepararlo todo para mi felicidad.

—Angela, sobrina mia, dijo Eudoxia, querias un desenlace imprevisto: puedes felicitarte de estar ser-vida á pedir de boca, si debemos ser libertadas y si debes ser llamada algun dia baronesa de Horrberg; ¿no te has estremecido, como yo, al oir cerrarse esas puertas?

—La aseguro á Vd., tia, que no resistirán al valor de mi caballero.

—Dios lo haga, Angela, pero las creo muy fuertes. Cuando pienso que dentro de algunas horas debéis pronunciar un fatal juramento que debe hacer tus lazos indisolubles...

—Mujer de poca fé, esclamó Angela, no puede usted salir de la vida ordinaria y prosáica, criar muchos hijos y espumar el puchero; no puede Vd. comprender mi noble confianza en el valor de aquel á quien he dado mi alma, y en el poder invencible del verdadero amor. Aunque estuviese en el centro de la tierra, esperaria tranquilamente que mi caballero penetrase y viniese á libertarme. No, tia, no, no ha nacido Vd. para vivir en el hermoso pais de las novelas; es Vd. una mujer sencilla, que por casualidad ha leído algunas novelas que la han interesado, pero que las dejaba y hacia una señal en la página cuando llegaba la hora de comer ó de dormir. Vaya, tia, vaya, quédese Vd. con sus virtudes domésticas, y limite su ambicion á hacer bien un zurcido y confeccionar el dulce de grosella.

La tia Eudoxia se encontró humillada hasta no poder mas, de las reconvenciones tan amargas y de la indignacion de su sobrina; en su respuesta misma se dejó arrastrar á confidencias y á revelaciones, hasta

entonces profundamente ocultas en su memoria y en su corazón, para probar á Angela que no era tan razonable ni con mucho, como decia ó suponía su sobrina.

Y para esto contó cierto número de aventuras extravagantes, de pasos atrevidos, de imprudencias más ó menos felices, de que nunca había hablado hasta entonces.

No obstante, defendiéndose con violencia de las virtudes domésticas que se le atribuyen, se sentía humillada por la noble confianza de Angela, é inferior á su sobrina, porque estaba lejos de atreverse á confesar todas las cobardes concesiones que el fastidio de la cautividad y la mala calidad del café con leche, la habían obligado á hacer, á la vida real y positiva y á la prosa de las cosas vulgares.

Se había preguntado á sí misma, si en efecto, Angela sería muy desgraciada siendo esposa de Octavio de Hervilly, cuyos desafueros tenían en rigor, por excusar una pasión violenta é invencible.

Si el sacrificio de Angela debía consumarse, ¿no tendría por esposo, como la mayor parte de las heroínas que conocía, un enano ridículo ó un gigante disforme.

Octavio de Hervilly era un caballero muy amable, y el sacrificio, muy disminuido por esta circunstancia, ¿no se le recompensado por la idea de haber restituido la libertad, y tal vez salvado la vida al barón de Horrberg, y además por la alegría de volver á recibir las caricias y pruebas de cariño del mejor de los padres, y tener café con leche exquisito?

No ocultaré qué pensamientos aun más extraños surgían sordamente en el espíritu de la tía; pensamientos que los extraños discursos de Angela á Octavio, no debían hacer rechazar con mucha fuerza á su tía; los juramentos arrancados por fuerza, una obli

gacion que no sea voluntaria, ¿es verdadera obligacion? ¿eran juramentos sagrados y aceptados por el cielo?

De Horrberg vivia, y su venganza para con de Hervilly, aunque menos sangrienta, podia ser mas cruel para el raptor de Angela, y al mismo tiempo mas sabrosa para el baron de Horrberg, y á la que solo se daba á su rival por salvarle.

Si descubro estos pensamientos secretos de la tia Eudoxia, ruego á mis lectores no crean los apruebo; lejos de esto, lo hago con objeto de manifestar hasta dónde las ideas engendradas en los cerebros débiles por la lectura de sus novelas, pueden llevar aun á las tias, destinadas en todo tiempo con privilegio á fastidiar á las sobrinas y sobrinos con todos los pormenores de la moral mas austera.

Algunas veces la tia Eudoxia no podia atribuir sino á ideas semejantes, á las que no hubiese espresado por cuanto hay en el mundo, la tranquilidad, ó mejor dicho, la satisfaccion que reinaba en las facciones de Angela, á medida que se aproximaba el momento temible en que debia unirse á su raptor.

Teodorina se vengaba con mil diabluras del sentimiento ocasionado á su ama y de los pendientes que le habian dado á Adriana.

Cuando llegó el momento de comer, Mr. de Riesain no se sorpreedió poco al ver los hermosos grabados de sus cuadros del comedor, reemplazados por otros tantos ejemplares de la leyenda de Pyramo y Tisbe.

Nunca guisados mas infernales se ofrecieron á los humanos, lo que para Teodorina tenia la doble ventaja de hacer reñir á Adriana.

La sal y la pimienta echados á puñados en un potaje; la ensalada aliñada con aceite del velon; un pollo, que trinchado, dejó salir de su interior todas las plumas que antes cubria su cuerpo.

Estas y otras cosas semejantes, hicieron se pidiesen serias esplicaciones á la desgraciada Adriana, que no sabia dar otra sino esta:

—Que necesariamente la casa estaba encantada, ó mas bien embrujada.

Lo que Mr. de Riessain, y sobre todo Octavio, no se atrevieron á negar de un modo positivo.

—Vamos, vamos, dijo Mr. de Riessain, todo esto terminará dentro de algunas horas. Hay momentos en que pienso como Enrique: quisiera pedir perdon á mi hija, no atormentarla mas, y abrazarla, lo que hace ya demasiado tiempo que no he hecho. ¡Dios mio! ¿Qué tabaco es este? exclamó Mr. de Riessain tirando su caja de rapé.

En efecto, habian puesto café en polvo en vez de tabaco.

Llamó á Teodorina y la pidió otra caja, que hizo esperar mucho tiempo, y por fin tuvo que ir á buscar en persona á la chimenea de su cuarto, donde la habia dejado; pero le fue imposible abrirla, porque la habian cerrado despues de untar los bordes con cola.

Teodorina ayudaba á vestirse á Angela y á su tia Eudoxia.

Todos esperaban con inquietud la hora indicada para la ceremonia.

En fin, el reloj del castillo dió las doce.

Las señoras bajaron al salon. De Hervilly las esperaba.

—Encantadora Angela, dijo.

—Sé lo que vá Vd. á decir, caballero. «Encantadora Angela, he cumplido mi promesa; de Horrberg está libre; espere el cumplimiento de la de Vd., que debe hacerme el mas feliz de los mortales,» ó «que debe poner el colmo á los deseos del amor mas tierno,» etc., etc. Pasemos esas frases, que sé de memoria, caballero; ¿á dónde debemos seguiros?

—Permítame Vd., eruel Angela, la guie hácia un edificio algo ruinoso, pero que habiendo sido capilla en otro tiempo, me ha parecido preferible para la ceremonia que debe...

—Tambien conozco esa frase, caballero de Hervilly.

—Sin duda porque me hace Vd. justicia, y ha reconocido Vd. por fin la verdad de mis sentimientos.

—No he reconocido hasta aqui, caballero, sino frases mudas en las peores novelas.

Diciendo esto, habian seguido andando y llegado á la casa del guarda

Mr. de Hervilly la abrió y ofreció la mano á las señoras para subir la escalera rústica que conducia á una especie de kiosco, que formaba el piso superior.

—¡Ay! sobrina mia, ya es tiempo suceda algo.

—Aun no, tia, respondió Angela en voz baja; mi situacion no es aun bastante desesperada; no perdonaria á Mr. de Horrberg viniese tan pronto á sacarme de manos de mi tirano.

Cuando estuvieron en el extremo superior de la escalera, de Hervilly preguntó á un hombre que le seguia con candelabros, dónde estaba el padre Anselmo.

—El padre Anselmo! dijo Angela, es, me parece, el ermitaño que habia en el subterráneo.

—El mismo, encantadora Angela, manifestó Vd. el deseo...

—Sí, caballero de Hervilly, este ermitaño me gusta mucho; nunca he visto otro á quien con mejor gana diera el dulce nombre de padre.

El hombre á quien Octavio habia preguntado por el padre Anselmo, respondió que este habia esperado algun tiempo en la casa del guarda; pero que se habia ausentado por algunos instantes, y no tardaria en volver.

La verdad es, que el padre Anselmo, despues de

tenaces é infructuosos esfuerzos, por mas que diga el poeta habia vuelto al castillo para ver si habia medio de encontrar su caja de tabaco, de que se hallaba privado desde la hora de comer, sin contar que el último polvo que habia tomado era de café molido.

Un ruido de pasos algo pesados anunció su aproximacion; pero cuando iba á subir, se oyó por tres veces un toque de trompa en la puerta del castillo.

DÉCIMOCUARTO FOLLETIN.

—¡Ah! exclamó Eudoxia oyendo el sonido de la trompa.

—Es muy pronto, dijo Angela.

—¿Qué significa eso? exclamó de Hervilly con el aire mas admirado del mundo.

—Caballero de Hervilly, dijo Angela, puedo contestar á Vd., es el baron de Horrberg que viene á sitiarse el castillo.

—Por Dios, señorita, que esa seria una empresa algo temeraria, y que tendria poco éxito, á no ser que el objeto del baron sea el hacerse encerrar para siempre en un subterráneo de seis pies de largo.

—Tregua de vanas amenazas, caballero de Hervilly; llega casi siempre el momento en que el cielo venga la inocencia y castiga el crimen; generalmente al fin del quinto volumen. Este momento ha llegado. Las puertas del castillo, por fuertes que sean, no resistirán al hacha del baron de Horberg, estoy convencida, y

pronto le veremos entrar en persona. Esos ¡toques de trompa han tenido por objeto intimar á la ciudadela se rinda y abra las puertas.

—Sin duda le habrán contestado como es debido. ¡Oye Vd. los disparos?

—Y qué, caballero de Hervilly, ¿no os apresurais á correr en defensa de las murallas? ¿Permanece usted aquí entre débiles mujeres, lejos del fuego y del peligro?

—Mil gracias, señorita, por tanta sinceridad como me espresais; pero no hay ningun peligro que reclame mi presencia. Desde que ha dejado mi subterráneo, el baron no ha podido reunir bastantes hombres para prometerse tomar por fuerza mi castillo, al menos que no se haya vuelto loco.

—¿Pensaba Vd. que ya lo fuese algo antes, caballero de Hervilly?

—Creo, encantadora Angela, y mi propia esperiencia me lo prueba, que es muy difícil quedar espuesto algun tiempo al fuego de esos ojos, sin perder la cabeza. Pero el ruido se aproxima, permítame Vd. la deje un momento...

—Vaya Vd., vaya Vd., caballero; pero no podrá usted impedir se cumpla la órden del destino. ¿Ha leído Vd. *La órden del destino*? Es una novela alemana de grande interés. La heroína se llama Rosaura...

Pero Octavio no escuchó la pregunta de Angela. Se oían á lo lejos ruidos estraños y confusos de armas y de voces. La tia Eudoxia estaba medio muerta de miedo.

—¡Dios mio! decia, ¿qué sucederá!

—Vá suceder, querida tia, repuso Angela, que el baron de Horrberg, vencedor del odioso de Hervilly, vá á devolvernos la libertad.

—Quiera el cielo, sobrina mia, que así suceda.

—El cielo ha decidido ya; no hay que dudar un

instante el resultado que anuncio; puede Vd. juzgar de mi confianza por mi tranquilidad, siendo, como soy, la prenda y precio de la victoria.

—Y de Horrberg será recompensado con tu mano... sí...

—No hay sí... tía, las cosas van á pasar precisamente como acabo de decirlo; pero en cuanto á lo de mi mano «concedida á Mr. de Horrberg» es otro negocio, sobre el que me propongo y me reservo meditar profundamente.

—Pues qué, Angela, ¿no le amas?

—Mr. de Horrberg me gusta; mi cabeza y mi corazón abogan por él, tal vez un poco mas de lo que yo quisiera; pero tendrá que darme algunas esplicaciones. Teodorina, vé á saber lo que pasa... me parece no temer los peligros de este aspecto atroz y de este terrible combate.

—Soy tan valiente como Vd., señorita, y pienso que mi valor tiene el mismo origen que el de Vd.

Al decir estas palabras penetró en la espesura del bosque; pero no tardó en volver.

—Hé aquí á Mr. de Hervilly, que viene hácia nosotros, corriendo con sable en mano.

En efecto, algunos instantes despues, de Hervilly se precipitó al pié de la casa del guarda, diciendo «siganme Vds. señoras, las pondré á Vds. en salvo. De Horrberg es dueño del castillo; bajen Vds. pronto y sigan mis pasos.»

—¿Para qué, caballero de Hervilly? preguntó Angela. Por mas que sigamos, Mr. de Horrberg nos alcanzará siempre y se repetirá el famoso combate de sable del subterráneo.

De Hervilly quedó algunos instantes estupefacto: ó Angela se burlaba de él desde el principio de la noche, ó tenia en sus novelas y sus peripecias mas ordinarias una creencia prodigiosa. Ejecutó, no obstante, su papel hasta el fin.

—Bajen Vds., señoras, exclamó; síganme de buena voluntad, porque de lo contrario emplearé la fuerza para sacarlas de este sitio, que ya no ofrece seguridades.

Puso el pié en el primer escalon; pero en este momento, Enrique de Horrberg, con una antorcha en la mano izquierda y un sable en la derecha, salia de la espesura del bosque y entraba en la plazoleta.

—¡Detente! gritó, ¡detente, feroz de Hervilly! Vas á recibir aqui el premio de tus crímenes y tus traiciones. Y Vd., hermosa Angela, socórrame con sus votos en el combate.

La tia Eudoxia empezó, á pesar de las seguridades irónicas de su sobrina, á tener miedo de veras.

Bajó rápidamente la escalera y huyó al través de los árboles del lado del castillo, á pesar de los gritos de Angela, que la decia se quedase, que no habia peligro.

Angela, viendo que su tia Eudoxia continuaba su carrera, envió á Teodorina para tranquilizarla y volverla á traer.

En esto, Octavio se habia puesto en guardia delante de su rival.

Enrique habia arrojado al suelo, donde acababa de arder, su hacha que le estorbaba, y además habia ya representado su papel y producido efecto.

Entonces empezó entre los dos adversarios, el combate conocido en los teatros de melodrama con el nombre de *combate de cuatro golpes*, ejecutado de un modo vigoroso y terrible.

Pero para Angela, que conocia de antemano el plan de la escena con todos sus detalles, era un espectáculo de tal modo grotesco, que acabó por reir á carcajadas.

—¡Animo, valientes caballeros! decia en los intervalos en que sus accesos de alegría le permitian hablar. ¡Animo! pero no se den Vds. en los dedos.

Octavio y Enrique estaban muy ocupados de dar la mayor precision posible en su combate, que hacia bastante ruido, y no oyeron los sarcasmos de la bella por quien peleaban.

En esto, la tia, que habia rodado sobre el césped, habia encontrado por casualidad la mecha destinada á conducir el fuego hasta el pabellon, cuyo incendio debia ser la iluminacion final y el ramillete de la fiesta.

El fuego adelantaba poco á poco, siguiendo la mecha, y se introdujo en las ramas, astillas y otras materias inflamables que se hallaban reunidas en el piso bajo de la casa del guarda. Nadie lo notó.

El combate de Enrique y Octavio iba á terminar.

Este dijo en voz baja á su enemigo:

—Vamos, basta ya, dame el golpe mortal.

—¿Dónde quieres caer? replicó Enrique en voz baja, continuando su lucha contra Octavio.

—Donde haya mas yerba, voy á dirigirme á ese lado.

En efecto, cuando Octavio llegó al sitio que le pareció mas conveniente, Enrique le dió una estocada en el chaleco, diciéndole:

—Muere, traidor, y que tu fin sirva de ejemplo á los malvados que quieras imitarte.

El humo empezaba á salir por las hendiduras de las ventanas cerradas del piso bajo de la casa del guarda; pero la noche, iluminada solo por el débil reflejo de la luna, medio oculta entre las nubes, no dejaba percibirle.

—Muy bien, valiente caballero, dijo Angela á do Horrberg, no he dudado un solo instante del triunfo, pregúnteselo Vd. á mi tia.

Efectivamente, Teodorina acompañaba á Eudoxia, que viendo el humo salir del pabellon y mostrarse la llama al través de una hendidura, lanzó un grito, cayendo en los brazos de aquella.

Teodorina se ocupaba en socorrerla, cuando aperiéndose de lo que pasaba, lanzó un grito, dejando á la tia caer sobre la yerba, y gritando:

—¡Fuego! ¡fuego!

—Baron de Horrberg, dijo Angela, que no comprendia este rumor, y que á causa de la elevacion en que se hallaba, no oia muy bien lo que se decia abajo; baron de Horrberg, es bueno traspasar el corazon de un enemigo; pero hay consideraciones que deben guardarse entre caballeros; hubiese podido no dejarle con los pies mas altos que la cabeza. De Hervilly ha cometido algunas faltas, es un raptor desleal, convengo en ello, pero le dolerá la cabeza.

—Angela, en nombre del cielo, gritó de Horrberg, en nombre del cielo baje Vd.

—¡Y qué, caballero! ¿no ha llegado aun el desenlace?

—De veras, baje Vd. pronto.

—Permítame Vd. cambiar una cosa...

—Baje Vd., por Dios, volvió á decir de Horrberg.

—Baje Vd., señorita, gritó Teodorina.

—Baja de prisa, repetia la tia Eudoxia, que habia vuelto en sí.

Octavio comprendió que pasaba alguna cosa rara; se levantó.

Angela, al verle, se puso á reir á carcajadas, y oyó, en fin: .

—¡Fuego! ¡fuego!

Pero pronto dijo:

—¡Ah! caballero, se me olvidaba un capítulo. Vá usted á salvarme del incendio, á sacarme al través de algunas pajas ardiendo. Le dispenso á Vd. esta buena accion, como si la hubiese realizado. Voy á bajar.

Procuró bajar en efecto; pero apenas se hallaba á la mitad de la escalera, retrocedió asustada.

El fuego mucho tiempo comprimido, y que apenas

se veía por fuera, había consumido gran parte del interior. El pié de la escalera estaba ardiendo; quiso gritar. La voz le faltaba; con muchos esfuerzos pronunció estas palabras mal articuladas:

—¡Fuego! ¡socorro! ¡para broma es demasiado! Pero no, ¡es fuego verdadero! ¡por dónde me salvaré! ¡Padre mio! ¡padre mio!

Y cayó sin movimiento.

—¡Ah! exclamó de Horrberg, no ha dicho: ¡á mí, Enrique! y se lanzó en medio de las llamas; atravesó la escalera, donde se le abrasó el pelo; llegó á su lado. En esto, Mr. de Riessain vino al pié de la casa.

Llamaba, gritaba, pedia escaleras, corria, volvía al mismo sitio; Eudoxia perdió por segunda vez el sentido. Teodorina, de rodillas, apretaba convulsivamente las manos. De Hervilly había ido á buscar socorro, escaleras, gente en fin. Empezaba á amanecer; pero la llama, que había devorado todos los obstáculos, se lanzaba impetuosa.

DÉCIMOQUINTO FOLLETIN.

La noche siguió á este suceso. Angela volvió de su letargo y se encontró en la cama.

—¡Dios mío! dijo, ¡qué horrible sueño!

Pero al ver á su alrededor miradas inquietas, caras pálidas, gritó:

—¿Qué ha sucedido? ¿Quién acaba de salir de este cuarto? ¿No es Enrique? ¿Por qué estaba aquí? ...

—¡Ah, hija mía! ¡Angela mía! dijo Mr. de Riessain estrechándola entre sus brazos; ¡qué susto nos has dado!

—¿Pero quién es este caballero?

—Es el médico.

—¿Estoy mala?

—Estabas desmayada, habias tenido miedo.

—¡Ah! si, si, ya me acuerdo... es el fuego... ¡Ah, padre mío! mi buen padre, ¡qué broma tan cruel!... ¡Era demasiado, demasiado para mí!... Me creí perdida.

Mr. de Riessain quiere desengañar á Angela pero el médico le hizo seña la dejase en su error. Seria peligroso irritar de nuevo sus nervios.

—No habia peligro verdadero, señorita; pero la broma era algo pesada, y el miedo que Vd. me ha tenido, que debia Vd. tener...

—¡Ah! dijo Angela sonriendo, esta escena ha sido bien representada; yo, que conocia la pieza, me he engañado. ¿Espero que los muertos estarán buenos? No me inquieta el caballero de Hervilly; algun instantes despues de su muerte, le he visto de pié y corriendo con la mayor agilidad. No importa, buen miedo he tenido... ¡Ah! padre mio, ¡qué papel me ha hecho usted representar! ¡cómo se ha burlado Vd. de mí!

—¿No me hablas ya de Enrique?...

—¿Mr. de Horrberg?... Padre mio, me parece que no hubiese debido aceptar papel en una pieza, en que el mio ha sido sacrificado.

—Angela, ha obrado, á pesar suyo: yo exigí...

—Hubiese podido, en todo caso, representar con menos perfeccion su papel, y dejarme adivinar lo que pasaba. Además, padre mio, si tuviese la debilidad de perdonarle, olvidaria, por su parte, todo lo que he dicho y hecho de ridiculo.

—Te ama... y costará trabajo probarle, si lo queremos absolutamente, que eso ha sido un poco ridiculo.

—¿Está Vd. seguro, padre mio?

—Te doy mi palabra. Vamos á dejarte dormir; Teodorina quedará á tu lado.

Dieron á Angela una bebida calmante, que la hizo dormir profundamente; no se despertó hasta el dia siguiente; se vistió y bajó á almorzar.

Teodorina, que ha recibido órdenes severas, no la desengaña. En la mesa se encuentran Mr. de Riessain, la tia Eudoxia y de Hervilly. Angela abrazó á su padre y á su tia, y saludó graciosamente á Octavio, diciendole á Antonio que servia á la mesa:

—Me alegro mucho ver á todos los muertos reunidos en este almuerzo: por casualidad, ¿no veremos á los vivos?

—Enrique está ausente, respondió Octavio y no volverá hasta pasados unos días.

Angela pensó que habia escogido un momento poco á propósito para ausentarse. Se habia marchado en momentos en que ella estaba enferma. Afectó no preguntar dónde habia ido, ni qué causas habian motivado su partida.

Este día, y el siguiente, lo pasaron, la tia y la sobrina visitando libremente la casa, escepto una habitacion, que las dijeron estaba en desórden. Angela quiso ver los *subterráneos*, que han vuelto á tomar sus derechos de bodega.

—Sin tu desmayo, no hubieses sabido en mucho tiempo... hubiese hecho en la casa tales cambios...

—Pero, padre mio, le he dicho á Vd. ya, que solo he sido victima en la mitad de la comedia.

Sin embargo, Angela está triste, en primer lugar, porque Mr. de Horrberg no vuelve, aunque pronuncia una sola vez su nombre; en seguida confiesa á su tia, siente que todo lo que ha pasado no sea verdad. Conoce ama á Enrique; pero le amaria mas, ó al menos con mas gusto, si fuese el verdadero héroe de una novela semejante á la en que ha creído vivir algunos días.

Quiere volver al sitio en que se habia desmayado; la casa del guarda solo era un monton de cenizas.

Dos días se pasaron aun sin noticias de Enrique.

Angela percibió gran movimiento en la casa; un eriado montó á caballo y fué á la vecina ciudad con otro de mano.

Algunas horas despues, volvió siguiendo al otro caballo, montado por un hombre vestido de negro.

El hombre vestido de negro estuvo media hora, y volvió á marchar.

Angela, paseándose de noche con su tía Eudoxia en el jardín, notó había luz en la habitación que la habían dicho estar en desorden y no la habían dejado visitar. La noche era hermosa, pasearon hasta bastante tarde, viendo siempre la misma luz en la ventana.

—¡Dios mío! dijo la tía Eudoxia, ¿si pasará alguna cosa misteriosa en esta casa?

Hacen mil suposiciones, destruidas las unas por las otras, sin poder ni aun sospechar lo que las ocultan, y lo que pasa en la habitación.

Al día siguiente, Angela dió parte á su padre de su descubrimiento; pero este la explicó sin titubear, que la luz era sin duda la de los criados que estaban arreglando todo, porque aquella habitación no había sido aun amueblada.

Angela estaba cada día mas triste; pero cuando su padre la habló de su casamiento con Enrique, respondió de modo que se comprendiese su disgusto por la marcha tan pronta, tan imprevista y tan inoportuna de aquel.

Mr. de Riessain quiso excusar á Enrique, habló de la necesidad del viaje, de la importancia de los negocios que le habían alejado. Pero las mujeres no admiten nunca mas negocios que los de amor, y tienen razon.

La mujer que ama, solo se ocupa de su amor, pertenece á este toda entera.

El hombre vestido de negro había vuelto varias veces á la casa, en cada una de ellas solo permanecía un cuarto de hora; luego volvía á entrar en el carruaje que le traía, y tomaba el camino de la ciudad.

Un día, no obstante, Angela le ha oído decir á su padre:

—Ahora respondo de él; pero se necesita mucho cuidado.

Angela repitió á su padre estas palabras que habia oído, y le preguntó si el hombre vestido de negro era médico.

Mr. de Riessain respondió que era, en efecto, un médico, y que tenia un criado enfermo.

—¿Cuál es?

—Antonio.

—¿Qué! ¿el *pérfido* Antonio?

—El mismo.

En este momento, Angela, que mientras su padre la hablaba miraba al jardín, vió pasar á Antonio.

—Pero, padre mio, ¿qué dice Vd? Antonio está en el jardín.

—Sin duda estará mejor.

—En efecto, debe estar mucho mejor, porque he visto muy tarde luz en el cuarto, que sin duda habita, porque allí vá el médico, y parecele velar.

Al domingo siguiente, Angela y su tia Eudoxia habian ido á misa á media legua de la casa de Mr. de Riessain; pero vieron algunos labriegos que corrian en tropel.

Preguntaron lo que ocurría; las respondieron que acababa de pasar un perro rabioso, y que le perseguian para matarle.

Al oír estas palabras, Angela y su tia no quisieron pasar adelante, y mandaron al cochero volviere á casa.

Angela se desnudó mas pronto que su tia, y fué á pasearse al bosque.

Por casualidad se dirigieron sus pasos hácia el sitio en que estaba la casa del guarda. Habia tomado la costumbre de ir á ese sitio para pensar en Enrique; pero nadie sabe lo que sintió viendo á Mr. de Riessain y á Octavio sostener cada uno por un brazo á un hombre, de quien solo vé la espalda y que parecia sufrir.

Aunque con curiosidad, iba á retirarse por discrecion, cuando los tres paseantes, llegando al extremo de la calle, se vuelven y la dejan ver en el enfermo que sostenian, al baron Enrique de Horrberg, que creia viajando é inconstante. Permanece inmóvil y estupefacta, palidece. Los tres se dirigieron á ella.

Mr. de Riessain condujo á Enrique á un banco, y le sentó.

—Padre mio, dígame Vd. pronto, dígame Vd. todo lo que pasa. ¿Comprenderá Vd. lo que quiero saber? ¿Qué acontece aqui?

Mr. de Riessain se decidió entonces á decirle la verdad.

El incendio de la casa del guarda, no debía verificarse en el momento en que tuvo lugar, y ella, Angela, estuvo muy espuesta á perecer. No habian querido decírselo hasta entonces, porque el médico lo habia prodigado, temiendo causarla una emocion peligrosa.

Enrique la salvó; pero esta vez no habia sido una escena representada, sino una espantosa realidad. Enrique se habia herido tan gravemente, que al principio se temió por su vida; pero ahora estaba fuera de peligro y su convalecencia será pronta.

El tiempo era tan hermoso, que aprovechando la ausencia de Angela, habian querido hacerle andar un poco por el jardin; Enrique era el que no habia querido que le viese Angela hasta su completo restablecimiento, y sin la casualidad que habia hecho se encontrase con ellos la señorita de Riessain, hasta una semana despues no hubiese vuelto de Horrberg de su pretendido viaje.

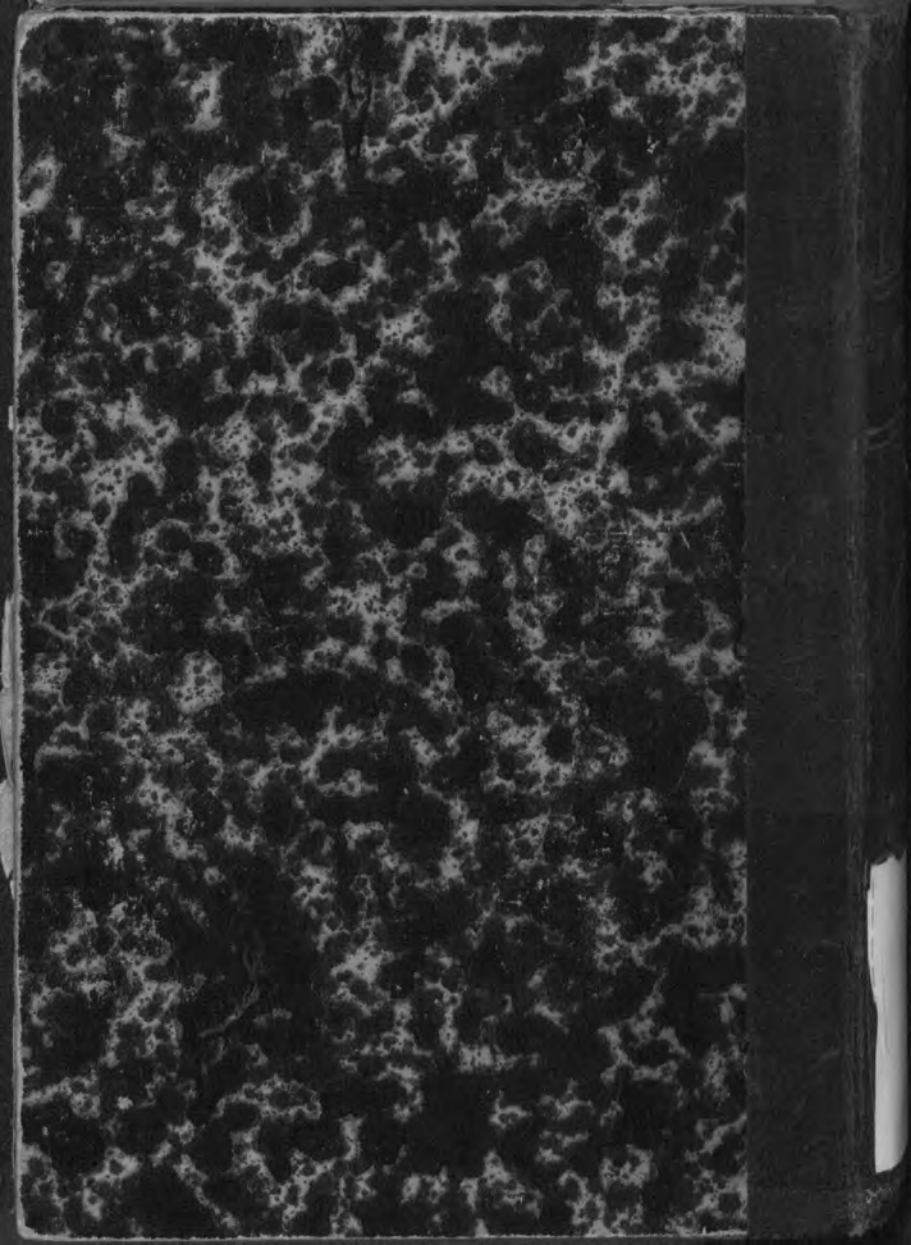
—Enrique, dijo Angela, pobre Enrique, ¿ha sufrido usted mucho? ¿Cuán palido está aun! Aun sufre usted mucho, ¿no es verdad? ¿Y todo por mi, por salvarme la vida! sus hermosos cabellos tan sedosos, tan riza-

dos, se han quemado, ¿por qué los tiene tan cortos? ¡Vé Vd., padre mio, añadió volviéndose hácia Mr. de Riessain, y no estaba tan fuera de camino creyendo en esas cosas tan hermosas: el amor, la constancia, el sacrificio y el valor! ¡Vé Vd., padre mio, como todos mis hermosos héroes, los héroes en que yo soñaba, no eran ridículas quimeras?

Luego, ruborizándose y confusa de haber dicho tanto, se precipitó en los brazos de Mr. de Riessain.

FIN DE UNA HISTORIA INVEROSÍMIL.





NOVELAS

G 596883